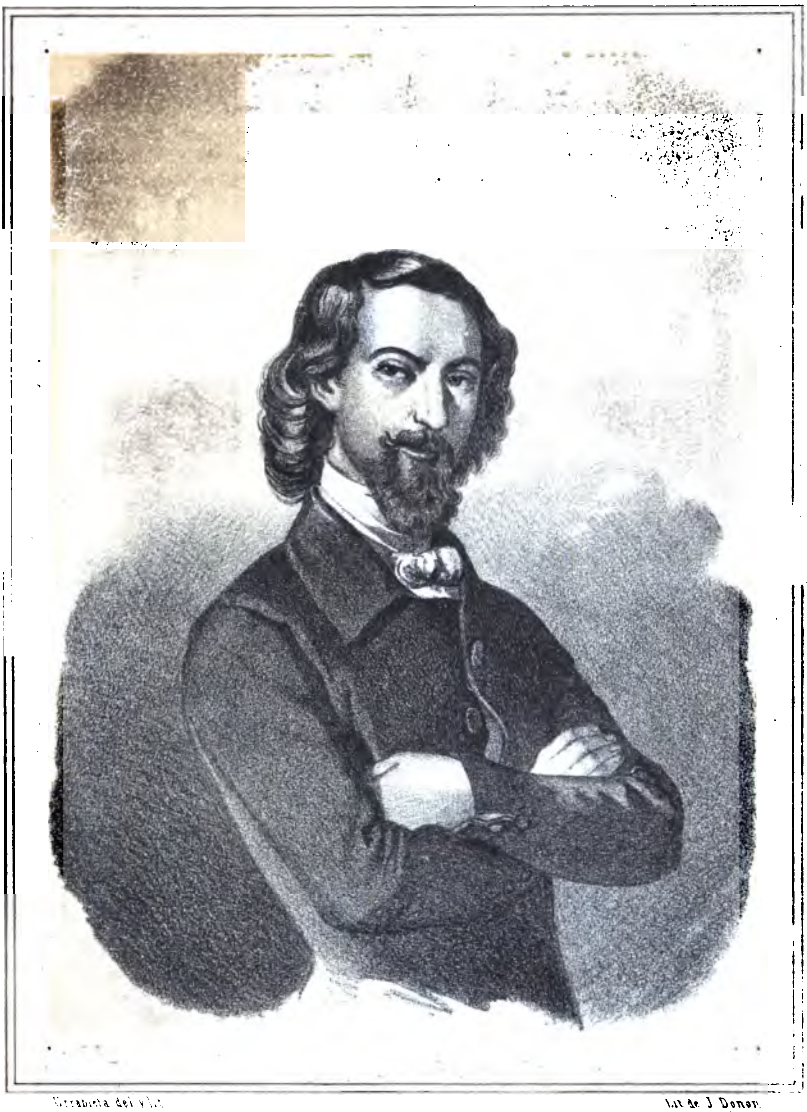


Urrabieta del y lit. — Lit de J. Donon.

José Zorrilla

CANTOS DEL TROVADOR.

COLECCION DE LEYENDAS
Y
TRADICIONES HISTÓRICAS,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA,

SEGUNDA EDICION.

MEJORADA CON OCHO MAGNÍFICAS LÁMINAS,

DIBUJADAS POR EL ACREDITADO ARTISTA DON VICENTE URRABIETA,

Y

LA BIOGRAFIA DEL AUTOR.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS SRES. ORTIGOSA Y REIGON.

Calle de Espoz y Mina, número 8.

1851.

BIOGRAFIA

DE

D. JOSÉ ZORRILLA.

Nació D. José Zorrilla en Valladolid, á 21 de febrero del año 1817; es hijo de D. José Zorrilla y Doña Nicomedes del Moral. En aquella ciudad, en Burgos y en Sevilla pasó sus primeros años al lado de su padre que en las tres desempeñó respectivamente cargos importantes. En 1827 se trasladó á Madrid con su familia, por gestiones de la cual ingresó en el seminario de nobles donde cursaba las acostumbradas asignaciones, y hacía versos por mandato de sus maestros y aun tambien á hurtadillas cuando los dedicaba á profanos ó intempestivos asuntos. En los dias de salida solia concurrir al teatro, y desde entonces su imaginacion debió manifestar la facilidad con que se impresionaba, pues de haber atendido al recitar de los actores adquirió y conserva Zorrilla la costumbre de leer los versos con un tono resonante y declamatorio, que le ha valido muchos aplausos, no precisamente porque esta entonacion sea recomendable para todos los casos, sino porque es cabalmente la mas propia para los versos de Zorrilla ó al menos es en alto grado simpática con su poesía. Esta circunstancia en el modo de leer viene desde luego en elogio de Zorrilla, pues es sin duda una de las pruebas de la espontaneidad del poeta, y se funda este aserto en la misma razon en que estriva el mérito y valía de un actor que recita acorde con el sentido de aquel.

En 1833 salió él que ahora nos ocupa del seminario de nobles, y volvió al seno de la familia que moraba á la sazon en un pueblo de Castilla la Vieja, retirado ya el padre de los cargos públicos. Es este cesante magistrado, alcalde de casa y córte en Madrid en tiempo de Calomarde, uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres provos y purificadas autoridades

que con tanta honra de la España conservaban en su seno el espíritu recto, profundo consenso y valerosa fortaleza que la razon de la ley infunde en los ánimos nobles, magistrados de que tan pocos ejemplos nos quedan, relegados entonces al hogar doméstico por el embate de las pasiones. ¡Ah! séale lícito rendir este tributo de veneracion á esos mas nobles y mejores restos de la antigua España, séale lícito rendirles este tributo á quien tambien, como Zorrilla, tiene un padre miembro en otros dias distinguido de nuestra magistratura, y mas que distinguido noble y justo, no menos tambien desgraciado.

En Castilla la Vieja principió el injénio de Zorrilla á cursar la escuela del mundo, probando las tristes lecciones de las disidencias domésticas. El padre y el hijo estaban en desacuerdo, y como esto mismo se ha verificado respecto del mayor número de jóvenes dedicados hoy á la vida palpitante de la sociedad, preciso es conocer que entre la antigua y la moderna se interponia ya el espíritu de las revoluciones. Tenia Zorrilla ódio al estudio de las leyes que le daba hastío; su padre insistia en que las cursara y le envió con este objeto á Toledo, encomendándoselo á un prebendado pariente. Ganó curso aquel año el novel estudiante; pero bien puede asegurarse que si lo ganó seria solo porque se lo dieran, como con el mayor número de escolares sucede. Lo cierto es que Zorrilla estudiaba muy poco, y que se entretenia en visitar las antigüedades en que aquella insigne ciudad abunda, y que reñia con el canónigo, por no asistir á comer á las doce, por no vestir las opalandas, por dejarse melenas y por hacer canciones.

Concluido el curso volvió Zorrilla á su casa, que la tenia en Lerma; el padre lo recibió con desagrado y el hijo se entretuvo en leer el Genio del Cristianismo, los Mártires y la Biblia. Al siguiente año escolar fué enviado á Valladolid para que siguiese la carrera; llevaba muchas recomendaciones, y personas de categoría tenian el encargo de velar so're su conducta, que no la creian muy buena, pues solia faltar de casa en horas no muy acostumbradas. Se entretenia en pasear y hacer versos; no sacó provecho del curso y aquel año vió por primera vez impresos sus versos en un periódico, en el *Artista*. No hemos visto esta composicion, titulada *Elvira*, pero es de suponer que valdrá muy poco, como los demás versos en que en su infancia se ocupaba.

No debia agradarle á Zorrilla la vijilancia de que era objeto en Valladolid, y sin duda se agravó su disgusto con la noticia de que su padre le esperaba muy irritado y que habia dicho lo

habia de poner á cabar. Asi es que cuando lo pusieron al cargo de un mayoral para que lo condujese á Lerma, finalizado ya el curso, tomó Zorrilla la resolucion de emanciparse al rigorismo paterno. Al pasar por un pueblo, cerca del término de su viaje, hubo de hacer alto en casa de un primo que allí tenia, y viendo pacer por el campo una yegua del pariente, montó en ella y volviendo á desandar lo andado, tornó á entrar en Valladolid, siguiéndole horas detrás una requisitoria, é incontinente con la yegua del primo y unos cuantos reales siguió en derechura á Madrid, entrando pocos dias despues tan rico de esperanzas como pobre de presente en la coronada villa, sumidero de desventuras, seno de pobrezas, abrigo de ilusiones y acreditada escuela donde cursa mejor el desengaño la enseñanza del mundo. Algo debió de aprender el fugitivo poeta durante los diez meses que siguieron á su llegada, en los que la menor incomodidad suya y el trabajo de menos pena era ir huyendo de las paternales pesquisas y los infinitos amigos de su casa; para lo cual se dejó crecer melenas y barbas, usando anteojos y sobre todo contando con la desfiguracion que obra el tiempo y mas aun el malestar y la desgracia.

En la tarde del 15 de febrero de 1837 eran conducidos á la última morada los restos de D. Mariano José de Larra, cuyo trágico fin habia llamado tanto la atencion de toda la córte, afectando profundamente el ánimo de todos sus amigos. Rindieron estos el tributo de su amistad y de sus simpatías literarias, tan vivas entonces, al malogrado escritor: y sobre sus mortales despojos atestiguaban con sentidas palabras su pena, cuando se presentó entre ellos un jóven desconocido, puede decirse, á la sazon, y leyó unos versos que entusiasmaron á la concurrencia. De entonces data la fortuna literaria de Zorrilla, aunque si bien aquella ocasion le vino á propósito, no le era indispensable para remontarse con el tiempo.

A los pocos meses trascurridos desde este suceso, se dió á luz el primer tomo de las poesías de Zorrilla, precedidas de un brillante prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz y encabezadas con la composicion dedicada á Larra. Está escrita esta produccion con bastante sentimiento en algun trozo; no tiene nada de notable, á no ser la lijera muestra de una imaginacion lozana y de una percepcion todavía incorrecta. Síguele una composicion á Calderon, en la cual el autor trata de imitar este ingenio, y si bien pone á las claras el estudio que de él ha hecho, no logra mas que remedar el juego de palabras y de imágenes desacertadas en que solia incurrir el gran poeta. En esta produc-

cion se echa de ver una falsa valentia de afectos, digna de notarse en aquellas redondillas que dicen:

Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca... !
O tal vez no lo merezca
Tu ingenio y nombre español.

Este afectado sentimiento cuya falsedad resalta en lo desacertado de la espresion, se refiere, como se vé, al espíritu de la nacionalidad; y patente tambien se vé la afectacion de que Zorrilla suele algunas veces adolecer cuando toca este punto en unos versos de este mismo tomo á la *estátua de Cervantes*.

Tu nombre tiene el pedestal escrito
En estranjero idioma por fortuna;
Tal vez será tu nombre un *san Benito*
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!
¿Español eres?... lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

El mayor número de las composiciones de este tomo son imitaciones no muy felices de Victor-Hugo, con algo de Lamartine y mas del estilo de Calderon. El *Reloj*, que es una de ellas, está escrita bajo la inspiracion del ánimo afectado al considerar el curso eterno del tiempo que nunca vuelve atrás, y es una de las mejores del tomo. Pero Zorrilla no podia seguir por esta senda á que sus cualidades no le conducian. En vano hacia muchos y fáciles versos, en vano pretendia atribular su corazon para que correspondiese al eco hondamente melancólico y profético

de la poesía moderna, traslumbrada de Shakespeare y Calderon, sentida de Biron, y casi razonada por Gœthe; en vano intentaba verter profundas y trascedentales sentencias. Zorrilla no estaba sin duda satisfecho de sí mismo, él se sentia con facultades y no atinaba: en la *Indecision* acertó con su génio, y entonces esclamó:

¡Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas,
. . . .
¡Bello es vivir! se vé en el orizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azúl en franjas de colores,
Y susurran las hojas en el viento
Y desatán su voz los ruiseñores.
. . . .
¡Bello es vivir! se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado;
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama,
Se abra un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,

Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierta boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas.

. . . .

Aquí está el génio de Zorrilla; esta es su poesía, esta la voz de su alma; aquí su imajinacion emprende libre y desembarazada la senda que la marcó el destino; vida, animacion, lozanía, luces y colores. Ya el poeta es espontáneo, ya no busca conceptos; todo lo que dice lo siente, su corazon se satisface.

Y hé aquí que el poeta, al conocerse á si mismo, siente que en su ánimo se renuevan las dulces, vagas, y temerosas impresiones de la infancia, aquellos inolvidables sentimientos que acaso yacen á veces en el corazon adormecidos; pero que siempre determinan la índole de nuestro carácter. Zorrilla, cuando ya comprende el de su talento, se propone ser poeta nacional, y así lo declara en la dedicatoria que del tomo segundo de sus poesías hace á D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Diaz.

¿Puede haber en España ahora una poesía nacional? ¿cuál sería su efecto? ¿qué cualidades distintivas ha de tener? En verdad que es oportuna esta ocasion para decir cuatro palabras acerca de las antecedentes cuestiones, que se ocurren al discurso á cada paso y compás del clamoreo que repetidameute se levanta para censurar con acritud nuestra literatura moderna, pidiendo nacionalidad á voz en grito y con mas impremeditacion que otra cosa.

Podria haber en nuestro tiempo una literatura nacional cuando la España de nuestros dias conservase un carácter escepcional ¿y quién se atreverá á determinar el que hoy dia la distingue? Nadie seguramente, y el mas perspicaz razonador cuando intente llevar á cabo esta idea lo único que logrará será describirnos el carácter que la España tuvo. Esto y nada mas, es lo que hacen los que están empeñados en que los moradores de

España han de formar una comunidad de particulares condiciones. Ningun pueblo del mundo goza mas completamente de esta distincion que los cafres, los habitantes de Otaiti y los beduinos: ¿qué lograrian estos pueblos con mantener intacta su nacionalidad? lograrian no salir jamás del mismo ser y estado. Acaso sin embargo les convendria esta inmovilidad y aunque esta consecuencia es en verdad falsa, la inmovilidad ademas es imposible: hasta en las mas torpes é inanimadas partes de la creacion el movimiento es ley indeclinable; no hay reposo en el universo. Ni aun cuando fueran las naciones peñascos enclavados en las entrañas de la tierra podrian decir: *seremos como somos*. ¿Cuánto menos los hombres, piedra de toque de la creacion, resultado el mas complejo de todas las fuerzas, punto donde todos los movimientos se cruzan, foco de variedad sujeto no solo á toda accion estraña sino tambien á la mútua influencia de ellos mismos?

Sigue la creacion un camino que nos es desconocido, y en el curso de ese viage misterioso, toda modificacion busca y halla la muerte, toda diferencia va á perderse á un mismo seno, y todo se dirige á un solo fin. Aun obedeciendo á leyes secundarias el calórico tiende á su equilibrio, las aguas propenden á un punto y encuentran su nivel; así la humanidad tiende á un selo punto y á un nivel único como el líquido de un vaso que oscilando en decrecientes alteraciones y desigualdades, encnentra su centro, así las ideas tienden al cosmopolitismo, como al equilibrio el calórico.

Nace el sonido y conforme trascurre el espacio va muriendo; así las causas especiales que formaron la nacionalidad española se han ido amortiguando y tocan á su fin; apenas el ojo mas perspicaz las trasluce desvanecidas tras el tiempo; apenas el mas delicado oido percibe ya esos sonidos como un eco remoto y moribundo. La invasion de los fenicios, la de los cartagineses y la de los romanos debieron concurrir á crear una nacionalidad española; pero aquella nacionalidad ya murió. Sobrevino la irrupcion de los bárbaros y su combinacion con el cristianismo, con la de los árabes y la guerra de los siete siglos volvieron á crear otra nacionalidad que debió llegar á su apogeo en el reinado de los reyes católicos; mas en este mismo punto principia ya á modificarse con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y mil sucesos sobrevienen sin interrupcion que tienden todos á destruirla. En vano es hacer aquí una reseña que pertenece á la historia, seria demasiado prolija y sobre todo bien escusada.

Corria el siglo XVIII y la nacionalidad española ya no vivia

mas que pasivamente y á principios del XIX fué menester todo el violento é intempestivo contraste de la revolucion francesa y de la irrupcion estrangera para que España saliese un momento de su letargo y sintiese renacer en sí misma el ánimo de los viejos tiempos. Todo ha caducado ya en España: la alta clase es absolutamente francesa; la clase media conserva algun ligero recuerdo de la tradicion, pero tradicion que ya no se apodera del alma; el pueblo bajo de las capitales es ateo en religion, ateo en política, y solo fuera del recinto de las grandes poblaciones vejetan los rastros de una nacionalidad perdida. ¡Singular circunstancia! es tal la falta de carácter propio de que la España adolece hoy dia que hasta esa reversion que parece indicarse hácia la relijion y el culto, hasta esa reaccion le viene de Francia! ¿Qué estrañamos pues que el pais se manifieste tan estraño á todas las cuestiones que hoy ajitan el mundo si no se acuerda ya de lo pasado ni comprende todavía lo presente?

¿De la antigua España qué es lo que resta? alguna honesta familia de la clase media que ha educado sus hijos sin esmero, pero con la cristiandad y rigorismo propios de tiempos pasados? no recuerdan algunos jóvenes de hoy, no sienten de vez en cuando, el afecto relijioso que alguna vez siendo niños sintieron en el templo de Dios, movidos por la solemnidad de las ceremonias sagradas? Este afecto empero carece ya de fé: se recuerda acaso porque en los primeros años se sintió, mas la creencia no hubo tiempo de arraigarse en el alma: hé aquí sin embargo el mas venerando resto de nuestra nacionalidad.

Zorrilla que creyó dedicar á este su pluma y que hizo bien, Zorrilla volvió á acordarse de los años de la infancia: pero hijo de este siglo que vino tan poco encadenado con los que pasaron ya, no le ha sido posible concebir la nacionalidad española como debió ser en los tiempos antiguos, sino como la moderna España se figura que fué. Asi es que al través del empeño que el poeta manifiesta por herir los sentimientos del pais, por ser esclusivamente tradicional, resaltan mas que nada por una parte sus grandes facultades descriptivas, y por otra se advierte que cuando intenta hacer tornar la España á lo que fué, es él quien se deja llevar por lo que la España es. Por esto es Zorrilla nuestro gran poeta popular, como ninguno sino él puede serlo, porque vino á la hora precisa y á donde debia venir *como viajero que llega al término de su viaje*. ¿Cómo será posible que entremos nosotros ahora á esplicar las oportunas dotes que á este poeta distinguen? ¿Cómo podremos hacer mencion de todas las bellezas que en sus poesías líricas resaltan?

seria necesario trascribirlas en su mayor parte. Asombra su facundia, la facilidad de su imaginacion, la lozanía de su verba poética, la riqueza de versificacion que despliega, y si nunca se ocupa profundamente de los afectos ni de la razon, es en cambio testigo de su propia gloria.

¿A quién no encantarán aquellos versos de la parafrasis del *Dies iræ?*

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hízole de la tierra soberano
Y le dió por palacio el paraiso.

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.

Y la bella descripcion que sigue hasta la de Eva que

Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la megilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adan, al despertar, serena,
Sus varoniles formas contemplando.

Véase con cuan dulce afecto recuerda el poeta las impresiones religiosas de su niñez, refiriéndose á la cual esclama en su composicion á la *Virgen al pié de la Cruz:*

Entonces ¡oh madre!
Recuerdo que un dia
Tu santa agonia
Cantar escuché:

Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vian y altares
De negro crespon;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento
Mentia un lamento
De lúgubre son.

La voz piadosa
Tu historia contaba,
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento
Y el hombre decia:
«¡Y quién pensaría
»Tamaño dolor!

»El Hijo pendiente
»De cruz afrentosa,
»La madre amorosa
»Llorándole al pié...»
El llanto anudóme
Oido y garganta;
Con lástima tanta
Postréme y lloré.

La voz conmovida.
Seguia clamando... etc.

Este es uno de los mejores trozos de Zorrilla como poeta de sentimiento, las dulces melancólicas memorias de la infancia lo han despertado en su alma. ¿Y qué corazon no se conmueve al soplo de esos tiernísimos afectos que son como bálsamo de las penas? ¿cuánto mas el de Zorrilla tan accesible á todos los afectos fáciles, á todas las impresiones estrañas y á todos esos sentimientos que pueden llamarse de poca consistencia pero que interesan tan agradablemente el ánimo? Zorrilla siempre poeta,

todo lo siente, nada le absorve esclusivamente: ahí esa variedad que en sus composiciones se observa, esa facilidad asombrosa que le distingue. ¿Quiere cantar la *gloria y el orgullo*? los versos brotan á raudales de su pluma:

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas
Que velas el harem de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres.

Lejos de mí; no basta á mi reposo,
El rumor de una fuente que murmura;
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No baste á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
. . . .

Un verdadero entusiasmo rebosa en esta composicion; nada nos ha dicho en ella Zorrilla que corresponda á ese verso «*De un Dios hechura como Dios concibo*» y nos ha seducido sin embargo, y la imaginacion del lector simpatiza con la suya cuando él esclama:

Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisages halagüeños...

Donde con mas propiedad resalta la índole de nuestro poeta es en los cuentos y leyendas que ya entre sus demas poesías ó bien en volúmenes separados con el título de *Cantos del Troba-*

dor lleva publicados hasta el dia con singular fortuna y gloria; ellos son la mas preciada hoja de su corona. Desde muy temprano manifestó Zorrilla tendencias á este género, el mas popular de todos los paises, aunque respectivamente en unos y otros es diferencia de formas y carácter. En su segundo tomo de poesías ya publicó dos, titulado el uno: *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*; el otro lleva el título de *A buen juez mejor testigo*.

Su objeto al escribir en este género ha sido el mismo que le movió á variar la direccion que desde el principio habia tomado su poesía, y en verdad que si la nacionalidad española pudiese ser aun evocada del sepulcro de lo pasado y tornára á presentarse al oir la voz del poeta para permanecer su esclava, en verdad que esta mision estaria reservada á Zorrilla. La tradicion titulada *A buen juez mejor testigo*, es una prueba concluyente de este aserto. Diego Martinez corteja á Inés, hija del hidalgo Iban de Vargas y Acuña; exije la niña al amante que le cumpla su palabra de matrimonio y el mozo se escusa con que marcha á la guerra de Flandes y que á la vuelta cumplirá como es debido; desconfiada la jóven le hace jurarlo ante un Cristo que hay en la Vega donde se verifica la cita. Lo jura y parte para Flandes de donde no vuelve sino capitan y caballero, trascurridos ya algunos años, y con los humos de su nueva condicion rehusa entonces el cumplimiento de lo jurado; desde aquí en adelante y siguiendo la narracion Zorrilla se escede á sí mismo y toca la meta de sus afanes; es ya el poeta nacional, ha cumplido su empeño cuando dice:

> Era entonces de Toledo
> Por el rey gobernador
> El justiciero y valiente
> D. Pedro Ruiz de Alarcon.
> Muchos años por su patria
> El buen viejo peleó;
> Cercenado tiene un brazo,
> Mas entero el corazon.
> La mesa tiene delante,
> Los jueces en derredor,
> Los corchetes á la puerta
> Y en la derecha el baston.
> Está como presidente
> Del tribunal superior
> . . . .

Una mujer en tal punto
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon,
Diciendo á gritos justicia,
Jueces; justicia, señor
Y á los pies se arroja humilde
De D. Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al derredor
Alzóla cortés D. Pedro,
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó:
Diciendo:
—Mujer ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazon.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te lo han vuelto?
—No.
¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.
—¿Quién es él?
—Diego Martin.
—¿Noble?
— Y capitan, señor.
—Presentadme al capitan
Que cumplirá si juró.
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.

Un portero levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo:—el capitan D. Diego,
Y entró luego en el salon
Diego Martinez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitan D. Diego,
Díjole D. Pedro, vos?
Contestó altivo y sereno
Diego Martinez:
—Yo soy.
—¿Conoceis á esa muchacha?
—Há tres años, salvo error.
—¿Hicisteisla juramento
De ser su marido?
—No.
—¿Jurais no haberlo jurado?
—Sí juro.
—Pues id con Dios.
—¡Miente!— Clamó Ines, llorando
De despecho y de rubor.
—Muger, ¡piensa lo que dices!
—Digo que miente; juró.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno
—Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudára de vuestro honor.
Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion
E Ines que le vió partirse
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo:
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitan D. Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon.
—¿Quien?
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó,

Mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algun balcon?
—No, que estaba en un suplicio
Donde há tiempo que espiró.
—¿Luego es muerto?
No, que vive.
—¡Estais loca vive Dios!
¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega
A cuya faz perjuró!
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelacion;
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.,
Un instante con los jueces
D. Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
—«La ley es ley para todos:
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos:
Escribano al caer el sol
Al Cristo que está en la Vega
Tomareis declaracion.»

En una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama

. . . .

Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la Vega baja.
Vienen delante D. Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,

Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la Vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encage blanca,
Vigote á la borgoñona,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa,
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada!
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hácia la severa imágen
Un notario se adelanta
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martinez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces

La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demando en voz alta:

—«*Jesus, hijo de María,*
»*Ante nos esta mañana*
»*Citado como testigo*
»*Por boca de Inés de Vargas,*
»*¿Jurais ser cierto que un dia*
»*A vuestras divinas plantas*
»*Juró á Inés Diego Martinez*
»*Por su mujer desposarla?*»

Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—¡Sí juro!
Clamó una voz mas que humana,
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los lábios tenia abiertos,
Y una mano desclavada!

Si el honor, la religion y el rigor justiciero constituian en su conjunto el carácter distintivo de los magistrados españoles en el tiempo á que esta leyenda alude, indudablemente en el gobernador D. Pedro están aunados con un admirable instinto de nacionalidad. Bajo este aspecto creemos que esta es la la mejor leyenda de Zorrilla, porque ella comprende y desarrolla todo el espíritu de la tradicion, ya sea por la condicion de ella misma, ya porque el ánimo del poeta estuviera predispuesto á este particular asunto, ó acaso porque cuando se trata de determinar lo que entre las confusas percepciones de la educacion concebimos, con tanta mas espontaneidad se logra cuantos menos accidentes han sobrevenido en la inteligencia con el trascurso de los años. Lo cierto es que en los *Cantos del Trovador*, largo tiempo despues dados á luz, no resaltan tanto como en los cuentos primeros las afecciones nacionales, sino que han perdido en espontaneidad lo que en pretension de serlo han aumentado, y pudiera decirse que el sabor de la nacionalidad en ellos está mas diluido, es menos puro. Efectivamente en los *Cantos del Trovador* da á la imajinacion el poeta muchas largas á costa

de las afecciones que son su objeto, y así parece rendirse á la fuerza de sus facultades descriptivas empleadas no siempre al fin propuesto, si mas bien á la satisfaccion del génio del que escribe, ó acaso á las obligadas dimensiones de la publicacion periódica. Bien que esta coaccion nunca es parte á que, peor ó mejor, no tome vuelo la índole del génio, sino que al contrario entonces rinde sus mas fáciles frutos. Sujeta la inteligencia á dar periódicamente un grande y medido producto, aun cuando sea sobre determinado objeto, tal escritor recurrirá á un talento filosófico, tal otro á la descripcion si le es fácil y un tercero se arrojará al espacio de la fantasía, aunque todos acaso con desventajoso provecho al que de conciencia obtendrian.

En los *Cantos del Trovador* campea el ingénio de Zorrilla con una libertad y gallardía que enamora; allí está su alma, su vida, su inteligencia, todas las facultades que le adornan. En vano seria tratar de hacer el elogio de estas producciones sin estendernos en una larga copia de muchos de sus trozos.

Entre los varios cantos de esta publicacion hay uno en que el autor se propone escribir segun el género de Hoffman; aludimos á la *Pasionaria* que el poeta quiere sea *cuento fantástico*; y aquí se presenta ocasion de decir cuatro palabras acerca de este género de poesía.

Si la descriptiva es la pintura de la naturaleza por medio de la palabra, puede la fantástica llamarse pintura de los pensamientos; ni una ni otra pueden existir sin imágenes. El mérito artístico de la primera consiste en la cabal correspondencia entre la imágen y el objeto, en la verdad física; el de la segunda lo constituye la relacion razonada que existe entre la imágen y el pensamiento. ¿ Quién duda que á cada paso aplica el poeta las imágenes á objetos que no tienen ninguna correspondencia en la forma? Esto, pues, no es describir si nos hemos de atener á su sentido riguroso.

Cuando el poeta nos presenta imágenes sin correspondencia con la forma de objetos materiales y sí solo con sus condiciones ó con el entendimiento, deja de ser por entonces poeta descriptivo, pasando á hacer uso de la fantasía que es la facultad de espresar por imágenes las percepciones razonadas. A la fantasía pertenecen las comparaciones, ya se refieran á la accion, al modo, al atributo ú otra circunstancia cualquiera; bien es verdad que tanto mejores serán cuantas mas condiciones abracen y mas perfecta correspondencia observen. Las comparaciones toman diferentes formas en la espresion, pero en todas se sobre entiende el advervio comparativo *Como*.

Cuando Jorge Manrique dice:

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar

escusado es notar que no quiere decir que materialmente los rios sean nuestras vidas; y el mérito de esta comparacion consiste en que considerando cómo trascurren nuestras vidas y acaban por dejar de ser, perdiéndose en un porvenir indescifrable, comprende el poeta la analogía que hay entre estas circunstancias y las de trascurrir los rios, dejar de ser tales y confundirse en la mar donde todas las aguas se pierden.

Acostumbra la fantasía á concebir sintéticamente las ideas, prescindiendo de circunstanciados pormenores que sobre desvirtuar el efecto de la espresion convertirian la inspiracion, estro ó númen en razonamiento; si bien la síntesis trae consigo el inconveniente de que los lectores no la comprendan quizá, en cuyo caso suele llevarlos el amor propio á condenar por malo lo que leen.

De lo dicho hasta ahora se deja conocer, y todo inteligente lo sabe, que no hay poeta sin su parte de fantasía, y asi precisamente ha de ser si se considera que á la altura en que el humano entendimiento se encuentra no puede existir ninguno esclusivamente descriptivo, pues bastaria la simple relacion con los hombres para infundirle conocimientos mas complicados. Se observa, sin embargo, que tanto mayor es el poeta, mas fantasía desarrolla, y se ve confirmado este aserto desde Moisés y Homero hasta el presente y se echa tambien de ver que cuanto mas incremento las ideas toman, tanto mas de arranque la fantasía. Examínese la copia de pensamientos que la Iliada arguye, y compárese con la que el Fausto de Goœte contiene; el resultado manifestará aquel principio, dando á entender en parte la razon de las diferencias que entre estas dos obras existen.

Una simple comparacion basta para enunciar un solo pensamiento, pero como rara vez dejan de ir estos encadenados entre sí, y frecuentemente lo están en suma complicacion, no bastan las comparaciones para esplicar la mente del poeta, y de aquí el echar mano de la accion para manifestar con ella la concatenacion de las ideas, que es lo que con mucha frecuencia hace la poesía fantástica. En este caso la accion que el poeta supone y que debe ir encaminada á un fin, puede decirse que es una série, una hilacion de comparaciones, cada una de las cuales representa un pensamiento parte del complejo á que la obra se

dirije, y todas ellas de consiguiente tienen que estar sujetas á la lógica de los pensamientos que representan, lógica que no consiste mas que en una série de mútuas referencias entre los medios de espresion y las ideas. Estas consideraciones son aplicables al poema fantástico, mas ó menos estenso, mas ó menos complicado.

Como la fantasía, cuando echa mano de la accion para espresarse, necesita determinar desde luego los principios sobre que la accion ha de girar, se ve obligada á guardar consecuencia con ellos en todo el discurso del pensamiento; esto en caso de que la idea tenga unidad; pues sino la tuviese, se reducirá el poema á una série de ideas, mas ó menos remotamente relacionadas entre sí, pero que hacen aparecer deslabazada la obra. De esta especie es el *Fausto* que, girando sobre un personaje que simboliza el espíritu y la materia, presenta una série de cuadros para cuya mútua conexion hay que suplir una multitud de raciocinios, que si el autor los suplió, y no es su obra un resultado de la percepcion irrazonada, sino mas bien de lo contrario, arguyen un talento asombroso.

No solamente no se contenta la fantasía con invadir las altas regiones del pensamiento, adornar con magnífica vestidura las ciencias y llevar consigo la filosofía, sino que tambien á cada paso y con singular lucimiento se presenta en el campo de los afectos. Aquí es donde tambien vigorosamente se desarrolla, en virtud de que son los afectos percepciones sintéticas de cuyas causas podemos apenas darnos razon, mas en ninguna manera de su modo de ser. No podemos enseñarlos especulativamente, solo infundirlos por intuicion, la cual se verifica obviamente por medio de imágenes, ya sea presentándolas desde luego, escitándolas en la imaginacion, dispertándolas en la memoria. Los afectos por lo tanto pertenecen de derecho á la poesía, de mucho constituyen el objeto principal de la dramática, aunque está generalmente no trata de mover sino los mas comunes, y la fantasía se apodera de los mas delicados ó profundos. Esta es la razon porque los afectos espresados por ella sucede muchas veces no ser de algunos comprendidos, ya en virtud de la organizacion individual, ya porque el autor haya escrito en un estado de grande sobreescitacion, de todos modos cuando la fantasía se propone escitar una afeccion en el ánimo del lector le presenta á la vista una série de cuadros, incongruentes al parecer acaso, pero conducentes todos al mismo objeto, ligados entre sí por una misma espresion en el fondo, por la que llaman lógica del sentimiento. Procura á menudo la fantasía producir impresiones que

no puede analizar, no puede comprender, y esta cualidad de efecto, es la que posee en alto grado los cuentos de Hoffman.

Bien distante de la imitacion de este modelo se quedó Zorrilla en su cuento titulado la *Pasionaria*, por mucho que la intencion del autor fuese escribir en aquel genero. El cuento en cuestion no tiene de fantasía mas que el simbolizar en la flor la tierna amante abandonada en el olvido y que aparece moribunda cuando la flor es arrancada de su tallo. Muchas bellezas hay en este cuento, mas no cumple sin embargo completamente con su propósito. El autor advierte desde luego en la introduccion que la fantasía alemana no es propia para nuestro pais, y á mas de que no es creible que sí lo sea para el vulgo de aquel, es de notar que el cuento de la *Pasionaria* tiene lá bastante para no ser entendido por la mayoría de los lectores, en cuanto al fondo, y no lo suficiente para los que puedan entenderlo. Si se nos preguntase en qué obra ha desarrollado mas fantasía Zorrilla, citaríamos muchas composiciones cuyas superiores en esta cualidad á las que tienen pretensiones de tales.

Acaso son los versos en que mas fantasía ha lucido Zorrilla aquellos del *dia sin sol*, ó los de la *ira de Dios* que dicen despues de describir el palacio donde mora el ángel esterminador:

> Ni ser alguno penetró el misterio
> Que guarda allí la ciencia omnipotente
> Ni se sabe cuyo es aquel imperio
> Donde nunca se oyó rumor de gente.
> . . . .
> En este bosque oculto y solitario,
> En este alcázar negro y escondido,
> Donde nunca llegó pié temerario,
> Ni descansó jamás ojo atrevido,
> . . . .
> Tiene el señor las arcas de su enojo
> Y el horno de sus rayos encendido.
> Y allí vive un espíritu terrible
> Que al son de aquellas aguas se adormece,
> Y á los ojos de Dios solo visible
> Al acento de Dios solo obedece.
> . . . .
> Espíritu sin fin ni nacimiento,
> La eternidad existe en su memoria;
> El solo del sagrado firmamento
> Entera sabe la infinita historia,

> Y al solo ruido de sus negras alas,
> A su sola presencia transitoria,
> Del firmamento en las eternas salas
> Se suspenden los cánticos de gloria.
> Aborto del furor omnipotente,
> Arcángel torbo que las vidas cuenta,
> Vela de Dios el arsenal ardiente
> Y los ultrajes del Señor asienta
> . . . .

Y lo mismo puede decirse de los versos en que continuando habla de la copa en que hierve la *ira de Dios*:

> Y allí bulle en el fondo envenenado
> La única de furor lágrima hervida
> Con que lloró Luzbel desesperado
> Su venturosa eternidad perdida.
> En aquel arsenal inespugnable,
> Instrumentos de la ira omnipotente,
> Germinan en rebaño formidable
> Las mil desdichas de la humana gente
> . . . .
> De allí se lanza con horrible estruendo
> A ejecutar la voluntad divina
> El misterioso espíritu tremendo
> Que en este alcázar funeral domina.
> . . . .
> Con él vá la tormenta, el trueno ronco
> Bajo sus alas cruje; desgreñada
> De armas y quejas con estruendo ronco
> La guerra detrás de él va despeñada;
> Y asidas á las orlas de su manto
> Van tras él, con la muerte descarnada;
> La peste, el hambre, y el amor y el llanto
> Y la ambicion de crímenes preñada.

No hay ramo de la poesía que Zorrilla con su múltiple talento no haya invadido, y era imposible que su génio audáz retrocediera ante propósito alguno.

Estaba nuestro teatro reducido á ser un mal traslado de la escena francesa, y solo traducciones veía él público. Habian ya dado algunos y daban en decir que el público deseaba co-

medias originales, las cuales por esta razon le complacerian mas que las estrañas, y solian acriminar de esta sujecion á las empresas, tachándolas de poco afectas al pais. Desgraciadamente al público español de hoy dia y estos pasados años se le importa muy poco que la comedia á que asiste haya sido fraguada mas allá de los Pirineos ó en la cabeza de quien vió la luz primera de la frontera para acá; y la única diferencia que en cuanto á la representacion de comedias puede haber por parte del público, es que á las originales pueden concurrir muchos particulares amigos del autor y á las traducidas ninguno del que las fraguó en la capital de Francia. Si el público español hubiera tenido ó tuviera exigencias de nacionalidad en el teatro, las empresas habrian tenido buen cuidado de satisfacérselas, y son buena prueba de la indiferencia pública en esta parte las traducciones que se ha representado y representan.

La Francia lleva en estos tiempos la bandera, si asi puede decirse, de la poesía dramática, como de la literatura en general, porque la Francia, si tal comparacion se admite, es la pregonera del mundo. Todos los ramales del saber y de la inteligencia han ido á cruzarse á ese pais para combinarse en su seno é irradiar por todo el orbe la luz civilizadora del siglo. La Francia pone muy poco de su parte, acaso mas que nada pone la charlatanería; pero es precisamente como debe ser para el caso. Toda nacion ha ido á rendir tributo á ese pueblo de gente aguda y liviana, y él tomando de todos prestado lo mejor por cualidad ó por brillo se presenta cargado de la varia riqueza del mundo. Y asi tiene en su literatura lo mejor de cada pais, y en su teatro el ingénio cómico del occidente con la profunda pasion y hondos afectos propios del septentrion. ¿Tan distante está por ventura el teatro francés del español? Si Calderon hubiera resucitado en este siglo con las modificaciones propias del tiempo, á Calderon lo encontrarian en Francia: su ingénio lo imita Scribe, la pasion con que á veces escribia, en muchos dramas de allende, se hace sentir. Se dirá que en nuestro moderno teatro se exageran las pasiones y las cualidades; sí, seguramente, del mismo modo que en el antiguo se exagera la lealtad, la honra y el valor: se dirá que en el moderno teatro se alambica los afectos; sí, cabalmente como en el antiguo se alambica la galantería: se dirá que en nuestra escena se comete una notable inverosimilitud, suponiendo en todo individuo cualidades de sentimiento y pasion que faltan en la mayoría, todo con el objeto de satisfacer un prurito filosófico exagerado; precisamente á semejanza del antiguo teatro, que hacia teólogo á todo el

mundo: añadirán que hay inmoralidad ahora; es probable que se dijera lo mismo de Lope y Calderon y Tirso.

¿Pues qué, la magnánima lealtad y devocion á su rey de Sancho Ortiz de las Roelas ha sido jamás comun á la multitud én España? ¿ó lo deduciremos asi de la cáfila de vasallos turbulentos é insolentes que nos pone en claro la historia? Dígase que esa devocion al rey era mas general en aquellos tiempos, y se dirá verdad, porque era natural que reasumido el feudalismo á viva fuerza en mano de los monarcas, principiase la multitud por respetar al severo y ejecutivo poder de la corona, y acabase por aficionarse á la mas paternal y mas poderosa dominacion de sus reyes. Pero todos estos afectos fueron debilitándose á los embates del tiempo, y si entonces las tendencias generales de la sociedad eran aquellas, ahora son las filosóficas, que están combatiendo y casi han derruido y derruirán infaliblemente el castillo de la tradicion. Porque esta es la ley constante que todo lo rige. ¿Y qué valen los esfuerzos de la literatura por resucitar las pasadas formas, que valen contra el hacha incansable del tiempo, contra el incontrastable empuje de las ciencias que van conquistando el universo, llevando por do quier el comopolitismo del pensamiento? solo el vapor bastaria para acelerar la fusion de todas las nacionalidades.

En el antiguo teatro y en el moderno los ingénios relevantes no exageraron, sino que formularon las tendencias sociales; donde existe la afectacion es en los ingénios secundarios, que no alcanzan á beber en el manantial del talento y hacen impotentes esfuerzos para emparejarse con las inteligencias privilegiadas, y tambien existe frecuentemente en los que pretenden resucitar lo pasado, ateniéndose á lo que les dejaron escrito y queriéndolo aplicar á épocas ya diferentes. Por eso hay tantas églogas, anacreónticas é idilios malos; por eso es tan difícil resucitar nuestro antiguo teatro con todas sus formas, sin reducirse á una servil imitacion, á mas de ser trabajo perdido para el porvenir.

El antiguo teatro, sí, puede resucitarse; pero es un error creer que se ha de hacer con caballeros de capa y espada, dueñas y damas con manto. No está ahí la cualidad capital de aquel teatro; está en el fondo, en el ingénio, y en la verdad de la espresion á menudo. Pero en cualquier época, con cualesquiera personajes puede rehabilitársele, porque el ingénio es uno siempre, porque la verdad es por igual accesible. El teatro de Calderon hace ya muchos años que está entusiasmando á la Europa del siglo XXIX, este teatro es el de Scribe. Todavía mas, en España está ya marcada la senda que el teatro ha de

seguir, cuya gloria le cabe á un jóven poeta cómico que en gracia á su modestia no nombramos, y que en las pocas comedias que á luz lleva dadas indica presentir resueltamente el rumbo. Bien es verdad que acude á veces á bastardos afectos de localidad, amenguando y zahiriendo la gente estranjera; pero este es un defecto en que caen casi todos nuestros poetas dramáticos, interpretando por nacionalidad sentimientos del público comunes á todos los paises y aun á todas las poblaciones, sentimientos exacerbados en España por las circunstancias políticas. Este mismo defecto de que tratamos demuestra la debilidad de las afecciones que quiere tocar, porque es á modo de viandas escitantes que se ofrece al inapetente.

Muy debatida ha sido la cuestion de si el teatro es ó no la escuela de las costumbres. Nosotros creemos que lo es unas veces y otras no; pero de poco sirve en el primer caso si la moral de que se reviste no está en armonía con otras causas mas profundas y poderosas que disponen de la tendencia de los ánimos; de modo que en caso de tener intencion moral es mas bien para coadyuvar al progreso de las ideas, que para sostener una moralidad distinta; porque no existe esa moralidad absoluta que muchos quieren concebir, sino que está siempre ligada al sistema, del cual es un resultado, es el hábito que el sistema engendra; pero cuando el sistema mismo es el combatido, el éxito del combate lo procuran armas de otro temple, porque la moralidad es solo una fuerza pasiva, fuerza que va decayendo de generacion en generacion, porque al querer imbuirse en la naciente, halla la revolucion resquicio por donde presentarse á la lucha en campo igual y sol partido. Y asi la cuestion es de principios, y la moralidad un arma tan embotada que estorba pero no hiere.

La primera ley de la poesía dramática, considerada como espectáculo público, es interesar á los espectadores; como ramo de la inteligencia su ley es presentar una série de hechos que en sus principios activos personifiquen los vicios, las pasiones, los efectos, las ideas, las virtudes, en una palabra, las condiciones posibles en el hombre, ó bien en entes morales simbolizados conforme á sus atributos, y que ademas se sujeten en su mútua trabazon á las leyes de la lógica, á la verdad comparativa en este caso.

La poesía dramática, pues, en su mayor latitud es un cuadro de imágenes puestas en accion. Aquí las imágenes son por lo comun caractéres, la accion del argumento. Cuando aquellas no se refieren al carácter dan lugar al drama fantástico; en am-

bos casos la accion debe corresponder con el principio: el avaro lo sacrifica todo al dinero; la caridad en los autos sacramentales procura el bien del prójimo, la teología arguye, la fé cree.

Sin embargo, muchas leyes secundarias vienen á cruzarse en la escena, si no indispensables para la esencia, convenientes para la invencion unas, para la trama otras; varias para el realce de valor. Admitido el principio lógico que rije todas las obras de las facultades intelectuales, llamado verosimilitud en las dramáticas, la invencion consiste en nuevas combinaciones de ideas dando á la *idea* su sentido mas lato y genérico. Esta novedad puede referirse á caractéres, ya en cuanto á su índole, ya en cuanto á sus condiciones; puede ademas existir en las ideas simbolizadas en la escena, ó bien en la simbolizacion misma; tambien puede hallarse en las circunstancias dadas que sobre la accion gira, ó bien en las incidentales. Ultimamente, se suele suponer tambien la invencion en los resultados que produce. Saber aunar la novedad y la lógica constituye la bondad de la invencion, su mayor ó menor mérito está en el realce de ambas circunstancias, su valor se mide por los resultados.

La trama dramática es, digámoslo así, el cruzamiento, el enlace de los principios determinados de antemano; su objeto debe ser producir grandes contrastes ó grandes simpatías, ya se refieran al ánimo, ya á la razon, contando para ello con ese universal resorte, con esa ley imprescindible, esencial, á que está sujeto el hombre, la de referirlo todo á ís mismo, porque solo en sí mismo tiene la sensacion. Se le concede al poeta dramático el recurso de circunstancias incidentales que modifiquen la accion, estas circunstancias sirven de mucho, pero tienen tambien graves inconvenientes. Como que el ánimo lo refiere todo á sí mismo, la razon lo hace igualmente; si la incidencia es casual en todo el rigor de la palabra, el ánimo se afecta de ella tan poco como del temor de las cualidades; la razon se afecta menos; semejantes incidencias solo son admisibles en gracia á sus efectos que pueden interesar á la razon y al ánimo; por eso pueden servir, aunque con parquedad, como base de la accion, nunca como medio. Sacar partido de los principios puestos en juego, y sobre todo lograr que los resultados de la accion y los medios empleados para su desarrollo y desenlace sean imprevistos, es la tarea del ingénio dramático; este artificio estriba en valerse al efecto, dadas ya las bases, de deducciones lógicas que el lector, y mucho menos los espectadores, no ha podido hacerse á no hallarse en aquel entonces en circunstancias dadas iguales á las del autor al escribir, es decir á no sér el autor mismo.

Se realiza el valor de una obra dramática con el de los pensamientos que encierra ó insinúa en cualquiera de las partes de que consta.

Como el teatro necesita, so pena de no existir, corresponder á su carácter de espectáculo público, procuran ante todo los autores interesar á la concurrencia y echan mano del medio mas obvio que hay para lograr este objeto; el medio es halagar sus afecciones, porque si el poeta las contrastase se perderia probablemente, y siquiera se contentase con no acariciarlas lo haria á espensas de su fortuna. De todos modos sería quizá empresa gloriosa ¿pero tan fácilmente se encuentra el mártir que la cargue sobre sus hombros?

De esta necesidad, de esta sujecion han nacido esas diferencias relativas de teatro á teatro, admisibles algunas por razones de comunidad, ninguna por superiores razones, necesarias y conducentes casi todas, pero por lo que dijo Lope de Vega:

El vulgo es nécio y pues lo paga es justo
Hablarle en nécio para darle gusto.

Esto en cuanto á la comunidad de los hombres, por lo demas, cada uno individualmente tiene tanto derecho como cualquiera otro para creerse escepcion de la regla.

Como ademas de esa antipatia que existe siempre entre pueblos y naciones confinantes, han sobrevenido en España por estos años las circunstancias que nos sujetan á la influencia de los estranjeros, se ha despertado con este motivo el entumecido orgullo nacional, exacerbándose contra ellos, aunque á la verdad, no ellos sino el fatalismo con sus lógicas leyes tiene la culpa. Con este motivo casi todos nuestros poetas dramáticos acuden á tan poderoso resorte, y entre ellos no es quien menos lo esplota D. José Zorrilla. El y todos son disculpables; pero la posteridad borrará sin lástima esas páginas, dignas de mas elevado objeto.

Zorrilla que da maltrato á su propio ingénio por la misma persuasion de lo que vale y puede, acude con frecuencia en sus obras dramáticas á los resortes fáciles y no finos necesarios para simpatizar con el no muy agudo gusto del público, resultando de aquí en sus producciones una marcada tendencia al melodrama. Así es que no pone especial cuidado ni en los caractéres, ni en la intriga, ni en los afectos profundos, variados y significativos de que pudiera sacar partido. Requieren los caractéres mucho trabajo, porque son creaciones de la percepcion y la reflexion á la

par ¿qué perspicacia tan aguda no necesitó Cervantes para comprender el carácter de Sancho Panza, y qué reflexion no hubo menester para manejarlo? ¿qué perspicacia tan varia y general no debia asistir á Homero para concebir todos aquellos caractéres de la Iliada y qué seso y madurez para desarrollarlos? ¿qué sensibilidad tan trabajada no es la de Shaspeare al describir los héroes de sus tragedias? Y si nos detenemos á examinar todos los caractéres desarrollados por los ingénios ¿no hallamos ser resultados de una percepcion mas ó menos varia pero siempre sutil, ya sea del ánimo, ya de la mente? Seguramente, toda obra literaria es el resultado de las facultades perceptivas, mas ó menos desarrollada, pero en los caractéres aparecen estas mas de bulto porque se presentan en conjunto y como palpables. pero el público no tiene esas facultades bastante trabajadas para poder sentir el mérito de su mas alto ejercicio, y Zorrilla, se lo decimos como leales amigos, es lástima que las tenga tan superiores que conozca con tal tino las flaquezas del público. Cuando se ven resaltar en sus dramas dotes tan brillantes, y una disposicion singular para concebir el orgullo, la valentía, caballerosidad y consenso de la España tradicional ¿no dá dolor ver á menudo convertirse en baladrones sus caballeros? Bien es verdad que si al pueblo español le quedan de sus antepasados la fé, el denuedo, la honradez y el orgullo, le quedan como un edificio carcomido cuyos cimientos arrebata el curso de los siglos y que ya abandonaron sus principales moradores; y entre la multitud, que marcha siempre detrás, la fé perdió su uncion y se redujo á la resistencia, el denuedo casi perdió el camino que llevaba, la honradez aquella se avillanó en la plebe y ya caduca, el orgullo hubo de alimentarse de fanfarronadas. El orgullo nacional es lo que mas pone en juego Zorrilla, y su estilo depende de aquellas consideraciones.

Si á esta seduccion que ejerce con el público, se añade ese irresistible medio que posee para cautivarlo, esa versificacion que le distingue, podrá calcularse el mucho poder que arrastra su talento. Los versos que brotan de su pluma encantan; fáciles, de florido estilo y música resonancia gozan la cualidad que distingue la versificacion y estilo de todos los ingénios inspirados, la cualidad de estar en armonía tal con el ingénio creador, en semejante concordancia que la espresion no puede ser mas propia del caso dado. Espresion decimos porque creemos, no solo que el estilo es parte integrante de ella, sino que tambien la versificacion la ayuda. Hay indudablemente en la cadencia de la elocucion una armonía íntima con el sentido; interpretarla, sentirla

pertenece á la declamacion, es verdad; pero la sonancia armónica del verso la ayuda, la auxilia, porque con el halago de la música escita el sentido y como que lo predispone y dá finura. No consiste sin embargo el mérito principal de la versificacion en la música, aunque es muy comun en los que hacen versos anteponerla á todo; es nada mas que un auxiliar, pernicioso si se eleva á la primacía. Este auxiliar es la única esclusiva diferencia que existe entre la prosa y el verso, no esa virtud inconcebible é informulada que le suele atribuir el vulgo, suponiéndolo enteramente desprendido de todos los accidentes de la prosa. La versificacion está sujeta á los mismos absolutamente, salvas las consabidas libertades concedidas en gracia á la precision del metro, y de las cuales en verdad debe el poeta huir cuanto le sea posible.

A mas de estar sujeto el verso á todos los accidentes de la prosa, lo está á otros mil mas, no diferentes, sino mas complicados, varios y sutiles. La razon es el dedicarse á espresar imágenes y afectos, habiendo por lo tanto de usar las infinitas inflexiones de sonido que estos desarrollan con el sentimiento y aquellas con la accion. Aqui está el verdadero, el grande, el mas admirable valor de los versos, no en la contigua igual cadencia y semejante resonancia; porque si bien estas cualidades seducen á una mayoria grande de lectores, halagando con la música su oido que con la sonora facilidad logra movérsele y con la cadencia armónica se deleita, hay una armonia, hay una música mucho mas profunda cuyas bellezas las sienten solo las organizaciones finas y trabajadas, bellezas cuyo encanto pasa del tímpano para penetrar en el alma. Hay una melodía en el lenguaje, como una melodía en la música, que no depende del compás ni de la medida, sino que se auna con ellas para hacerse mas sensible, aunque á toda série de sonidos es aplicable: por eso es melódica la voz del viento, por eso oimos á veces ruidos vagos que embargan el ánimo, por eso en la naturaleza se eleva al cielo esa sentidísima armonia que el poeta canta. Por eso el alma ó la organizacion, como cada cual guste, tiene sus misterios y el poeta los interpreta, y mientras la ciencia del hombre no adelante mas lejos de donde se halla, la poesía hará bien en llamarse hija del Númen.

Para concluir esta biografía crítica diremos algo acerca de su originalidad, atendiendo á lo que parece haber indicado la *Revue des deux mondes* de que no la hay en la poesía española actualmente. Ha publicado este periódico un artículo acerca de Zorrilla, que seguramente es de los mas atinados escritos del estranjero sobre cosas de España, si bien en sus principales ideas se ven rastros patentes del brillante prólogo que precede á las

obras de este poeta, despojadas aquellas del barniz propio de la época en que se escribieron. Cuando habla de la originalidad de Zorrilla llega en cierto modo á involucrarla con la nacionalidad, y nosotros creemos que son dos cosas absolutamente distintas, sin punto ninguno de contacto; porque puede ser una obra muy nacional ó muy anti-nacional, sin que de esto dependa la originalidad, y puede vice-versa existir esta sin que en ello se deduzca indispensablemente aquella.

Aquí estriba, pues, la fuerza inventora del poeta, si por esto se entiende originalidad, y la referimos luego á Zorrilla, facil es comprender poco mas ó menos la que se desarrolla en lo que escriba. Para hacer esta estimacion de inventiva el mejor medio en el estado de nuestros conocimientos es la comparacion; para hacerla es por lo que el crítico necesita leer mucho. Algun dia llegará acaso en que el análisis sistematice y dé autoridad de ley á esta operacion, y en el entretanto la poesía tendrá casi siempre razon para revelarse contra la crítica.

Por lo demas, si la Francia pretende que la poesía de Zorrilla no tiene una diferencia genérica de la suya, dice verdad, pero tambien puede asegurarse que Zorrilla no tiene de francés mas que Victor Hugo de español, y de orígen propio de nacion á nacion, ú originalidad si quiere decirse en este sentido, mas tiene la poesía de Zorrilla que la francesa, pues lo que esta ha tomado de la del Norte, le falta absolutamente á aquel. Esto es hablando acerca de invencion, pues creemos que la poesía francesa ha inventado muy poco, y si ellos quieren decir que Zorrilla no lo ha hecho por su parte, se les puede asegurar que menos ha ido á pedir prestado la poesía de este que la suya.

Donde hay que estudiar á este es en los *Cantos del Trovador*. En estas producciones es donde está de manifiesto su ingénio; como deba este clasificarse y ser valuado el mismo Zorrilla lo facilita; no hay mas que hacerlo con arreglo á la introduccion de los *Cantos*; aquellos es el traslado mas completo y exacto de su talento. (Véase la pág. 5 de este tomo.)

Nadie ha comprendido mejor su poesía que el mismo Zorrilla con solo entregarse á la espontaneidad de su génio. En esos versos se le vé manifiesto con todas sus bellezas, con todos sus defectos habituales que se reducen á un empeño de voluntad por herir con fuerza la tradicion. No se logra ver el poeta de los siglos pasados; pero es precisamente el poeta del siglo actual. Por eso le ama la España como á un hijo predilecto, por eso es tan popular. Todavía esperamos recorrerá por largo tiempo la senda de gloria que le mostró el destino.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ZORRILLA.

INTRODUCCION.

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenéa,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros pies huméa
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y féa,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos do quier; y orgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios dias y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida;
Ni esperar revolviendo los tizones
El yerto amigo ó la faláz querida
Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza;
Niñas hermosas que morís de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza;
Viejos, que idolatrais vuestros mayores
Venid, yo os contaré vuestra grandeza;

Venid á oir en dulces armonias
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante,
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejeis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores
Yo soy el Trovador de los festines;
Yo ciño el harpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines:
Yo tengo el tulipan de cien colores
Que adoran de Stambúl en los confines,
Y el lirio azúl incógnito y campestre.
Que nace y muere en el peñon silvestre

¡Ven á mis manos, ven, harpa sonora!
¡Baja á mi mente inspiracion cristiana
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
De agena tierra y religion profana!
Mi voz, mi corazon mi fantasía
La gloria cantan de la patria mia.

Venid yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia
Levantaré mi voz consoladora,
Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impia!
Yo cantaré tus olvidadas glorias,
Que en alas de la ardiente poesia
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
A mas de húmeda y medrosa,
Que el pabellon de los cielos
Confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista
Para registrar la sombra
Porque la menor distancia
Los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
Las puertas cerradas todas,
Las centinelas ocultas
Y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
En donde aceche ó se esconda
Una doncella atrevida
Ni una madre recelosa.
Ni hay en reja ni en esquina
Galan que yerto se esponga
Las monótonas goteras
A contar una tras otra.
Que es asaz cruda la noche
Y el cierzo sutil que sopla
Deja las manos sin brios
Para asir de la tizona.
Solo en una torrecilla
Del alcázar donde moran
Los reyes, brilla una luz
Tras unos vidrios dudosa.
Tan débil y tan opaca
Que apenas no se coloran

Las ricas alegorias
Con que los vidrios se adornan,
Mas el exámen prolijo
De vista escudriñadora
Se alcanza que en este instante
Quien vive alli no reposa,
Pues aunque hay unas cortinas
Que las vidrieras entoldan,
Oscilan continuamente
Luces produciendo y sombras,
Y apelando á unos *celillos*
O á una recta y *buena lógica*
Pudiera darse en que hay dentro
Desvelada una persona,
Que sin descanso pasea
La estancia, y dando á la atmósfera
Movimiento, el de los lienzos
Con cada paso ocasiona.
La verdad es que alli dentro
Está pasando á estas horas
Una escena que sin duda
Mucho saber nos importa;
Si no por lo que interese
A quien esto lea ú oiga,
Por nuestra naturaleza
Entremetida y curiosa.
En un sillon de dos brazos,
La faz y la vista torva,
Descolorido el semblante
Y entre ofendida y llorosa
(Aunque en nudos de respeto,
Aprisionada la boca)
La princesa doña Luz,
Con su silencio razona,
Y su apostura modesta,
Y su calma magestuosa
Por su causa buena ó mala
Imperiosamente ahogan.
El rey Egica su tio
Sin disimular su cólera,
Mide sin compás ante ella
A largos pasos la alfombra,
Y su barba mal peinada,
Y las cejas negras, cerdosas,
Sus lábios trémulos, pálidos,
Y la aspiracion que sorda
Del aire que le circunda
Tan difícilmente toma,

Le semejan á una fiera
Cuando enjaulada rabiosa.
Paróse en medio la estancia
Por fin, y en su encantadora
Sobrina puso los ojos
Dó la rabia se le asoma;
Y él altivo y ella humilde
El feroz, ella medrosa
Bien compararseles puede
Al milano y la paloma.
Por último el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncaba:
—¿Conque ello es que lo desprecias
Mozuela atrevida y loca?
¿Conque tienes en tan poco
Mi cariño y mi persona
Cuya dueña hacerte quise
Por hacerte venturosa?—
A cuyas palabras nécias
Insolentes é injuriosas
Subió al rostro de la infanta
Todo el carmin de la honra,
—Mirad lo que hablais, repuso,
Que una sangre no es propia
Y aqui somos dos mujeres
Y no hay mas que una corona.
Para dama, no he nacido,
Si vuestra intencion es otra
Ventura y razon os faltan
Y resolucion me sobra.
—Y amor en otro parece...
—Eso, tio, no os importa,
Basta que no os quiera á vos
Para lo que á entrambos toca.
—Pues probaremos entrambos
Nuestra fortuna, señora,
Y si hay galan de por medio
Cuidad bien que no os le coja,
Porque ya sabeis que hay leyes
Que queman á *las sin hora*,
Y que es sentencia que dada
Ni el mismo rey la revòca.
Y esto hablando el rey Egica
En el manto se reboza
Y dando un fuerte portazo
Dejó la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo
Doña Luz, y en su congoja
Soltó las riendas al llanto
Que á sus párpados se agolpa.
Llenó el aire de suspiros,
Se mesó la faz hermosa,
Y la belleza maldijo
Que con pesares la agobia.
Destrenzóse los cabellos
Arrojó al suelo la toca,
Pisó los ricos collares,
Y renegó de las joyas,
Y renegó de la sangre
Heredada, régia, y goda
Que á ocultar tenaz la obliga
Su inspiracion amorosa:
Y desesperada al cabo
Dirigióse hácia la alcoba
Sin dar aviso á sus damas
Que la desciñan las ropas.
Las lágrimas á los ojos
Mas que nunca abrasadoras,
Mas triste que nunca estuvo
Llena de negras memorias,
Iba á soplar en la lámpara
Soledad ansiando y sombra,
Cuando á una puerta escusada
Sonó señal cautelosa.
—¡Luz mio! dijeron, ¡Luz
De mi esperanza! ¿estás sola?
E introduciendo una llave
Se abrió la puerta en dos hojas.
—«¡Amor mio! esclamó el mozo.
—¿Eres tú? dijo la hermosa,
Y se tendieron los brazos,
Y se besaron las bocas.
—¿Tú has llorado, Luz
—Y mucho.
—¿Pues hay razon?
—Poderosa!
—¿Por Dios, alma de mi alma,
Que me digas quien te enoja!
—Está lejos de tu alcance.
—¿Lejos? ¡por Nuestra Señora
Que como espectro no sea
Ha de pesarle su obra!
Dime su nombre.
—Mi tio.

—Tu tio! Luz estás loca!
—Mi tio, el rey.
—¡Por San Pablo!
Jamás pensara tal cosa,
¡El que tanto te queria!
—Esa es mi desdicha toda
Que hoy de mi amor se consume
En la hoguera licenciosa.
—Eso mas?
—Vino á mi estancia
De noche, solo, á deshora,
Besó mis plantas de hinojos
Y con palabras fogosas
Me vino á decir las ánsias
Que su corazon devoran.
—¿Y tú, Luz?
—Yo le he tirado
A la cara su corona.
Yo te amo y nunca tu imágen
Del corazon se me borra.
Y á las caricias tornaron;
Y á las confianzas propias,
De quien idólatra encuentra
Siempre firme á quien adora.
—Mira Luz, (dijo el mancebo)
Nuestras visitas se acortan
Cada dia, y mas difíciles
Me van siendo y mas penosas.
Hay ojos que nos escuchan.
Y envidiosos que me rondan,
Y se aportilla tu honor,
Y mi dicha se malogra
¿Quieres otorgarme un bien?
—Un bien tu mismo le toma,
Que puedo negarte yo?
¿Cuál es?
—Que seas mi esposa.
—Y el rey?
—Qué pueden los hombres
Contra la ley protectora
Del cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?
Ven, ante esta santa imágen
De la Concepcion te postra,
Y júrame que eres mia.
—Sí que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.

—Y yo te juro amor mio
Ante esa virgen piadosa
Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga.
Y una y otra vez juraron
Asi de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebatadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosa.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persona.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está todo ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente, ó reposa.
Y allá mas tarde calmada
La tormenta, y ya la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsora
Bajó al puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.
Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardia la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega,
Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.
Y asi se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas

Al apagarse la luz
Aparecia la sombra.
Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y doña Luz dió en finjir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.
Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvio
A una enfermedad incierta.
Y pasó un mes y otro mes
Y seis y segun parece
Doña Luz está en sus trece.....
Mas el rey se está en sus tres.
Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que doña Luz dormia.
Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba
Nunca para hablar estaba,
E iba adelante su mal.
Si el tio no satisfecho,
Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.
Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez:
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.
«Luego está enferma verdad!
Dijo, y mordióse los lábios,

Añadiendo, mas hay sábios
Que vean su enfermedad.»
 Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó
Mas ella le regaló
Con los desaires mayores.
 Decia su camarera,
Siempre; *duerme, está en el baño*,
Y no llegará en un año,
Dia en que los recibiera.
 «*La noche ha sido muy mala,*
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible...»
Y ellos siempre en la antesala.
 Y el rey con noticia tal
Celoso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.
 Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.
 En emboscada los puso
A los pies de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.
 Nadie allí debia entrar
Ni salir noche ni dia,
Mas que Leonor que solia
A la infanta acompañar.
 Mas ¡ay de quien cela nécio
A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.
 Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Mas de quien vela el secreto
Va creciendo el interés.
 Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.
 Andaba el celoso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley.
 Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,

Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.
  Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Habia de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.
  Y á caerle entre las manos
El galan (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.
  Y asi el tio en acechar
Y la sobrina en finjir,
Están los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.
  Ella está en guardar su encierro,
El en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas
Y él en preparar su entierro.
  Y asi van y vienen dias,
Y asi amarrados al potro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfias.

Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura
Quien las exhala, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una mujer moribunda.
Los que oidos por los guardias
Que á doña Luz aseguran
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crímen que oculta
La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey

Porque su aficion repulsa
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.
Asi pasó largo tiempo,
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Juzgaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creyendo en la sombra oscura
Sentir huyendo de espíritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso nunca
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta
Se vé la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbra,
Segun que los nubarrones
Por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo que se derrumba,
Entre los rudos peñascos

Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos;
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Y en la fantasia toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran,
Y en las creencias se abultan.
Deslizándose en silencio
Por su superficie rústica
Viene á estas horas bajando
Una sombra lenta y muda.
Aparicion que nacida
En alguna grieta inmunda
Vaga de una en otra peña
Sobre el aura que la empuja.
Pálida ilusion diabólica
Inútil, perdida y única
Evocada en un conjuro
Pronunciado á la ventura.
Doliente imágen de alguno
Que mal hallado en su tumba
Viene á la orilla del agua
De sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
Que por ignoradas culpas
Desorientada en la noche
El mundo á deshora cruza.
Pues ni se sienten sus pasos
Ni de su peligro cura,
Y ya resbala, ya salta
Huye, aparece ó se ofusca
Y ya pisa de las márgenes
La arena blanda y menuda,
Ya toca al agua, y parece
Que consigo misma lucha,
Y vuelve do quiera el rostro
Con miedo, y se ve que oculta
Incomprensible designio
Cuya ejecucion la angustia.
Al fin la luna amarilla
Rasgando las importunas
Nubes, de lleno en las rocas

Derramó su lumbre pura:
Y en este momento rápida
Con mano firme y segura
Lanzó la sombra un objeto
Que rompiendo el agua turbia
Sumióse por un instante
En la corriente profunda.
Quedó la vision un punto
Sobre la ribera húmeda
Inmóvil y confundida
Entre la sombra y la bruma,
Contemplando de las aguas
La superficie que arruga,
El vientecillo que corre
Llevando encontrada ruta.
Hasta que en medio del rio
Sobre el agua que le impulsa
Viendo el objeto que espera
Que á la superficie suba,
Volvió á alejarse del rio
Por entre las peñas rudas
Tomando una áspera senda
Que los brezos dificultan.
Asi llegó á la muralla
Del real alcázar en cuya
Piedra hay abierto un postigo
Por resortes que le empujan,
Y al sumirse de la sombra
Por él la informe figura
A merced de una linterna
Que tras el postigo alumbra
Se dejó ver claramente
Aquella vision nocturna,
Que aunque enlutada y medrosa
Era una mujer en suma.

Cuanto mas se recataba
Doña Luz y resistia,
Mas el rey se enfurecia
De ver que no la lograba.
Llevaban ambos su empeño
Con tan resuelto teson
Que ella seguia en prision
Y el rey de la torre dueño.
Por mas que madrugador
Llegaba todos los dias

A su puerta, en sus porfías
Nunca el rey iba mejor.
De verla no hallaba medio,
Por mas protestas que hacia
Doña Luz de él no admitia
Ni visita ni remedio.
Decia su camarera
Siempre *«duerme.»—«Está en el baño.»*
Y no llegara en un año
Dia en que le recibiera.
«La noche ha sido tan mala!...
La convulsion fué terrible...
Despertarla es imposible...»
Y el rey siempre en la antesala.
Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.
Cesó pues en sus visitas,
Y cesando en su esperanza
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.
Seguro que tal desden
Por otro se le causaba
Ya solamente trataba
De asegurarse por quien.
Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella
Iba á hacer en la doncella
Grave y escarmiento y ultraje.
Y á no dar en conclusion
Con el galan que tenia
En la hoguera moriria
La mitad de la nacion.
Y ciego y sin atender
A que era su sangre real
Citóla ante un tribunal
Como á una infame mujer.
Y para injuria mayor
Pública haciendo su audiencia
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.
Llegó pues la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.
Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;

Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.
Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre agena.
Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.
Corria voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal, mas su celo
Por la justicia y la ley,
A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.
Y el vulgo que tal oia
Engañado torpemente
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudia.
Y oíanse carcajadas
Groseras, y dicharachos,
Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.
Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale
Porque con ella se iguale
No escasea los sonrojos.
Y así ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.
Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!
Su noble hermosura espuesta
Con vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonesta...
¡Ah! corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!
Corrámosle, que en verdad
Le necesita y bien doble

Para oir siendo tan noble
Cual la acusan sin piedad.
Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta
Demandó á doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:
—«Yo, noble y page del rey
»Invoco aqui por tres veces
»Del rey mismo, de sus jueces,
»Y de su pueblo, la ley.
»Y ante ella, á esta dama acuso
»Por mujer torpe y liviana
»Pues su amor vendió villana...
»Cuyas pruebas no rehuso.
»Y asi en su justicia grande
»El Dios sumo á quien apelo
»Vea lo cierto en el cielo
»Y si no me lo demande.»
Calló aqui el mal caballero
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.
A doña Luz condenaron
A morir en una hoguera
Si desmentir no pudiera
Lo que alli le demandaron.
Entonces la hermosa dama
Mirándose sin amparo
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.
E hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó: «¡juro que miente
Y apelo al juicio de Dios!»
Reinó un silencio solemne
En la atenta muchedumbre;
Y el juez segun la costumbre,
«Si estaba firme y perenne
»Y confiaba en su causa.»
La preguntó á la princesa,
Cuya voluntad espresa,
Siguióse otra breve pausa.
Tras cuya séria consulta
Fijóse un plazo de un mes
Atenidos á él despues
Todos sin otra resulta.
Admitió el acusador
El combate, si es que habia

Caballero que admitia
La lid del mantenedor,
  Y tornaron otra vez
Cada cual con su esperanza
El rey á su ruin venganza,
Doña Luz á su estrechez.

  Y pues que nadie nos corre
Y un mes tenemos de espacio
Dejémosle á él en Palacio
Y á doña Luz en su torre.

LEYENDA SEGUNDA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia;
Y hasta el fin quieres sabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.
Al cabo no es largo viage,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipage,
Y á mas te daré carruage,
Con que déjate llevar.
Pues te advierto (ohi complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á la presente
Los poetas somos gente
muy cortesana y muy grave.
Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticon nos halla
Tan buenos como el mejor
Que hoy anda entre la canalla.
Por cuya razon me atrevo,
Seas lector quien te fueres,
A proponerte de nuevo,
Que me acompañes, si quieres,
Que á mal lugar no te llevo.
Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero
Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero

Nosotros á visitar.
Asi, pues, por concedido,
Yo quedaré agradecido;
Tú sabrás toda mi historia;
Y yo alegre y tú servido,
Aqui paz y despues gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,
De lo mas noble de España
Villa antigua y principal
Que el Tajo revuelto baña.
Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobílisima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.
Y hoy aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.
Y allá en los años remotos
Por do mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fria escarcha,
Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordobés
Un noble, con quien mal hora
Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.
Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercibido;
Y huía desalantada
La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.
Y ya olvidado el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo sin tino,
Luchando sin esperanza

Contra su fiero destino,
Cuando á la fin de la vega
La triste sin poder mas
Al agua lanzóse ciega;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detrás.
Hendia el raudal rugiente
La cierva con fuerza estraña,
Y hendia el potro valiente
La arrebatada corriente
Trás la medrosa alimaña.
Mas ya la infeliz vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.
El, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcóla,
Cuando por medio del rio
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.
Un tronco acaso creyólo;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo;
Mas el hidalgo iba solo
Y oia cerca llorar.
Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y que está soñando piensa;
Nada hay en su tabla estensa
Y oye llorar á su lado.
Ya la ruin supersticion
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazon
A temer de la ocasion
Algun desdichado azar,
Cuando el descarriado objeto
Que sobre el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.
Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncabos y comprimidos
En su misterioso centro.
No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento

Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.
  Y asi á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados
Lio, cazador y cierva.
  Y aqui oyendo sin cesar
Los mismos tiernos gemidos
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.
  Del cuchillo pues asió,
Deshizo las ligaduras
Que por encima encontró,
Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.
  Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido
Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado.
  Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio
Una pequeña compuerta.
  Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recobraba
Despues su forma anterior.
  Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuantas ligaduras via.
  Dió en un resorte por fin,
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando origen no ruin
Sus vestiduras y aliño.
  Ricos encajes traia
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque asi espuesto venia
Sobre tan debil bajel.

Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado
A su rostro delicado
Vida y calor procuraba,

En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
El cerdoso javalí,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompia el mónstruo feroz.

Y ya los roncos alanos
A sus espaldas sentia
Cada punto mas cercanos
Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daria;

Cuando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar
Y el son de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando
La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando
Al rio fueron llegando
Detras de los cazadores.

Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo:
«Volverme á Alcántara quiero,
»Dejad que ese monstruo fiero
»Viva en nombre de mi hijo.

»Y conducidle con tiento
»Que pues su buena fortuna
»Le trajo á mi amparamiento,

»Si tuvo mal nacimiento
»Tendrá al menos buena cuna,
»¡Sus, y á caballo! señores.»

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

Era entonces como ahora
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacha,
Llamado en justicia tal.
Y andaba la córte Goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.
Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos
Punto menos punto mas.
Y esto por mas que se encomien
Las mejoras de la edad.
Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de ánimo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz
A caza de sus virtudes
No doy con una jamas.
El trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad!
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal.
Casóse con Egilona
Matrona muy ejemplar,
Pero exigente sin duda
Y malhumorada asaz:
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar
Por ser muy parienta suya:
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimoniar.

Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiendo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.
Asi que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso ademas.
Para este tan santo objeto,
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Conque pudo el pobre dar.
Mas doña Luz espantada
De tamaña fealdad
Dió en resistir sus antojos,
Y su vergüenza fue tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que en su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.
Mas dejemos noramala
Tan necio filosofar
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.
Y vamos con nuestra historia
Aunque por lo dicho atras
Verás lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;
Y en córte tan corrompida
Cuanto es dificil verás
Que hallemos un caballero,
Llámado en justicia tal.
Habíale sin embargo,
Pero harto de la ciudad,
Y de la córte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)
Vivia consigo mismo
En apartado lugar
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.

Y por ocupar en algo
Vida tan sin vanidad,
A las fieras de sus bosques
Combatia sin cesar.
No era ni mozo, ni viejo,
Mas de alma y cuerpo cabal,
Justo, afable, comedido,
Recto, severo y veraz.
Usaba luenga la barba
Y bien peinada, lo cual
Daba á su noble figura
Respetable dignidad.
Y pródigo con los pobres,
Con sus amigos leal,
Piadoso sin finjimiento,
Modelo en la sobriedad;
Afable en el corregir,
Cariñoso en el tratar,
El primero en el ejemplo
Y en virtud el principal,
Era el ídolo de Alcántara,
Dó el rey no podia enviar
Ley que no se consultara
Con su recta voluntad.
Tal era el buen caballero
Que pocos momentos há
Tras una medrosa cierva
Al Tajo lanzóse audaz.
Y tal que al tierno infante
Abandonado al azar,
Acogió en su propia casa
Con cariño paternal.
El es quien solo en su cuarto
Cerrado por dentro está,
Sentado frente á una mesa
Con pensativo ademan,
Y grave asunto lo debe
A estas horas ocupar
Porque ha tiempo yace inmóvil
Tendido en el espaldar
De un ancho sillon de brazos,
La cabeza echada atrás,
Entrambas manos cruzadas
Y en silencio pertinaz.
Abierto tiene delante
Aquel cajon singular
Habilmente preparado,
Que mitad cuna, y mitad

Barco, condujo en su centro
Al desdichado rapaz.
Y vénse sobre la mesa
Derramadas á la par
Monedas y alhajas de oro
De valor muy especial.
Joyas y esquisitas prendas
Que atestiguándole estan
Que al infante las destina
Quien quisiera darle mas.
De unas en otras los ojos
No cesaba de pasar
El caballero, abismado
En honda perplegidad,
Cuando tendiendo una mano
Por movimiento casual
La lleva al cajon y dentro
Con un pergamino dá.
Dice lo escrito en un lado
«Condúzcate Dios en paz
»Pedazo de mis entrañas
»Que no has merecido mal.
»Metido desde el nacer
»En aventuras estás.
»La infeliz que aqui te puso
»No fué por su voluntad,
»Llorando queda tu suerte...
»¿Cuando á verte volverá?»
Con cuyas tiernas palabras
Llenas de amor maternal
Se inclinó el buen caballero
Dos lágrimas á enjugar;
Y al volver el pergamino
Halló estas letras detrás.
«Quien tuviere la fortuna
»Tal tesoro de encontrar
»Guarde secreto y no tema
»Daño por ello jamás.
»Que es este niño olvidado
»Infante de origen tal
»Que puede á quien le sirviere
»Sobre gigantes alzar.»
Y aqui volviendo á la caja
El pergamino, leal
Don Godofredo á lo escrito
Tornó el cajon á cerrar
Diciendo: «Pobre inocente
«Sin padre no quedarás.

»Y pues tan noble es tu sangre
»Nada de hoy te faltará.
»Niño que sales al mundo
»En los brazos de un azar
»Encomendado á las aguas
»Sin saber á donde vás;
»Pues á los mios te trajo
»La divina voluntad,
»De cristiano ni de noble
»Nada menos has de echar.
»Tu nacimiento la iglesia
»Como es justo cantará,
»Hermosas y caballeros
»Te saldrán á acompañar,
»Y ya que callan tu origen
»Por infortunios quizá,
»Tu primer sueño seguro
»Arrullarán á compas
»Las trompas y las campanas
»Con alientos de metal.
»Pues ya que madre te falte,
»Mientras yo viva tendrás
»Un brazo que te defienda
»Y un labio que te dé paz.»
Y saliendo Godofredo
Sus criados á buscár
Mandó aprontar un banquete
Con regia suntuosidad.
Hizo invitar á los nobles,
Y mandó en la parroquial
Un espléndido bautizo
Al momento preparar;
Repartiendo entre los pobres
Grandemente liberal
Cuanto oro vino en la caja
Para asistir al rapaz.
Le hizo llamar don Pelayo,
Y celebró fiesta tal
Que no la hubiera tan grande
A ser su hijo en realidad.

Y hablábase todavia
Entre la gente de Alcántara
De esta grandeza estupenda
Que en Godofredo encomiaban,
Cuando despues del bautizo

Poco mas de una semana
El gozo del caballero
Mató una noticia infausta.
Estaban á el medio dia
Reunidos en la plaza
Los nobles y caballeros
Que con Godofredo tratan,
Dispuestos y apercibidos
Entre una inmensa canalla
De monteros y ojeadores
Para una famosa caza.
Dispúsola Godofredo
Con su pompa acostumbrada,
Y á ver los preparativos
El pueblo se despoblaba.
Al murmullo de la gente
Y al estruendo de las armas
Muchos caballos relinchan
Y muchos lebreles ladran.
Los que en la villa se quedan
Envidiando á los que marchan
De no ser de la partida.
Se querellan ó se alaban.
Unos la poca destreza
De los ojeadores tachan,
Otros cuentan de los mismos
Lances que en proezas rayan.
Otros hallan de los perros
Algo cortas las amarras,
Y opinan que las traillas
Han de llegar muy cansadas.
Quién habla de un perro negro
Cual si de Alejandro hablara
Y dice que con él solo
Para una partida basta.
Quién apuesta en contra suya
Por una pareja blanca,
Y quién dice que no hay otros
Mejores en la comarca.
Y mientras, los caballeros
De mas brios é importancia
Con mucho calor disputan
De correrías pasadas.
Este agotó seis ciervos
El solo en una mañana
Aquel mató un javalí
De doce arrobas y largas.
Aquel usa unos venablos

De tres puntas, que no faltan
Jamás al tiro, y de un golpe
Con la rés mas recia acaban.
Uno dá la preferencia
A una ponderosa lanza,
El otro en vez de puñal
Usa de tajante espada.
Unos gustan á pié firme
Ver la fiera y esperarla,
Otros juzgan mas alegre
Vencerla tras de cansada.
Y en tanto que los dichosos
Divierten con tales pláticas
El tiempo que ya impacientes
A don Godofredo aguardan
Abiertos de par en par
Miradores y ventanas
Se gozan con la presencia
De las mas hermosas damas.
Y aqui se cruzan suspiros,
Y alli se truecan palabras,
Allá se quedan con miedo
Y acullá con esperanza.
Reconoce una su lazo
Carmesí, y otra su banda,
Uno recuerda un cintillo
Y otro una cifra bordada
Y el toque del mediodia
Empezaron las campanas
Cuando entró don Godofredo
A caballo por la plaza.
Rompió universal aplauso
Por la gente, y ya se daban
Besamanos á las bellas,
Y se rompia la marcha,
Cuando ágrio son de trompetas
Oyeron á sus espaldas.
Todos los pies se pararon,
Volvieron todos las caras
Y hubo un punto de silencio
En la turba aglomerada
Y aun duraba su estrañeza,
Y su atencion aun duraba
Cuando se entró plaza adentro
Con un pregon un rey de armas.
Paróse en medio la turba
Al rey aclamó en voz alta,
Y quedaron las cabezas

Descubiertas y humilladas.
Y luego con voz solemne
Habló con estas palabras:
«La princesa doña Luz
»De incontinencia acusada
»Y condenada á la hoguera,
»En nombre de Dios reclama
»Como permiten las leyes
»Un caballero que salga
»Por su honor, si es que hay alguno
»Que admitiere la demanda.
»Un plazo de un mes y un dia
»Dió el rey por última gracia
»Siendo el primero que corre
»El que va de la semana.»
Y las frases de costumbre
Añadiendo, dió la espalda
A la multitud absorta
Y volvió á salir de Alcántara.
Quedó en silencio la gente
Que allá en su interior pesaba
La grandeza de un delito
Que á los príncipes alcanza.
Y con los ojos en tierra
Cada cual por sí evitaba
Del valiente Godofredo
Encontrar con las miradas.
Hasta que al fin viendo éste
Que no hay una sola lanza
Dispuesta á hacerse pedazos
En honor de la acusada,
Pidió en voz alta la suya,
Pajes tomó y gente de armas,
Y dió la vuelta á Toledo
Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
Salió tras él, que está clara
La voluntad de su rey,
Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora
Y en soledad amarga
Los perezosos dias
Numera con afan,
Y puede solamente
De su existencia larga
Temer los venideros
Llorar los que se van!

¡Ay triste del que jóven
Y alegre todavía
Sus horas de ventura
Recuerda con dolor,
Y siente que aun adora
Su ardiente fantasía
La fugitiva sombra
De su perdido amor.

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá.
¡Ay si, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos,
Y el plazo de sus dias
Determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
Cuanto infeliz princesa,
Que á los pintados vidrios
Sentada sin cesar,
Desesperada aguarda
De incertidumbres presa
La vuelta del que solo
La puede consolar.

En vano sus miradas

Por el camino tiende
Por donde puede acaso
Su rondador venir.
Y en vano nuevas suyas
Dar á su amor pretende
Si no las pueden ambos
Ni dar ni recibir.

———

¡Oh Zéfiros ligeros
Cuyo murmullo errante
Espira entre las hojas
Del árbol y la flor;
Vosotros que el espacio
Cruzais en un instante
Llevad al caballero
Las cuitas de su amor!

———

¡Palomas de los valles,
Que al pié de su ventana
Con vuestro blanco esposo
A reposar venís,
Doleos de la hermosa
Que morirá mañana
Si al valeroso amante
Su mal no le decís!

———

¡Espíritus sin cuerpo
Que en medio las tinieblas
Estremeceis el aura
Con misteriosa voz;
Contadle las que apiña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida
La tempestad veloz!

———

Volad hasta encontrarle,
Decidle quien le espera,
Que rasgue los hijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera...
Mas ¡ay! que será tarde
Cuando llegueis á él

———

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,

En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarra el velo
De la lujuria real.

———

Mañana espira el plazo:
¡Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador!
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros,
Lidiad por la belleza,
Lidiad por el honor!

———

Mas ¡ay! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazon servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana,
Aunque los pies os ponga
Sobre la frente vil.

———

Lo sé: para vosotros
No hay honra ni grandeza
Que iguale á la sonrisa
Ó la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

———

¡Traidores! como viles
Que al fin habeis nacido
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el harpa del poeta
Que os deja en el olvido
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

———

Mas quiero verlas rotas
Y rota mi garganta
Que nombres recordando
De gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron

Con gloria y con honor.

¡Ay cuán en vano acechan
De doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le vé,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé.

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá!
¡Ay si, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos
Y el plazo de sus dias
Determinado está!

Brilló la fatal aurora
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.
La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega,
Toledo en yermo se torna,
Y el ancho circo se llena.
Así se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¿Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca
Como en nombre de quien vence
La multitud se divierta?
¿Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera?
¿Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la víctima

Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta
Y el alma ansiosa de sangre
Míseramente se pierda?
¡Qué importa, si la canalla
Diz que en su ejemplo escarmienta
Y amor cobra á la justicia,
Aunque viene á escarnecerla!
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles
Hijos de la madre tierra
Cuando ostentais mas poder
Se vé mas vuestra miseria!
Leyes y penas hicísteis
De la virtud en defensa
Y cada pena tomais
En vez de escarmiento á fiesta.

Pero asi van de este mundo
Todas las cosas, revueltas,
Van todos á donde estorban
Y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
Quien reparte las sentencias,
Y viene á ver como cumplen
Los condenados por ellas!
No es ella del fin del hombre
Quien ha de pedirle cuentas,
Y con descaro examina
Quien va sereno ó quien tiembla.
Vulgaridad insolente
E impía ademas de necia,
Pues quien á morir camina
Por Dios que no representa;
Que no hay en ello mas paso
De sátira ó de comedia
Que el perdon que él da á una turba
Que está para él sorda y ciega.
¡Acaso en el mundo luego
Doble su memoria queda,
Y unos por traidor le infaman,
Y otros por leal le aprecian...!
Pero tales son del mundo
Las ridículas quimeras,
Y acaso lo que hoy es culpa
Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
Su magnífica lumbrera,
Y ya á gran trecho del cielo
Avanza su luz espléndida.
La escarcha tornasolada
Se desvanece en la yerba,
Y en transparentes vapores
Huye á lo lejos la niebla.
Oyese el Tajo espumoso
Murmurar entre las peñas,
Con el canto de las aves
Que las orillas le pueblan,
Y que al son de su corriente
Desvanecidas se alegran,
Y le beben los cristales
Y le pican las arenas.
¡Hermosa está la mañana
Y está la naturaleza
En su claridad bañándose
Encantadora y risueña.
Suave y natural frescura
Perfuma el aire, y penetra
En el cerebro alejando
Meláncolicas ideas.
La vista cruza la atmósfera
Hasta una distancia inmensa
Por entre su velo diáfano
Perdiéndose sin violencia.
Y los objetos reciben
De la luz formas tan bellas,
Que enamoran los sentidos
Con mil ilusiones nuevas.
Un pajarillo volando
Si pasa rápido y cerca
Bajo sus alas tendidas
Mil tornasoles refleja;
Mil armonias silvestres
Del pico parlero suelta,
Y tras su rápida sombra
Ojos y oidos nos lleva.
Una triste florecilla
Que en los céspedes vegeta,
A la luz pura del alba
Ricos matices ostenta,
Y aroma grato despide,
Y jugo abundante deja,
Y el cáliz dó el semen guarda
Menudas hojas conservan.

Y si la flor por acaso
Crece en un áspera piedra
En un carcomido muro,
O de un tronco en una grieta
Y allí libre y encumbrada
Su forma al aura presenta
Y la estremece vagando
Sutil el aura y risueña...
¡Oh! delicia de los ojos,
Dulce iman de las inciertas
Memorias mal adormidas
Nos encanta y enagena
La florecilla silvestre;
Y tanto bien nos recuerda
Que nos detiene á mirarla...
Y ¡qué embeleso se encuentra,
Qué de ilusiones suavísimas,
Qué de deleites en ella!
¿Cómo pensar en desastres,
Ni cómo tender tras verla
Los desencantados ojos
Por la ensangrentada arena?
Mas ¡ay! que ya por Toledo
Las roncas trompas resuenan
Y se oye son de caballos,
Y vivas, que la presencia
Anuncian del rey Egica,
Cuya venganza no alteran
Ni la beldad de la víctima,
Ni la crueldad de la pena.
Allá en el estenso circo
La muchedumbre que espera
A las ventanas se agolpa
Y se empuja y se atropella.
Los que no ven se encaraman,
Los oprimidos se quejan,
Los ventajosos insultan,
Los pendencieros contestan,
Y crúzanse las palabras,
Y trábanse las pendencias,
Y las puñadas se emprenden
Y la chusma se revela.
Gritan unos—¡*Que se matan*!
Otros gritan—*vayan fuera*!
Los que ven gritan ¡*ya vienen*!
Y aplauden y victorean.
El rey al cabo en el circo
Con sus cortesanos entra,

Y cada cual toma puesto
Y la multitud se aquieta.
Vuélvense todos los ojos
Al sitio dó el rey se sienta,
Y al fin como hay que ver algo
La multitud se contenta.
Los que aguardaban ya dentro
Saludan á los que llegan,
Los recien llegados buscan
A los que saben que esperan.
Y crúzanse besamanos,
Nombres, sonrisas y señas;
Y repárase en el lujo,
En la gracia y la belleza,
Y el rico incomoda al pobre
Y el pobre aguanta y se estrecha.
Allí le distrae un calvo,
Allá abajo una mozuela
Que con descoco replica
A algunas gracias groseras.
Acá una dama notable
Por una hermosura estrema
Llama la atencion del vulgo
Que atrevido la contempla.
Y allá un hombre de justicia
Con impavidez austera
A los chispazos del vulgo
Oidos hace de piedra.
Mas otra vez enterados
Los ociosos, de que aquella
Detencion no tiene causa,
Y que la funcion no empieza,
Vuelven con largo murmullo
Memoria á hacer de la fiesta;
Corre la voz por las gradas
Y á grados la voz se aumenta
Y poco á poco concluye
Gritando la masa entera:
—Que saquen á la acusada.
—El acusador que venga!
Y unos piden el combate
Y otros claman por la hoguera.
Crecen la audacia y las voces,
El tumulto se acrecienta,
Ni la magestad se mira
Ni la razon se respeta.
Y al fin con fúnebre pompa
De Occidente por las puertas

Entró cercada de lanzas
En la liza la princesa.
Desmelenada venia,
Sin esperanza, ni fuerzas,
A pié y en el bello rostro
El carmin de la vergüenza.
El pueblo elevó un murmullo
De ambigüo sentido al verla,
De compasion á una parte,
A otra parte de insolencia.
Dijeron unos:—*qué lástima!*
Tan jóven... y una princesa...
—Y contestaron algunos,
Esa es la ley verdadera
La que igual para con todos
Hasta todas partes llega.
Aunque muchos por lo bajo
(Y de virtud mas severa)
Dijeron: *Esto es venganza,*
Y si eso al rey interesa
Matárala en su prision
Si es que morir mereciera;
Al menos por escusarse
Ver en su sangre esta mengua.
Asi el pueblo se dolía
Pero por fin iba á verla.
Llevaron á doña Luz
A un tablado de madera
Do hay un sitial sin respaldo
Preparado para ella.
Detrás se sentó el verdugo,
Y al pié se hacinó la leña
Donde debia morir
A no probar su inocencia.
Cercaron todo aquel sitio,
Soldados, y hecha la vénia
Al rey, los jueces del campo
Fueron á abrir las barreras.
Leyóse el pregon dos veces,
Y al sonar de las trompetas
Armado el acusador
Se presentó en el arena.
Salio por frente al tablado,
Pero por la parte opuesta
No pareció un caballero
Ni se apercibió una seña.
Volvió á entablarse en voz alta
La acusacion y en presencia

Del pueblo fué condenada
Pues que no hay quien la defienda.
Rompió en aplausos la gente,
Prendió el verdugo la hoguera
Y desplomóse de espaldas
Desmayada la princesa.
Perdon! dijeron algunos,
Y la muchedumbre—¡Muera!
Cuando á la puerta del Norte
Sonó aguda una trompeta.
Calló asombrada la turba
Y apercibido á la guerra
Seguido de cinco pajes
Entró un ginete á la prueba.
Con los blasones reales
Su negro escudo acuartela,
Caballos trae de batalla
Y corona en la cabeza.
Y es personage sin duda
De real casa y reales prendas,
Pues mete en liza escuderos
Y pages delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito
A los andamios reales,
Y alzándose la visera
Y con el rey encarándose
Del infante don Favila
Mostró el severo semblante.
Quedaran los cortesanos
Atónitos al mirarle;
Perdió la color el rey,
Y sobre el escaño alzándose
Plática entabló con él,
Entre iracundo y amable.

EL REY.

Primo seais bien venido.
¿Qué viento á Toledo os trae?

DON FAVILA.

El que vuestros pregoneros
Con vuestras sentencias hacen

EL REY.

¿Sabeis pues vuestra deshonra?

DON FAVILA.

Vedlo, pues no llego tarde.

EL REY.

¿Habeis caminado mucho?

DON FAVILA.

Toda cuanta tierra cabe
Desde Asturias á Toledo.

EL REY.

Y habeis hecho tanto viaje....?

DON FAVILA. (*vivamente.*)

Para lidiar como es justo.

EL REY. (*con ira.*)

¡Favila:..! por la culpable ?

DON FAVILA.

Por Dios que he corrido bien
Por llegar en este instante.

EL REY.

¡Sabeis cuál es su delito!

DON FAVILA.

Sé primo, que es nuestra sangre,
Y que por no defenderla
Es mengua que se derrame.

EL REY.

¿Tendréis tal vez prueba alguna
De su inocencia?

DON FAVILA.

Eso atañe
A los que esto sentenciaron:
Bástame á mí su linage.
Y ¡sabed que aunque otra fuera
Ser mujer era bastante
Para romper yo una lanza
A no defenderla nadie.

EL REY.

¡Noble sois!

DON FAVILA.

Nací en palacio
Nadie como vos lo sabe

Y su caballo volviendo
Dejó al rey, que á replicarle
Iba, y desairado viéndose
Dijo iracundo, ¡adelante!
Fuese el duque don Favila
Al acusador, y en grave
Acento y gesto sañudo
Díjole palabras tales.
—«Yo, para lidiar conmigo
»Os dispenso lo que os falte,
»Y no riño mas que á muerte:
»Ved pues si podeis matarme
»Porque si acabo con vos
»He de daros por infame
»A vos y á todos los vuestros
»A donde la raza alcance.
»Conque á quien Dios se la diere

»Bendígasela su madre.»
  Y asiendo un caballo negro
Que de hinojos le dá un paje
Tomó campo don Favila
Su antagonista imitándole.
Quedó en profundo silencio
La multitud un instante,
Y la atencion fué profunda,
Y el temor inesplicable.
Unos están por el duque,
Otros que el deseo saben
Del rey, anhelan inícuos
Que doña Luz no se salve.
Y otros que ven la nobleza
Del que á la batalla sale,
De la princesa dolidos
Por ella plegarias hacen.
Ellos, mientras, lanza enristre,
Tendidos hácia adelante,
A la señal de los jueces
Salieron á todo escape.
Viniéronse uno para otro
Y en el medio al encontrarse
Tal nube de polvo alzaron
Que oscureciendo el lance
Por movimiento uniforme
Todos en su asiento alzándose
Tendieron tras de los ojos
Los cuerpos para mirarles.
Y el espeso remolino
Con el viento disipándose
Dejó ver las consecuencias
Del encuentro formidable.
Por valor ó por fortuna
De un bote acabó el combate:
Nadie con el como atina
Pero el hecho está palpable.
  El bueno de don Favila
Al acusador cobarde
Tenía á sus pies tendido,
Y la lanza asegurándole
Al pecho, le amenazaba
Con morir ó retractarse.
Grande fué entonce el asombro,
Y el bullicio fué muy grande,
Que hay quien á mágia lo achaca,
Y otras causas semejantes.
Y el rey que á su favorito

Mira en tan estremo trance,
Lanzó á la arena su cetro:
Mas don Favila mas hábil
Antes que á tierra llegara
Pasóle de parte á parte.
Rompió en aplausos la turba
Que todo al cabo lo aplaude,
Gozó don Favila el triunfo,
Y el rey gimió de coraje.

Dióse por libre á la infanta
Y empezó á salir la gente,
Cuando confuso tumulto
Se levantó en el palenque
Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma —*¡fuego!* — *¡á la vega!*
¡Fuera! — *¡matarle! ¡cojerle!*
Y el alboroto redobla
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.
Allá abajo entre una turba
Se ven apenas los jueces
Con sus insignias por alto
A las que ninguno atiende.
Y suenan voces de riña,
Y puños por alto vénse,
Aunque en verdad del tumulto
Nadie la razon comprende.
Sonaron, por fin, clarines
Del rey, y entraron ginetes
Que despejaron el campo
Con que logran entenderse.
Volvióse la multitud
A los asientos, volviéronse
Con el rey los cortesanos
A sus sitios preferentes,
Y demandando la causa
El rey, fueron á ponerse
A sus pies tres caballeros
Armados hasta los dientes.
Enojado el rey Egica,
Díjoles: —*Quién son? qué quieren?*
Y alzó la voz uno de ellos
Diciendo: *vasallos fieles,*

Amigos de la justicia,
Y del difunto parientes.
Señor, la misma demanda
Entablamos nuevamente,
Y á desafiar venimos
A su vencedor á muerte.

Brilló en el rostro del rey
Traidora sonrisa oyéndole,
Y dijo con voz de triunfo
A don Favila volviéndose:
—Primo, ¿admitís la demanda?
Ya veis que con causa viene!
—Que vengan enhorabuena!
Yo traigo quince ginetes,
Y admito por cada cuatro
De mis caballeros, siete.
—Y yo soy con mi sobrino
Mantenedor del palenque
Esclamó entrando en la liza
Otro, cuya voz potente
Cubrió el rumor que en el pueblo
La nueva noticia mueve.
Frunció las cejas Egica
Viendo al nuevo combatiente
Y esclamó: ¡vos Godofredo
Vais á lidiar!
—Me parece.
¡Ea! buen duque, á caballo!
Que hombres de nuestra progenie
Por un contrario de mas
Batalla escusar no pueden.
—No tio, ¡viven los cielos!
Pero algo ha de concederse
A quien como noble lidia,
Y abriga sangre de reyes.
Yo solo mantengo el campo,
Que tiren entre ellos suertes
Y al que le toque, que salga.
Pero, ¡ay de ellos si no vencen!
Todos quedarán esclavos
Para cuidar mis lebreles,
Yo arrastraré al que derribe,
Y escupiré á los que queden.
—Eso si, sobrino mio.
Mas si por desdicha vencen
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.

—Pues á caballo!
—¡Á caballo!
Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.
Salió al combate don Bristes,
Mozo de años veinte y nueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y bríos
Por don Favila se teme
Y dicen que el rey nombra
Por el mas recio escogiéndole.
Ello es que él y don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronsela los padrinos
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
Á don Favila que apenas
En la silla se mantiene.
Y don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certero le desguarnece.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y don Favila
De su falta apercibiéndose
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra
Todos á la par creyéronle
Mas caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita

Tornó á alzarse de repente.
Glorioso, arrancó un aplauso...
Y por Dios que lo merece,
Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito don Favila
Quedó, y receloso al verle
Venírsele espada en mano
Rabioso como una sierpe.
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almete.
Cargóle el rápido Bristes
Colérico por dos veces
Y evitóle don Favila
Casi milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes
Bien el duque se defiende.
Pero viendo don Favila
La ventaja que en sí tiene
Por ser mejor su caballo
Al que manda fácilmente,
Dió en esquivar á don Bristes,
Acechando cautamente
Un paso sentado en vago
Que descubierto le deje.
Con lo que el otro creyendo
Que ya don Favila teme,
Su afan redobla, y su potro
Con tal ímpetu revuelve
Que ya doña Luz desmaya,
Y ya murmura la gente,
Y ya con harto trabajo
Los aplausos se contienen.
Mas el diestro don Favila
Se cierra tan de repente
Con Bristes, que ambos á dos
A tierra á un tiempo se vienen.
Cayó bajo su caballo
Don Bristes innoblememte,
Y el duque por la garganta
Su agudo puñal le mete.
Soltó la espada el vencido,
Tendió los brazos inermes;
Y asieron de don Favila

Los padrinos y los jueces.

DON GODOFREDO.

¡Dáme los brazos sobrino!

DON FAVILA.

Tio, matarle no basta
Fuerza es que á toda su casta
Llegue su fatal destino.

JUEZ.

Se abrió el campo caballero
A la lid, no á la venganza.

DON FAVILA.

Cuanto derriba mi lanza
Pertenece á mi escudero.
Si en leyes entendeis vos
Yo entiendo en lances de riñas,
Con que dejad socaliñas
Que me cansais ¡voto á Dios!
Escudero, en buena ley
De impostores para mengua
Arranca al muerto la lengua
Y pónla á los pies del rey.

JUEZ.

A nadie se permitió...

DON FAVILA *con desprecio.*

Si á nadie se ha permitido
Tampoco permiso pido,
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
Desairados los presentes,
Los jueces se desconciertan
Y el escudero obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
Con estrépito la plebe
Y entréganse despechados
Del vencido los parientes.

DON FAVILA.

Tio, decid á esa dama
Si está su honor satisfecho,
Y al rey si basta lo hecho
Para volverla su fama.

DON GODOFREDO.

El rey se partió, indignado
Tal vez de tu demasia.

DON FAVILA.

Mañana será otro dia
Y se habrá desenojado.
Pues si llora por el muerto
No me tendrá en gran favor.

DON GODOFREDO.

Que lo cuentes es mejor
Sobrino.

DON FAVILA.

Estais en lo cierto.
Con que tio Dios os guarde,
Que he apretado bien los puños
Y tengo varios rasguños,
Segun creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto
Don Godofredo y el duque,
El rey se salió del circo
Con ira ó con pesadumbre.
Dió por libre á doña Luz,
Pero segun se presume
Secretos designios guarda,
Y negra intencion encubre.
Porque al punto que don Bristes
Cayó bajo el brazo ilustre
De don Favila, sus guardias
Con celo que bien no arguye,
Asieron de la princesa
Y quedó la incertidumbre
De si va libre y honrada
O si presa la conducen.
Ello es que estos pormenores
Que por entre el vulgo cunden
Sospechas alzan y miedos
Que hacen que asaz se murmure
Y ello es que á hablar en secreto
Por la tarde se reunen
Los vecinos, y se teme
Que en partidos se pronuncien.
Porque se habla demasiado

Del combate, y atribuyen
A Dios mucha parte y dicen
Que su mano se descubre
Pues que vuelve por el justo,
Y no obra el rey cual le cumple.
Lo cierto es que hay destinados
Cien ginetes que patrullen,
Y el rey ha enviado á su primo
Un mensage, que en resúmen
Le intima que á sus estados
Para volver se apresure.
Y asi se pasó la tarde,
Y el mundo en sombras se sume,
Y envuelve el cielo la noche
Con pabellones azules.
Algunas estrellas lánguidas
Acá y acullá relucen,
Diseminadas antorchas
Que mas que aparecen huyen.
La luna asoma á pedazos
Por un peloton de nubes
Que la circunda fantástico
En forma y color voluble.
Y al fin por mas que los nobles
El juicio de Dios divulguen
Haciendo favor al rey,
Y por mas que él disimule
No queda nadie en Toledo
Tan necio, á quien se le oculte
Que doña Luz sigue presa
Y que se destierra al duque.
Por eso en la torrecilla
Del gótico alcázar luce
La lámpara misteriosa
Que pena y desvelo arguye
En quien la habita, y por eso
El reposo se interrumpe
De la noche con los ayes
Que necio pavor infunden
En los guardias de la torre,
Y cuyo son les aturde
Mientras en el aire vaga
Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
Y alegre en apariencia
Figura á los placeres
Quimérica aficion,
Y rie y goza y muchos
Envidian su existencia,
Y un torcedor secreto
Le roe el corazon.

Ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risas del placer
Y sus palabras mienten
La venturosa calma,
Porque suspira ansioso
Su contristado sér.

Sí, triste á quien asalta
Perdido un pensamiento
Cuya horrorosa duda
Destruye su ilusion,
Y vaga por su mente
Cual á merced del viento
Vagel desorientado
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero
Cuyo leal cariño
Secreto largos años
A su beldad guardó,
Soñando á su querida
Mas pura que el armiño
Y al cabo de una ausencia
Sin honra la encontró.

¿Quién hallará palabras
Que al caballero amante
Consuelen, ó á lo menos

Satisfaccion le den,
Cuando en la lengua torpe
Del vulgo petulante
Prostituido encuentra
El nombre de su bien!

¡Ay! la princesa amaba
En otro tiempo á un hombre
Que los rabiosos celos
Estimuló del rey,
Y de quien no bastaron
A descubrir el nombre,
Ni el pavoroso juicio
Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito
Tal vez es verdadero
¿Por qué por honra propia
No viene á combatir?
¿Por qué si la ha infamado
No sabe el caballero
Satisfacer cual noble,
O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos
Habrá razon alguna
Para que todos la hagan
Tan vil imputacion:
Y entonces ¡ay! ¿quién sabe
Si por fatal fortuna
Ageno será el crímen,
Y agena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Porque suspira ansioso
Su contristado sér!

Mas doña Luz á solas
Llorando sin consuelo
Por su galan oculto
Se aflije sin cesar,
Y prematura muerte
De hinojos pide al cielo

Si acaso pudo ingrato
Su corazon cambiar.

Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los celos se apoderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche
Fria por demas y oscura
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia
Se vé la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Que en la fantasia toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran
Y en las creencias se abultan.
Avanzando silenciosa
Por su superficie rústica
Viene á estas horas subiendo
Una sombra lenta y muda.
Y ya por paso mas fácil,

O porque mejor le encubran
Con la sombra mas espesa
De los peñascos se escuda.
Cumplido manto la emboza,
Y aunque impedirlo procura
La malla y los acicates
Por debajo le relumbran,
Y á cada paso se siente
El crujir de la armadura,
Cuyas piezas al moverse
Se separan y se juntan.
Y no sé que de siniestro
En tales sitios augura
Quien en tan lóbrega noche
Su fria soledad turba.
Y bien á lo que parece
Conoce el lugar sin duda,
Pues ni en lo áspero tropieza
Ni lo dificil le asusta;
Y avanza y gira á su tiempo
Con precision, y segura
Su planta evita los brezos,
Y los pedregales cruza
Asi de una en otra peña
Llegó trepando á la altura
Hasta tocar del alcázar
Las viejas murallas húmedas,
Donde apartado una piedra
Que falso postigo oculta
Iba á alzar con una llave
La mohosa cerradura.
Mas no bien la estrecha puerta
Tocaba, cuando la punta
De una espada en la garganta
De repente le aseguran.
—«¿Quién vá allá ?» le preguntaron
Mas con repentina astucia,
—¡El diablo! contestó al punto,
Y con impensada furia
Dando sobre el que le amaga
—¿Quién vá? á su vez le pregunta.
Quedaron pues, cara á cara,
Aunque cada cual la suya
Recata cuidadosamente,
Y aprestados á la lucha.
Mas el que amagó primero
Ya por miedo ó por cordura
Bajando primero el arma

Asi la cuestion escusa,
Diciendo: «De todo el muro
Es esta la puerta única.
Solo dá entrada á esta torre,
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar está claro,
Conque de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Fiado, en la torre entrabais
De oro y de alhajas en busca.
Si lo primero en mis manos
Tengo yo vuestra fortuna,
Si lo segundo, mis gentes
Apostadas en la hondura
Dan con vos á una señal
En la corriente profunda.
Conque hablad pues.»
—«Norabuena!
Y escuhadme: está es la única
Puerta que lleva á esta torre
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar me sospecho,
Con que de dos cosas una:
O el galan de doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Sorprendido su secreto
Habeis venido en su busca.
Si lo primero me importa
Estorbar vuestra fortuna;
Si lo segundo, uno es fuerza
Que en la eternidad se hunda.
Conque hablad pues.»
—Norabuena,
Y ó la razon se me ofusca
O al cabo de la cuestion
Nos encontramos en suma.
Vos sois el galan oculto.
—Y vos mi rival.
—Sin duda.
—Defendeos pues.
—Primero
Fuerza es que aclaremos una.
—¿Cuál?
—La de con quien reñimos.
—Yo no me descubro nunca
Cuando riño por guardarme.
—Aparte necias escusas

Señor valiente, que ha dado
Con quien de razones gusta
Porque me importa el asunto
Mas de lo que se os figura,
Y si es tal vuestro secreto
Que en descubrirlo haya culpa,
Mi nombre es la garantia
De que lo echais en la túmba;
Que el príncipe Godofredo...
—Vos, mi tio?
—Bondad justa
De Dios, eres don Favila?
—Yo soy.
—¿Pero qué te turba?
¡Oh! de hallarme tan á tiempo
Da gracias á la fortuna,
Que sé mas de lo que crees
Por mucho que te presumas.
Pero entremos, que no es justo
Platicar en pié y á oscuras.
Tras cuyas frases metiendo
La llave en la cerradura
Desaparecieron ambos
Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir,
Y en suspirar y gemir
Se ocupaba la princesa,
Cuando oyó con mucha priesa
Por el caracol subir.
Sobresaltóse advertida
Y asió por dentro el cerrojo,
Tal vez temió por su vida
Que no hay precaucion perdida
Del rey contra el fiero enojo.
Dieron cautelosamente
Dos golpecitos por fuera,
Mas doña Luz cautamente
A oir aguardó prudente
La voz del de la escalera.
«Luz!»—dijeron mas tan quedo
Que no pudo conocer
El acento y tuvo miedo;
Porque tenia en Toledo
Mucha traicion que temer.

DON FAVILA.

«Abre Luz, ¿no me conoces?

DON GODOFREDO.

Despierta si estás dormida.

DON FAVILA.

Por dulce sueño que goces
Desvélente, Luz mis voces,
Despierta por Dios mi vida!

A cuyo amoroso acento
Respondiendo él corazon
De doña Luz, y un momento
Dudando, abrió su aposento
Al iman de su pasion.
Pero mirando turbada
A Godofredo con él,
Recibióles reservada
Severa y disimulada,
Siempre á su secreto fiel.

DOÑA LUZ.

Tal vez buenos caballeros
Con nobleza ya escesiva
Venis de nuevo á ofreceros;
Tal favor agradeceros
Sabré yo mientras que viva.
Que aunque será segun creo
Por breve tiempo quizás,
Lo grande de mi deseo
Podrá suplir lo demás.

DON GODOFREDO.

(¡Qué farsa es esta que veo!)
Luz, la brevedad importa,
Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó doña Luz absorta
Cuestion tan precisa y corta
Sin atinar como huya.
Y el tio que esto previno
A los ojos la ponia
El escrito pergamino,
Que á dar en sus manos vino
Allá en Alcántara un dia.
Posaba convulsamente
En él la avara pupila

Doña Luz; su tio en frente
Sonreia dulcemente,
Y temblaba don Favila.
Al cabo rompió á llorar
La pobre madre culpada,
Sin osarle preguntar
Por su prenda abandonada
En los brazos del azar.
Y abriéndola con ternura
Los suyos don Godofredo
«¡Ven (la dijo) está segura
»Esa prenda de ventura,
»Pero lejos de Toledo.
»Y abrazaos ¡vive Dios!
»Que el cielo piadoso aprueba
»Lo que harto costó á los dos;
»Que va de la culpa en pos
»Pero aborrece la nueva.»
Y los dos tiernos amantes
Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid, olvidaron y plazo
En tan ansiosos instantes.
Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura,
Y ya próximo á llorar
El tio sin respirar
Bendecia su ventura;
Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el son,
Y entre el son de la corriente
Del Tajo, alegre cancion
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas
Id vuestra ruta serenos
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¿qué es aquesto?

DON GODOFREDO.

Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¿Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que el rey Egica ante mí
Tendrá que ver que nací
El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedia
Y á largos pasos se hundia
Detrás del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto enbozado
Despacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.
Y allá á lo lejos se vian
La estensa vaga cruzando
Varios ginetes que huian,
Que mas se devanecian
Cuanto se iban alejando.
Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningun papel.
Ello es que don Godofredo
De una hora tras el despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.
Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía
Bien claramente se via

Que llevaba lo mejor.
 El rey desde su partida
Presa de oculto pesar
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.
 Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas
Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.
 Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego
De su retiro el sosiego
Y el bien de sus soledades,
 Del rey su tio á cubierto
Ellos allá en sus estados
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.
 Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras,
De doña Luz, que hartas son,
 Mas si no son de tu gusto
Lector las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coje de susto.

FIN DE LAS LEYENDAS PRIMERA Y SEGUNDA.

LEYENDA TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero
Como á las tres de la tarde
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Víase á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y traje.
En secretas reflexiones
Abismado y sin curarse
De cuanto en rededor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó pues el hidalgo
Sus pasos para encontrarles
Bien fuese curiosidad
O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aproximándose
Peregrinos vió y juzgóles
Gente de noble linage.
Dos damas y un caballero
Eran, y con antifaces
Traian cubierto el rostro
Costumbre de tiempos tales.
Caballos traian recios,
Cruces de plata, y por pages

Quince ginetes armados
Del casco á los acicates.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose
Díjole: Dios sea loado,
Buen hombre.— Y él con voz grave
Repuso: Loado sea
Por siempre, buen caminante.
—¿Por dónde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¿Pensais en él hospedaros?
—Si que pienso.
—Muchas calles
Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atencion no os enoja.
—Si ese camino lleváreis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy tambien hácia palacio.
—Entonces echad delante.

Tomó el de á pié en este punto
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasion de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personage,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa María cae.
Y aqui con los peregrinos
Que le seguian juntándose
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes.
—¿Y á donde es el derrotero?
—Á Santiago.
—Es una imágen
Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.
—De agradecer es el viage!
Es devocion ó promesa?
—Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que os preguntára nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guia adelante.
Y en esto el de á pié teniéndose

Ante un edificio grande
Alzado en una plazuela,
Dijo entre sério y afable:
—Vea lo que habla el Romero,
Pues aqui es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
Á demandar hospedage.
—¡Cómo! ¡Sois por vida mia...
—El conde Garci Fernandez.
—El de Castilla perdone.
—El de Tolosa demande,
Que anduvo el guia indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero pié á tierra señores
Que esta es su casa.
Y con tales
Palabras ayudó el conde
Á las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con corteses ademanes
Las dió el brazo en la escalera
Sin que ellas se le esquivasen.

Como entra amor en el alma
En verdad que no se sabe
Pero ello es que el tiene llave
Para abrir el corazon;
Y una palabra, un suspiro
Dicha ó exhalado apenas
Son á veces la cadenas
Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores
De deseos y de antojos
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar,
O en unos lábios de púrpura
Que sonrien tiernamente
Ensayados diestramente
En sonreir y en hablar.

¡O amor! que bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego,
Lugar dó esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse

De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma ván?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que aunque aislado y sin valor
Tras él otro y otros trae,
Que ardientes y decididos
Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Asi al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosura
Que en su palacio hospedó.
Y él que esquivó los halagos
De castellanas hermosas
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebia con avidez
Tan ciego y desalentado
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo
Creyó su azúl como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus pies.

Y una noche entre los mirtos
Del jardin de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró;
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

Oh bellísima Argentina
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me parece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion,
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De dia ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo
Y venturoso me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni vés,

Creí que podria un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte,

Mas neciamente creí.
Yo te amo sí, cada dia
Que por mi existencia pasa
Mi pasion crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa
La luz de mis ojos sé
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora
Yo tu esclavo viviré.

Y asi diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la comtemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus lábios con harto ardor,
Mientras la luna que huia
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonia
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura
La ilusion y la ventura
De una noche y un jardin;
Quien vé el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha
El *si* con que le responde
Imagínese por fin.

Un *si* pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero espresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un *si* cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso

Abrió al conde un paraiso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente
En ella el conde posó;
Y la niña no ofendida
Mas cautelosa apartándose,
De su buen padre, ausentándose
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

EL FRANCÉS.

Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.

La dicha vengo á pediros.

EL FRANCÉS.

Si está en mi mano os la doy;
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.

Oidme, buen peregrino
Que á descifrároslo voy.
Yo os dí por vuestra nobleza
En mi palacio hospedage,
Y os vino á hacer homenage,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

EL FRANCÉS.

Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona
Mi fé desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.

Pues bien, teneis una hija
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCÉS.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.

Sí por cierto.
Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franqueé mi casa
Y os dí cuanto poseia
Y robáisme el alma mia
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrío y meditabundo,
Pues que no habia en el mundo
Cosa que irle á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un estrangero,
Porque el acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedage obligado,
Y que al español honrado
Vivia y con gran poder
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano
Que si no era un soberano,
Honrara harto á una mujer.

Tendió pues la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que él la otorgaba
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda pues, acordóse,

E impaciente don García
Casóse en Santa María
Aun no trascurrido un mes;
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
Lo nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fia
En la mujer y en el viento
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasia!
Y ¡ay de quien fia en estraños
Que aunque halagarnos pretendan
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!
Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos
Alegres siempre é iguales.
Amábala el español
Con tan ciega idolatría
Que antes que en ella creería
Que hubiera mancha en el sol.
Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.
No habia para el mas gloria
Que su amor, y en tal esceso,
Que cambiára por un beso
La mas preciada victoria.
No habia gusto para ella
Si con el no le partia,
Y el vulgo en fin los creia
Nacidos bajo una estrella.
Tambien lo creia el conde,
Pero al fin dió en un abismo
Que ¿quién por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?
Vino dos años despues
Desde tierras de Tolosa
De los padres de la esposa
Con regalos un francés.
Para mas ostentacion
De la amistosa misiva
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.
Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta.
Trageron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante

Pages detrás y bufones.
  Y en fin entre su equipaje
Con esplendidez estraña
Hasta tiendas de campaña
Para las siestas del viaje,
  Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.
  Tomaron de ellos los trajes
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pajes.
  Diéronse mútuos festejos
Y fué con tanta porfía
Que cada cual ir quería
En lo liberal mas lejos.
  Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.
  Con lo cual los burgaleses
Gente en los combates ducha,
Abrieron campo á la lucha
De apié contra los franceses.
  Bajaron de la montaña,
De tal fiesta á los rumores
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.
  Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos
De su bizarría todos
Vinieron á hacer alarde.
  Hubo castellanos nobles,
Que en cabalgar muy maestros
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.
  Y hubo muchos castellanos
Que en la lucha franca y leal
Se la hubieron harto mal
De los franceses á manos.
  Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides francés
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.
  Mozo era de sangre noble
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,

Y robusto como un roble.
El fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.
Llamábase el tal, Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances
Pues rayaba en temerario.
Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.
Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponia en práctica,
Mas infalibles primero.
Iba tras de las devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.
Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,
Por la palabra menor
El duelo era su consejo.
Donde familia pacífica,
Via que aunque retirada
De oro y de bienes sobrada
Le recibia magnífica,
El, con gravedad enfática
Cada visita que hacia,
Por lo grave parecia
Una mision diplómatica.
Y por fin de astucia estrema
Dotado, el refran usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.
Con esto y con ser al par
Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.
El, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y el era el galan de moda
Con las damas burgalesas.
La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas

Del amante universal.
  Y todas de sus amores,
Anhelando ser objeto
Disputábanse en secreto
Sus mas mínimos favores.
  Mas él de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.—

¿Qué tienes paloma mia?
Preguntaba el conde un dia
A solas á su condesa,
¡Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolía!
  Sí tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido
Vida mia, te ofendí,
Perdon de hinojos te pido:
Sino ¿que te aqueja, dí?
  Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré sino te prefiero
A las cosas de mas cuenta.
  No Argentina, en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Díme pues ¿quién te ha enojado?
¿Algun chisme de la corte
  De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?
¿Pudiste olvidar, hermosa
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?
  Y cuando no hay en Castilla,
Otra como tú tan bella
Que pienses me maravilla
Que en mí tu amor amancilla.
Ni casada ni doncella.
  No por Dios, paloma mia!
¿El conde asi venderia
El amor de su condesa?—
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolía.

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta
Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un dia y otro dia,
Y á su mismo afan tornando
Volvió á porfiar quedando
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüeños,
Sol, arcángel de sus sueños...
Cuanto halaga á una mujer.

Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza
Contemplaba su belleza
Con alegria infantil:
Y estático en sus hechizos
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
Sus párpados transparentes,
Y sus mejillas ardientes,
Y sus lábios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

Y él triste de cualquier modo
Y aun á su costa quisiera
Una sonrisa ligera
De sus lábios arrancar;
Mas era empeño insensato!
El embozo impertinente
Con que nublaba la frente
No pudo nunca apartar.

El, que como amante, ciego
Por falso cristal veia
Capricho amante creia

Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La esplicacion de un misterio
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
Juzgaba el mal dè Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y en la pureza fiado
De su tranquila conciencia
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuò téctrica,
Los sitios mas solitarios
Elegia por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la via en la noche
Cual sombra que arrastra el viento
A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
Reclinada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el son,
Sollozaba tristemente
Las secretas agonias
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro
Perdida en la sombra oscura,
O entre la hojosa espesura
De la parra y del rosal,
Parecia que con alguien
Conversacion entablaba
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendia muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,

Y á cada punto crécia
En la chusma popular.

—

Porque de antiguo Castilla
Ya escarmentada de estraños
Imagina siempre engaños
De la estrangera doblez;
Y luego (decia el pueblo)
Por mas que nació condesa
Siendo al cabo una francesa,
No hay que fiarse pardiez!

—

El conde en tanto creia
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada sin sentir,
Y la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua
A las manias presentes
La pudieron conducir.

—

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabada
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa
Donde pronto espantaría
Su oculta melancolía,
Devolviéndole su amor.

—

Partióse pues el buen conde
Contra Almanzor á campaña
Y fué con tan justa saña
Que aún humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feráz ostenta
Santisteban de Gormáz.

—

Que en aquel dia glorioso
Para el honor de Castilla
Ni quedó ginete en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanas
Las falanges africanas
Enemigas de la fé.

—

Y aun viene alguna noche

Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regada ocho siglos há;
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre don García!
El solo lloró aquel dia
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormaz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Si, pasó bajo sus puertas
Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que el soñó jamás
Pero llegó á su palacio
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él, en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecia
A sus voces respondia
Con lamento funeral.

Rabioso decia—«¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?»
Y el eco decia—*entra*
Y entraba el conde en furor.

Decia con voz doliente:
«¿Qué es de mi esposa querida?»
Y el eco decia:—*ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso vá.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y díjoles:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
Y el eco repitió, —*esta*
Y él mirando en derredor
«¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?»
Y el eco retumbó Francia
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos
En torno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz don García
¿Pensábais pues que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿Porqué os acogeis al templo?
¿Qué es esto gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,

Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?
Dí ó mueres tras mi demanda.
Y el eco murmuró—*anda*;
Porque la turba calló.
Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó está mi Argentina?—*huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
El se encerró en su aposento
Y en soledad noche y dia,
La razon y la porfia
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos
«No necesito consejos
Respondió, sé como obrar.»
Y aunque adusto y cabizbajo.
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenía.
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña
Hubo segun un cronista
Allá en edades remotas
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenecia en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundo pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No habia mas que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es asi que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda,
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas
Que no haya tomado origen
De un hecho que el vulgo embrolla.
Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega
Vivienda segun el pueblo
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrian sus puertas
Sino á medias y á deshora;
Jamás por ellas entraban
Sino á lo mas dos personas.
Nadie por ellas salia
Tras conversacion sabrosa,

Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuida y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnicion de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad mas gustosa
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pendencias y mozas.
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,
Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sóbria.
Los años de novecientos
Y ochenta y seis, (ó era próxima)
Corrian cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.
Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre que dijo á voces
Desde el caballo que monta.
—¡Ola alcaide! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
—Mañana! esclamó el alcaide,
Válganos nuestra Señora
Del Hoyo, y están las gentes
En la ciudad.
—Nada importa
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta
Y á mas el secreto encargan
Y grande.
—Secretos... oiga!
—Y asi que todo esté listo,
Y nada de ir á Perona

A garlar como mujeres,
¿Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por mas que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras
No le sacó mas palabra
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensagero
Pues de su lecho de rosas
Del dia siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas
Con largos velos, las otras
Criados, y gentes de armas
De faz amenazadora.
Y en verdad que su talante
Y aparicion misteriosa
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo
Todo en redor del monte en que se alzaba
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba;
Y entre guijas bullendo,
Por entre árboles mil serpenteando,
Ya en remansos sus aguas deteniendo,
Ya por cuestas sus aguas despeñando,
El parque por do quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de cesped blando
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.
El espeso follage
Y la fresca estension de su ramage
Entoldando la yerba en el estio,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio

Penetrante y agudo,
A la paz y al reposo convidaban;
Y asi á su rica amenidad venian
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecian.
No habia allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano;
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.
En sus cuadros campestres
Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,
Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas
Romero y madreselvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso césped escondidos
Los lirios por el sol descoloridos
Los jacintos morados,
Las anchas acederas,
Las pródigas junqueras,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas;
Y aun al pié de una peña guarecidas
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.
Aqui pues una tarde
Ya cercano á su fin el claro dia,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por encima de una peña despeñada,
En el mullido cesped recostada
Una niña hermosísima se vía.
La sien sobre la mano,
Sobre la yerba el codo
Permanecia inmóvil de tal modo
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra escelente
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,

Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á través de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraidos
Con espresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor sulcada,
Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos,
Conque cubierta su beldad llevaba
Sus puros y bellísimos contornos
Descubria á traicion cuando pasaba.
Y el hombro torneado,
Y el transparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos pies mal escondidos
Entre los pliegues de la suelta falda
Deshechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubria
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subía
Por la empinada cuesta trabajosa.
Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con mas prisa y mas recato
La niña sin consejo
No curaba abismada en su amargura
Los hechizos velar de su hermosura.
Y asi mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subía
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacía
A sus solas llorando su destino.
Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada
Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa
Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña «¿Qué haces Blanca hermosa

Tan sola en esa peña?—
Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en rededor tendió asombrados
Y ¡*Quién me nombra!* preguntó risueña.
—¿Quién sino yo, la replicó el viajero
Que de tu mal dolido
Librarte dél ó consolarte quiero.
—¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.
—¿Quién sabe ¡pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?
—¿Tan sábio sois?
—Tan sábio,
Que si tal vez si me cuentas por tu lábio
Todo el mal que padeces
Creo tener para curarle medio.

Quedó Blanca mirando al peregrino
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando.
—¿No es tu padre un hidalgo poderoso
Señor de ese castillo?
Dí ¿no es tambien tu madre
Esa hermosura de quien es esposo?
—¡Ay! ni él parece á la verdad mi padre,
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso
Que me robó mi paz y mi ventura,
Envidiosa tal vez de mi hermosura.
—¿Con que es tan bella y tan...
—No hablemos de ella?
Que solo con oir su nombre infando
Se me estremece el corazon temblando,
Y por ella no ceso
De vivir suspirando.
—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
—Creedme que lo es: por ella solo
Yo que nací contenta y virtuosa,
Yo que siempre viví tranquilamente
¡Ay! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida,

Y asi ¡ay de mi! cuando á mi padre acudo
El maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado
Ella sola lo tiene, y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi mísero padre la ha mostrado,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y asi paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada,
Sin duelo castigada
Mi belleza si existe y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome si mísera me quejo
Atrevida mozuela sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo
No hallan en injuriarme algun reparo
Y olvidando el respeto que me deben
Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mi! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo,
De los mios mofada y los estraños,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años;
Y á solas me consumo,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y asi diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano
Los bellos rizos de su frente arranca,
Y ofende su semblante soberano,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo asi teniéndola consigo:
—Serena hermosa mia!
Serena sí, tus ojos de paloma,
Que ya feliz de tu ventura el dia
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
La voz enamorada
De tu libertador, y oirá en ella



Urrabieta del y lit. Lit. de J. Donon.

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separaba
Y su semblante juvenil mostraba

Tu alma acongojada
Consoladora música encantada.
Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas
Rico y feliz, pero la suerte avara
Dicha muy en breve me vendió ¡muy cara;
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un dia,
Y en brazos me lancé de la fortuna
De ella y de mí sin esperar ninguna
Largo tiempo á través de las fatigas
Erré cruzando el arenal del mundo
Ya por campo feraz rico de espigas,
Ya por campo erial lleno de espinos,
Ya por montaña estéril,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos,
Del invierno arrostrando los furores
Y espuesto del verano á los ardores.
Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
Y al punto en que te ví, ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.
Lancéme tras de tí, seguí tus pasos
Atravesé la Francia
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pos de tu rápida litera
Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño
De un pais rico y fértil y lejano,
Esto que vés en mí todo es un sueño;
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como ves un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y asi hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separada,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor nobilísimo radiante.
Y la niña infeliz le comtenplaba
Cual bella aparicion que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y vá sobre una ráfaga imprevista
Iluminando el aura vagarosa.
Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creida vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada

Inacesible al bien escucha y mira
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira.
Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende,
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azúl espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino:
—Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa:
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.
Pero tu honra es primero,
Y pues nací con honra y caballero
Obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
—¡Ay! si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!
—Con tiempo y maña
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que ayudándome tú ¡querida mia!
O neciamente el corazon me engaña,
O de tu libertad despunta el dia.
Escucha Blanca bien, en el sosiego
De una tarde serena
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compás de un laud el peregrino
Cantará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.
Y la música ¡oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence
Y del alma mas terca y mas bravia
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo
Y sin que nadie á sospecharlo alcance
En el silencio de la noche umbría
A solas con tu padre razonando
Lograré que consienta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razon de dejar la patria mia.

Y aqui corta el cronista
De quien copió esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demas de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes
De una acacia á los pies se despedian,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometian.
Lo que el viejo hablaria no se sabe
Mas creo que seria bueno y mucho
Pues era en tales lances harto ducho
El tal Romero, y el negocio grave.
Ello es, caro lector que anochecia,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvia,
El al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el dia.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
La luna en el cenít resplandecia
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogia.
De esas noches azules, deliciosas
Que solo ideas del placer producen,
Y que solo para almas venturosas
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacia en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana estension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacía,
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compás se oía
Un pausado cantar que se perdía
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,
Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas.
Y con el son estraño desveladas
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
Señor de aquella antigua fortaleza
Paga de un viejo trovador el canto
Haciendo ostentacion de su grandeza.

Y le paga el cantor el hospedaje
Dejando á su lado su bordon bendito
Para cantar la historia de su viaje
Mientras el huesped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tasajo humea,
Y de las llamas al amor sentado
Enfrente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño;
Y dá al placer el tiempo que es del sueño,
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo
Cuando animando el caos do yacia
La negra noche separó del dia.
A sus pies y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caractéres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudia
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguia:
Mas si el baron la copa le alargaba
El peregrino sin temor bebia.
Y el baron al compás de las canciones
Doblaba sin pensar las libaciones,
Hasta que ya exaltada la cabeza
Y alegre el corazon con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada.
Y necia ostentacion echando fuera
Interrumpió al cantor de esta manera:
—Dejad los salmos, que en verdad buen hombre
Que aunque santos son poco divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo que cena los oidos.
Decid ¿cómo os llamais?
—No tengo nombre.
—Que ¿no os han bautizado?
—El nombre que me dieron

En la pila, señor, se me ha olvidado.
—¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?
—No hay de mi gente ahora
Ni un individuo, todos perecieron
A manos de una peste asoladora.
—Mas con nombre ó apodo
Os han de distinguir de cualquier modo.
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.
—Y es un nombre magnífico por cierto.
—Y otro no he de llevar, por vida mia!
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,
Con el nombre y la faz que antes tenia,
Pueda á mi patria con honor volviendo
Salir ufano ante la luz del dia.
—¿Y cuál es vuestra patria?
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
—¡Por Dios que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto que os aflije
Volvais ó no volvais, en él ninguno
Habrá que os eche en cara
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno
Desde vuestro bautismo.
—Negocios son de casa y de familia
Que se han de consultar consigo mismo.
—Teneis razon buen hombre
Porque asi como asi por un necio
De familia tambien, no uso mi nombre.
—Gózome pues, de haceros compañía
Pareciéndome á vos, mas con permiso,
¿Cuando le cobrará su señorío?
—Por ser vos galan al mismo tiempo
Que vos le recobreis..
—De esa manera
Vuestro nombre postizo echad á fuera
Que yo lo haré mañana antes del dia.
—Que me place! brindad con ese vaso
Para cantar mejor.
—En ese caso
Decid á quien el brindis se destina
O dadme vuestro nombre será á ellos.
—Brindad pues á Lotario y Argentina.
—Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.

Y levantando las copas
A la par ambos á dos
Al mismo tiempo brindaron

Todo apurando el licor.
Volver al canto en seguida
El peregrino intentó
Mas se trababa su lengua
Sin dar con otra cancion.
Hasta que al dar á una estrofa
Un tono desgarrador
Los párpados poco á poco
Sin concluirla cerró:
El cuerpo desfallecido
Tendiendo al dulce calor,
Y en sueños tal vez luchando
Con su enronquecida voz,
A quien ahoga la estrecha
Difícil respiracion.
  Esto que vió del castillo
El soñoliento señor
—«Lo entiende! dijo mirándole
»Sigámosle voto á Dios!»
Y asiéndose de su esposa
Para tenerse mejor
¡*Alúmbrame!* dijo á Blanca
Y en su cámara se entró.
Quedó la estancia en silencio
Sin oirse al derredor
Mas que el chispear de los tizos
Y de las llamas el son.
Mas apenas en la puerta
Blanca otra vez pareció,
Cuando el peregrino alzándose
Con rápida precaucion
Asiéndola de las manos
Hablóla en este tenor:
Blanca, esta noche conmigo
Otro peregrino entró,
Búscale y á este aposento
Tráemele al punto.
—Señor
¡Qué intentais!
—Que no haya obstáculo
En tu padre á nuestro amor.
Yo sé que tengo palabras
Con que ponerle en razon
Y es un secreto que importa
Consultarlo entre los dos.
—Pero
—¿Me amas... ¿quieres necia
A tu vida de dolor

A tus antiguos pesares
Volver para siempre?
—A no.
—Pues obedéceme y calla,
Que te juro por mi honor
Que has de ser esposa mia
Tras esta conversacion.
Y hablando asi el peregrino
Blandamente la empujó
Y á la puerta la condujo
Cerrándola de ella en pós.

De este negro castillo abandonado
En cómodo y recóndito aposento
Triste y opacamente iluminado
Con la luz amarilla
De escasa y embozada lamparilla,
Vino á esconder su amor á otro robado
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
Llore en su yermo y despreciado lecho
La herida que ella le dejó en el pecho,
Si ella rie su impúdica torpeza
En brazos del amante licencioso
Que goza en paz de su fatal belleza?
¿Qué importa, si, que llore y desespere
Como ella con su amante nunca espere
Que sepa el infeliz su oculto asilo,
Para que nunca pueda
Ir á turbar su porvenir tranquilo?
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
Y al fin burlada su esperanza queda
Cuando tal vez la precaucion le sobra.
Ignoraba tal vez el mundo entero
De la esposa perdida la morada,
Del pérfido galan el paradero,
Y Castilla indignada
Y la misma Tolosa avergonzada
Las huellas les seguian,
Y topar con su rastro no podian.
Y Argentina y Lotario
Reposaban en blando y dulce sueño
Dentro de su castillo solitario.
Y ella apenas dormida
Del fuerte cuello de su amante asida,

Y á medias descubierta,
Leve sonrisa sobre el fresco lábio
Y en él palabra produciendo incierta
De amante pensamiento concebido,
Con el cabello en rizos destrenzado
Y en la almohada tendido,
Y el pecho contornado levemente
Tras el lino sutil y transparente,
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
Como nunca á la mente de algun niño
La casta imágen del primer cariño
En sueños se ofreció resplandeciente.
El reclinado entre sus brazos bellos
Y tal vez harto de placer, dormia
Mullido cabezal hallando en ellos.
Pero sonó á deshora
Confuso son de pasos por la estancia,
Y faltando la lúz consoladora
Menguaba de los pasos la distancia.
Y una persona que llegaba á oscuras
Con pié callado y precaucion traidora
Del lecho asió las anchas colgaduras.
¿*Quién vá?* dijo Lotario despertando,
Mas no oyendo respuesta
Iba á saltar del lecho
Cuando su golpe por su voz guiando
Un agudo puñal llegó á su pecho,
Ante sus ojos vengador brillando.
Lanzóse al punto la infeliz belleza
Un socorro á implorar desatinada,
Y en brazos del incógnito cayendo.
¡*Amparadme!* gritó desalentada.
Mas en la sombra sujetarse viendo
Transida de terror y maravilla
—¿*Quién está aquí?* pregunta vacilando,
Otra voz á la suya contestando:
¿*Quién ha de ser? El conde de Castilla.*
Cayó de hinojos Argentina al suelo
Con dolorosa voz y amargo duelo
Piedad clamando al conde
Pero él con ronca voz, *en vano esperas*,
En la sombra responde.
Que resolví tan bien tu desventura
Que por no vacilar con tu hermosura
Maté la luz porque á mis pies murieras.
Y animando su ofensa á su venganza
Se dispuso á cumplirla
De la infeliz mujer sin esperanza

Buscando el corazon antes de herirla.
Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,
Y un momento despues del golpe duro
En su recinto oscuro
Solo guardaba sangre el aposento.

Cuando entró Blanca otra vez
De la cena en el salon,
Tranquilamente sentado
Al peregrino encontró,
Que la barba sobre el puño
Y el codo sobre el sillon
Una cancion castellana
Entonaba á media voz.
Tendió tras Blanca al sentirla
El ojo escudriñador:
Y viendo á su compañero
Con ella entrar, sonrió.
Y á él dirigiéndose al punto
Con siniestra precaucion
«¿Cumplistes?»—dijo—y el otro
—«Todo está ya» contestó.
A cuya respuesta asiendo
De su capa y su bordon,
Con voz reposada á Blanca
De aquesta manera habló:
—Blanca mia: todo lo hice
A medida de mi honor;
Ya no te queda en la tierra
Otro apoyo mas que yo;
Ya no se opone tu padre
Dueño mio á nuestro amor.
Ya somos entrambos libres,
Vamos pues donde otro sol
Con mas benéficos rayos
Alumbre para los dos.
—¿Conque mi padre?...
—No puede
Ya oponerse.
—Los pies voy
A besarle.
—Tente, Blanca,
Que es con una condicion.
—¿Cuál?
—Que se esparza entre el vulgo

Con preparado rumor
Que él no consiente, y que huyes
Vencida á mi seduccion.
Sígueme pues, Blanca mia,
Que te juro por mi honor
Que si tus padres te vieran
Mudarian de intencion.
—¡Ay! yo no sé peregrino
Que encanto hay en vuestra voz
Que á un mismo tiempo me halaga,
Y me hiere el corazon.
—Partamos Blanca.
—Llevadme
Donde gustareis señor,
Vos sois quien solo en la tierra
Cariño tal me mostró,
Y no creyera en el cielo
A poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso
De su puro corazon
Del bravo conde en los brazos
Blanca llorando cayó.
Tomóla en ellos el conde,
Y en el mas leve rumor
De sus pisadas poniendo
Esquisita prevision,
Del castillo atravesaron
Uno y otro corredor,
Unos y otros aposentos,
Y uno y otro caracol.
Y asi despacio llegando
A la muralla esterior,
El puente echaron, saliendo
De tan lóbrega mansion.
Cruzaron el parque aislado,
Bordearon en derredor
Un montecillo de abetos,
Y hallando tras un peñon
Dos caballos que sin duda
El peregrino apostó,
Montaron á toda prisa,
Y al repentino aguijon
De la espuela se lanzaron
En un escape veloz.
De ellos en breves instantes
Solamente se alcanzó
La sombra, que de la atmósfera

Se atenuaba entre el vapor;
Y un punto negro por último
Al lejos se oscureció,
Quedando otra vez en calma
La solitaria estension.

Y cuando al dia siguiente
Ya casi al ponerse el sol
La gente que en el castillo
Quedaba se despertó,
Vió asombrada que su sueño
Tan tenáz, fué en conclusion
Obra del fatal narcótico
Que el peregrino les dió.
En vano desatentados
Por uno y otro salon
En busca de ambos corrieron
Con iracundo furor;
Al aposento llegando
De Argentina y del baron
Solo hallaron sus cadáveres,
Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
Luminarias se encendian,
Dulces músicas se oian
Y alegres danzas do quier;
Y á las puertas del palacio
La multitud agolpada
Pedia desaforada
La nueva condesa ver.
En tanto tras de los vidrios
De sus calados balcones
De los suntuosos salones
Irradiando el resplandor,
En cuadros de la luz brillante
En la plaza se pintaban,
Y mil sombras los cruzaban
En tropel encantador.
Y esto que via la turba

El gozo ageno envidiando
Desde la plaza gritando
Seguia con doble afan,
Cubriendo á veces el ruido
De sus multiples acentos
El son de los instrumentos,
Que dentro sonando están.
Se abrió por fin á sus voces
Un balcon en el palacio,
Colocáronse en su espacio
Dos personas á la vez
Y conociendo á sus condes
Rompió á una voz de repente
En un aplauso la gente
Espontáneo y sin doblez.
—«*¡Viva el conde de Castilla!*»
Gritaba la muchedumbre,
Y allá del aire en la cumbre
Se oia el *¡viva!* sonar,
—«*¡Viva la condesa Blanca!*»
Gritando el pueblo seguia,
Y allá en el viento se oia
¡Blanca! ¡viva! retumbar.
Y al son del aplauso ronco
En el balcon recostado
Asi en tono sosegado
El conde á su esposa habló:
«Blanca, á la infame Argentina
»Del mismo modo aplaudieron,
»Y al cabo la maldijeron
»Y al cabo la maté yo.
»Pues tan de lejos te traje
»Para sentarte en su silla
»Haz que se olvide en Castilla
»Quien la ocupó antes que tú:
»Que de otro modo, condesa,
»De mi trono hereditario
»No será mas que un sudario
»El pabellon de tisú.»
Dió el conde un ósculo amante
En la mejilla á su esposa,
Y los ojos ruborosa
La bella Blanca bajó;
Aplaudió la turba al punto
Tan cortés galantería,
Y al son de su vocería
El conde el balcon cerró.
Siguió el placer con la fiesta

Prolongado hasta la aurora
Y de Castilla señora
Quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
Borrada al fin la memoria,
Se guareció de la HISTORIA
De donde á sacarla fuí.

Lector: Si has visto con gusto
Como mis lindas francesas
Vinieron á ser condesas,
Por un bizarro español,
Léelas, cómpralas y apláudelas,
Y los cielos son testigos,
De que quedamos amigos
Para mientras dure el sol.

FIN DE LA LEYENDA TERCERA.

LEYENDA CUARTA.

MARGARITA LA TORNERA.

(TRADICION.)

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus pies tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azúl esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta
No osará no, mi pensamiento vano
Sin el ausilio de tu santa mano.

Y tu radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella

A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fé destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor, y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creeis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto
Venid á oirme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal don Juan de Alarcon.
No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.
Gil, era el nombre del padre,
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.
Adoraba el buen don Gil,
En su hijo, y era don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil
Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que el siempre pagaba.
Ello es cierto que por más
Que el padre le amonestó,
Un libro jámas abrió
Ni oyó un maestro jamás.
Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.
Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen qué fué á Consuegra
A desafiar á un *diestro*,
Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.
Pues aunque áspero de genio
E indolente el tal don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.
Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.
Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.
Y tan jóven, tan apuesto
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.
Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquive una palabra
Dicha de paso á la oreja.
No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.
Y el buen don Gil que sabia
Las proezas de su hijo
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada dia.
Mas él seguia sin tino
Dando brida á sus locuras
Y diciendo «que aventuras
Buscar, era su destino.»
Envióle á Valladolid,
Mas fué en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.
El fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.
Quísose usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un dia en la catedral
Se agarró con un doctor.
Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De don Juan con harta furia;
Mas sus palabras contadas,
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.
Un canónigo muy viejo
Pariente suyo le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:
«Que tenia el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca.»
En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad
Despejára sin remedio.
El decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.
Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de dia
Con tal pompa y osadia
Que fué escándalo en verdad.
Volvióse á Palencia pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.
Recibióle el buen don Gil
Irritado y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil,
Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
E hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;
Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.
Y como era de pensar
Tras tan exótica risa
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.
Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.
Tornó á ser pues lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.
Don Gil que es hombre devoto
Y acosado de la gota
De tal vecindad se alegra
Mas de ella don Juan se enoja
Dice el padre: «aqui tenemos
Misa, jubileo y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamás estorban.»
Dice el hijo: «¡Qué demonio!
»Es una calle tan sola...
»No hay en toda ella una reja
Util ni á cita ni á ronda.»
Dice el padre: «esas benditas
»Están ganando la gloria
»Y encomendando al eterno
»Sus vecinos... ¡él las oiga!»
Dice el hijo: «esas mujeres
»Se están como unas marmotas
»Toda su vida encerradas,
»¡Vaya una aprension diabólica!
Dice el padre: «el capellan

»Que es doctísima persona,
»Me tiene continuamente
»Conversaciones sabrosas.»
Dice el hijo, «asi á lo menos
»Hubiera una buena moza
»A quien decir cuatro flores....!
»Serán unos cocos todas.
Y el padre: «nada me falta
»Para una vejez dichosa
»La iglesia y la plaza cerca,
»Casa y rentas que me sobran.»
Y dice el hijo: «por último,
»Haremos una intentona
»A ver si las enjauladas
»Son lechuzas ó palomas.»
Y asi el padre y asi el hijo
Distintos proyectos forman
Aquel con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misas
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y don Juan acecha atentó
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosías
De dia y de noche ronda.
Mas ni vé, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno—¡*Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
El, pide agua de algive,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada
Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por mas que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,

Nada adelanta ni logra,
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan:
La novena de Santa Ana,
El sermon del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera.
Y al cabo sale diciendo:
¡Bruja condenada y chocha
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa!
Desistió pues del empeño
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un dia casi á la aurora:
Ya habia en la iglesia gente
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra
Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdída
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreia afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncia
Por negros recuerdos de otras.
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y á la verdad que no era
Culpa enteramente propia
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas

Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decia
Limpia argentina y sonora:
De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia.
Y él advertido y curioso
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias.
Era el tal una monjita,
Que al notar la codiciosa,
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse,
La mirada abrasadora,
Del mozo clavada en ella
Levantóse presurosa.
Don Juan advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta;
—¡Chist! La dijo, con la mano
Llamándola: Hermana oiga
Una palabra.

LA MONJA.

Qué quiere?

DON JUAN.

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA.

Yo, señor! soy la tornera.

DON JUAN.

La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡*Deo gratias*!... tan temblorosa,
Que mas parece que vuestra,
La voz de una setentona.

LA MONJA.

Ved que decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Tornera, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia!

DON JUAN.

¿Murió la pobre?

LA MONJA.

Murió.
Mas mirad que se prolonga
La conversacion y...

DON JUAN.

Es cierto:
Si fuerais vos...

LA MONJA.

Servidora
Vuestra.

DON JUAN.

Callada y prudente...

LA MONJA.

Cuando la prudencia importa.
Yo soy obediente y...

DON JUAN.

¡Bueno!
Si no desplegais la boca,
Yo os prefiero á la abadesa.

LA MONJA.

No hay abadesa, es priora.

DON JUAN.

A la priora, es lo mismo,
Para hablaros de una cosa,
De un secreto que interesa.

LA MONJA.

¡Secreto!

DON JUAN.

A la mayor honra

Y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA.

¿Mia?

DON JUAN.

Pues, y de las monjas.

LA MONJA.

Decídmelo...

DON JUAN.

Es imposible.
Despacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA.

¡Ay Dios!

DON JUAN.

¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais... vaya ¿teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.

LA MONJA.

Como no escoja
La de maitines...

DON JUAN.

¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?

LA MONJA.

En la reja
De esa capilla; me toca,
Velar esta noche.

DON JUAN.

¡Bueno!
No falteis.

LA MONJA.

Estaré pronta.
En oyendo la campana...

DON JUAN.

Sí, mi casa está muy próxima,
La oigo bien.

LA MONJA.

Pues hasta luego.

DON JUAN.

Adios, hermana... y memoria!...
Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja,
Salió acabada la misa,
Y don Juan, el alma loca
De gozo, atisvó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo:
¿La niña ¡eh! si será tonta?

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y aun tocaban á maitines
Los esquilones agudos
Con discordante repique,
Cuando don Juan de Alarcon
Dichoso en amor y lides
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la molicie
De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilden
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflije,
Solo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille.
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,

Y es fuerza que pues madrugan
Largas horas no vigilen,
Ni pasos pues, ni rumores
De vivientes se perciben;
Oyese solo del aire
El son prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suena á lo lejos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas calientes,
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silban, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y él vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme;
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba abajo don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias,
Y al compás de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten
En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse,
Y en la oscuridad confusa
Haciendo vista de lince
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

DON JUAN.

Hermana ¡Gracias á Dios!

Mas de un hora me tuvísteis
De planton, ¡Dios os lo premie!

LA MONJA.

¿Tardé mucho?

DON JUAN.

(Vaya un chiste.)
No hay para que hablar ya de ello
Puesto que al cabo vinísteis.

LA MONJA.

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN.

No hermana, sino lo dice.

LA MONJA.

Direlo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fé mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche..!

DON JUAN.

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA.

En que hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oirle
Una mujer, que soy yo, y...
Pero antes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.

DON JUAN.

¡Miren
Que nombre tiene tan lindo
La hermana!

LA MONJA.

¿Os gusta?

Indecible
Gozo me da vuestro nombre
Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.

LA MONJA.

¿Gasta lisonjas hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis qué significa?
Que há poco me lo dijísteis.

DON JUAN.

Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cutis mas blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo mas esbelto
Que una palma, y mas flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raices,
Y con dos manos mas bellas
Que el nacar y los jazmines.

LA MONJA.

¿Y dónde está esa muchacha?

DON JUAN.

Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.

LA MONJA.

¿Y que tengo yo que ver
Con Filis?

DON JUAN.

¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?

MARGARITA.

Sí por cierto.

DON JUAN.

Y la visible
Apariencia del cristal
¿Qué os mostró?

MARGARITA.

No es muy difícil
De decir, era otra yo,
Otra monja.



Urrabieta del y lit. Lit. de J. Donon.

Dn. Juan. ¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella,
Aunque estaba un poco triste?
Margarita. ¡calla! es verdad que lo estaba.

DON JUAN.

¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?

MARGARITA.

¡Calla! es verdad que lo estaba?

DON JUAN.

Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!

MARGARITA.

¡Vaya!

DON JUAN.

Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

MARGARITA.

Hermano ¡Jesus mil veces!
Jesus que cosas me dice
Tan peligrosas, empiece
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

DON JUAN.

(Pobrecilla)
Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios
Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias

Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera,
Ven, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte
Yo te amo! ¿osarias seguirle?

MARGARITA.

¡Dios mio!

DON JUAN.

Si ese os dijera
Yo sé un lugar infalible
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices
Y tú ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos...
¡Oh alma mia! presto sígueme
Ven, huyamos amor mio,
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?

MARGARITA.

¡Ay hermano,
No sé que me dá!.. decidme
¿Todo eso es cierto?

DON JUAN.

Muy cierto,
Pero secreto imposible
De revelar, porque todos,
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que hermana por terrible
Que sea la tentacion

De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!

MARGARITA.

¡Ay Vírgen santa!

DON JUAN.

Y la aviso
Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime.

MARGARITA.

¡Ay sí, sí!

DON JUAN.

¿Consiente en ello?

MARGARITA.

Si por cierto.

DON JUAN.

¿Y será firme
en resolucion tamaña?

MARGARITA.

Que si seré?—Dios me libre
¡Morir asi entre las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decis!

DON JUAN.

Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisven
Y nos fustren el intento:
A Dios hermana.

MARGARITA.

El os guie
Y os acompañe.

DON JUAN.

¡Ea á Dios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy dificil.

MARGARITA.

A Dios.

DON JUAN.

A Dios.

Y á la reja
Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices
Apagó la luz diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
»Mas vive Dios que esta última
»Será tal que me acredite.»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras:
Y aun vírgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez.
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta
Cuando en el mundo vivia
Solo del mundo veia
La calle trás un cancél:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto
El mágico laberinto
Que se estendia trás él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criáran,
Los salones perfumáran
Preparados al festin;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas

De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De *amor* y de *vanidad.*

Amor! esa fantasia
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraiso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion;
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazon.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no dá asilo
En él á la *vanidad.*
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oidos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,

No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Eligió para su juez.
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvia,
Y entre sueños la veia
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.

¡Oh! que seis años monótonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

«Aqui está Dios;» la dijeron,
Y ella dijo: «yo le adoro.»
«Aqui está el torno y el coro.»
Y pensó: «No hay mas allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á lo lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor...
Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó su afan.
Su corazon revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
Al recordar á don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas
Ya en inocente pavor
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Asi pensaba y decia
Margarita en su interior:

«¿Con que hay fiestas y banquetes,
»Y nocturnos galanteos,
»Y deliciosos paseos

»De esta pared mas allá?
»Con que esta toca de lana
»Cambiada en perlas y flores
»Hará mis gracias mayores
»Y mas hermosa me hará?

»¿Con que aquellas relaciones
»De encantos que yo leia
»Y que apenas comprendia
»Ni comprendo ciertas son?
»De aquellas magas fantásticas,
»De aquellos bravos guerreros
»Y gentiles caballeros
»La historia no es ilusion?

»Y se encuentran y combaten
»Por bizarras hermosuras
»Y corren mil aventuras
»Por agradarlas mejor;
»Y ellas viven en palacios,
»Y vagan por sus jardines,
»Y celebran con festines
»La ventura de su amor.

»¡Oh! ¡que ese hombre me lo ha dicho
»Sí, sí, negros son mis ojos...
»Y esta toca me da enojos
»Y me hace fea tal vez!..
»El me lo dijo ¡lisonja!
»Mas probemos, me la arranco;
»¡Oh como el armiño blanco
»Mi pecho!.. blanca mi tez!

»Blancos mis brazos redondos,
»Mis mutilados cabellos
»Son de azabache... y en ellos
»Puesta aunque mal esta flor!..
»Cuán bien me va... ¡oh soy hermosa!..
»Y encerrada me consume,
»Y se pierden como el humo
»Mis dias de mas valor.»

Asi desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores

Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraida
Sintió su fè decaida,
Estéril su religion;
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galan adormecida
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion?.

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó: que en una noche
Por don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

«No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana pues.

DON JUAN.

Tanto monta
Un dia antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿Con que á las dos?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues á Dios.

MARGARITA.

Idos tranquilo
A dormir y hasta mañana.»
Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando

Su posicion meditando
Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha,
«Pues Señor, es cosa hecha:
«¡Mas me ocurre una cuestion!
»Dineros... ¡bah! tiene padre
»Dentro su alco a una arquita
»Que há un año que la maldita
«Me está dando tentacion.

«Con que don Juan no hay cuidado
»Vendrá Dios y medraremos.»
Y asiendo los dos estremos
De la sábana á la par
Con un movimiento rápido
Se hundió don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh relijion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares
Nunca estraviado perderá la huella
Del *mas allá* que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrias
Para quien cuenta sus tranquilos dias
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la vírgen inocente.
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delicuente
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.
Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice,
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Rebienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Golgóta pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira,
Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya

A su madre infeliz les encomienda.
«Vuestra madre mirad.»—dijo muriendo,
«Esa de mi bondad última prenda,
»Si algun dia verteis sincero llanto,
»Por vosotros pidiendo
»Para salvaros del azar tremendo
»Real protectora os tenderá su manto.»
Y á tí madre amorosa
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa
Y en tí esperamos y en tu amor creemos
Y á tí tornados á tus pies caemos,
Porque del hijo Santo
Quien ha escupido en la divina cara
Arrepentido al cabo ¿á quién mostrará
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera
Si no quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh dulce madre celestial y bella
Feliz mil veces quien á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al alzar perdido
En el cielo azúl riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado.
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cardeno resplandor:

Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimiento
La roia el corazon.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía

Con la loca tentacion.

De aquellos séres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salia desesperada
Sin mas norte que el azar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve

Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay así estaba escrito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó:
Llegó, y al fin Margarita
Que oido prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos
Y vagos presentimientos
De incomprensible pavor,
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

«¡Qué noche! dijo espantada,
»Si habrá don Juan desistido!»
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardin,

Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita que encerrada
Pasó en el claustro su vida
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia

Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imágen una
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientra en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agoviada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus pies una alfombra
Y en un farol que ponia
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando

Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar.

«Ya ves que al fin es preciso
»Que deje yo tu convento,
»Mas ya sabes que lo siento
»¡Oh vírgen mia! por tí.
»Y puesto que de él sacarte
»No puedo en mi compañía
»No me abandones María,
»Y no te olvides de mí.

»Ojalá entre mis hermanas
»Hubiera otra Margarita
»Que con tu imágen bendita
»Obrara como ella obró.
»Ojalá esta luz postrera
»Que en esta noche te enciendo
»Estuviera siempre ardiendo
»Mientras te faltara yo.

»Mas ¡ay! ninguna te quiere
»Como yo, y son mis angustias
»Pensar que estas flores mústias
»A tus pies se quedarán,
»Y se apagará esa vela,
»Se ajarán tus vestiduras,
»Y los que pasan á oscuras
»Tu hermosura no verán.

»Al fin yo parto, Señora;
»Mi confianza en tí sabes,
»En prueba toma esas llaves
»Que conservo en mi poder.
»Guárdalas, otra tornera
»Elige á tu gusto ahora,
»Y el cielo quiera Señora,
»Que nos volvamos á ver.»

Asi Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imágen de hinojos
Los sacros pies la besó.

Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía
Traspuso la galería
Ganó el jardin y partió.

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.

¡Por vida mia! don Juan,
¿Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.

De paso para Madrid.

DON GONZALO.

¿A las fiestas?

DON JUAN.

Todos van.

DON GONZALO.

Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.

Paréceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo;
Ya sabeis que es mi mania.
Do quier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo menos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.

¿Y para que tiempo tanto?

DON JUAN.

Si la funcion sale huera
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.

A fé que razon os sobra
Y á poder irme con vos....

DON JUAN.

¿Teneis que hacer vive Dios
Mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO.

Y mi tutor ¿qué dirá?

DON JUAN.

¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?

DON GONZALO.

Vos pues...

DON JUAN.

La pregunta está
Demas, mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid
Salir de Valladolid
Dentro de una hora es preciso.

DON GONZALO.

¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.

Por Dios que es grave pretesto!
Jamás dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.

Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.

¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!

DON GONZALO.

Ya! jacos tengo yo dos,
¡Mas dineros...

DON JUAN.

¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad el otro ves.

DON GONZALO.

Dadlo por hecho.

DON JUAN.

Atended
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.

¿Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?

DON JUAN.

¿Qué se yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua...

DON GONZALO.

Se resiente de los callos,
Eh? pero como gusteis,
Decision es lo que importa.

DON JUAN.

Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.

Por quién?

DON JUAN.

Por una señora.

DON GONZALO.

¡Hablarais para la noche
Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos.

Mas no digais donde vamos
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya veris mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y asi diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué don Juan para habitar,
Tomaron cuarto contiguos.
Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno del otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aqui lector por no ser
En demasia prolijo
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.
Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.
Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y don Gonzalo llegaba
A quien don Juan demandó;

DON JUAN.

¿Qué hay don Gonzalo?

Tomad.
—¿Cuánto?
—Sesenta doblones.
No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.
—¡Bah! don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aqui mas de mil
Para ayuda de la empresa
—Adelante pues.
—¡Pues ea!
Mayoral pica el ganado,
Que el viage será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el trasporte
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
Y don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
Á dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Y de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto don Juan de la monja
Que sus desvios acusa,
Dudosa de los dos mozos

La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan
Que está la tormenta próxima
Á desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo que debiera
Mirar de don Juan la mucha
Generosidad mostrándole
Ciega confianza mútua
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le dá parte, y descubre
Á Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
Á sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque don Juan no se cura
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas
Pretestos busca á sus solas
Para afear su conducta.
Que es don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
Á una venganza que siempre
Á medios mezquinos junta:
Díscolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Y entre aquestos dos espíritus

Maléficos que la turban
Margarita el hondo caliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura que perfuman,
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan.
Y vé sus mil ilusiones
Que al principio se agrupan,
Del abismo de la nada
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

«¿En dónde están (se decia)
»Los sueños de mi ventura?
»Aquel pais encantado
»Que exento estaba de angustias
»Cuadro espléndido y magnífico
»Con una sola figura,
»Que era ese don Juan que ahora
»Duelos sobre mi acumula!
»¿Porque le he creido, necia!
»Porque le he creido nunca?
»¿Qué he encontrado yo en sus brazos
»Sino ficcion y locura?
»¿Qué me ha dado en sus caricias
»A beber mas que cicuta?
»¿Qué espero de sus promesas
»Sino que jamás se cumplan?
»Arrastrada entre sus vicios,
»Y entre sus orjias impuras
»Su amor me devora el alma

»Y él se harta de mi hermosura!
»Sí, por otro amor me deja
»Encerrada en esta oculta
»Mansion, mientras él va ciego
»Tras de quien su amor rehusa.
»Tras esa beldad vendida,
»Que abre á la codicia pública
»Sus gracias, para que vaya
»A hozar en ellas la chusma;
»Y cuyos torpes aplausos,
»La envilecen y la ensucian
»Pues la apellidan á un tiempo
»Celestial y prostituta.
»¡Ah! los celos me devoran
»La envidia el odio me abruman.
»¡Yo le amo!... y es imposible
»Que su indiferencia sufra.
»Él me sedujo; él mis ojos
»Abrió á la luz de la culpa;
»Yo era una pobre inocente,
»Mi alma era cándida y pura,
»Sus palabras me eran dulces
»Como una lejana música,
»Mas ardientes que un volcan
»Y mas que una lanza agudas,
»¿Qué hiciera yo mas que oírselas
»Con idolatria estúpida?
»¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
»A mi sencillez inculta
»Y á mi inocencia del claustro?
»¿Quién amansara la furia
»De este amor y esta conciencia,
» Que para herirme se juntan?»

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque don Juan la abandona
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasion entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos

Locamente, y mas la lucha;
Con su virtud empeñaba
Aun de su victoria en duda
Pero al punto en que sus ánsias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos
A sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañia escusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no lo agradece nunca,
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto don Gonzalo
Que calla, mira, y escucha
Cobra hastío de don Juan
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y fortunas:
Y él tiene mas que le pese
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro

Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tirolas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras
Pues se cambió de repente,
Y él que jamás la malogra
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los lábios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torba
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona,

Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin don Juan satisfecho
De fortuna tan dichosa
Se alzó, asomando á sus lábios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

«Todo lo puede el dinero,»
Dijo en la calle á sus solas,
«Lo que al valor no se rinde
»Con la riqueza se compra.
»Veremos pues si con oros
»Hacemos mas que con horas.»
Y asi hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró: mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda
Fuese al vestuario y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia
La interpeló en esta forma.
«Toma esos ocho doblones,
»Y á esa Sirena engañosa
»A quien sirves, si te estimas,
»Dirás lo que aquí me oigas.
»Y es: que hay un noble estranjero

»Que al verla tan seductora
»Volver no quiere á su patria
»Sin un adios de su boca.
»Que si mañana en su casa
»Cenar con él no la enoja
»En presencia de un amigo
»Y de una fiel servidora
»Recibirá mil doblones
»Para recuerdo de la honra.
»Conque olvidarte procura
»De que yo soy la persona
»Que irá á cenar, y no olvides
»Que el amigo será un mómia,
»Que tú serás quien nos sirva,
»Y que por cuenta redonda
»Bien te dará cien doblones
»Quien la da doscientas onzas.»
Y así acabando don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo:
«Hasta mañana á estas horas.»

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso don Juan
Se hundia como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan séria los derrocha.

En un lujoso aposento
Y enderredor de una mesa
De viandas esquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre don Gonzalo
Y don Juan está Sirena;
Para ambos encantadora
Mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida
Mas en el arte maestra.

Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pecadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de voz mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piececitos
Tan menudos que á no verla,
Usarlos tan fácilmente
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenan
En compañia algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

SIRENA.

¿Y á qué estranjero fingiros
Cuando estranjero no erais?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras

Viniendo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre
Dueño de tantas riquezas?

DON JUAN.

Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compraran mis monedas.

SIRENA.

Quiere decir que de dos
Mal os salió una esperiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Pero ella saltó por una.

DON JUAN.

Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida
Ser de una ú otra manera,
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

SIRENA.

Quiere decir...

DON JUAN.

Te equivocas
La interpretacion es esta:
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia,
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia
De amor que gana y estima

Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aqui una breve pausa
Durante la cual respuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

SIRENA.

Buen cazador sois don Juan.

DON JUAN.

Y vos escelente pieza.

SIRENA.

¿Siguierais mucho la pista?

DON JUAN.

Hasta hallar la madriguera.

SIRENA.

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.

Yo atinara con la cierta.

SIRENA.

¿Y si salir no queria?

DON JUAN.

Yo me pondria en espera.

SIRENA.

¿Por empeño?

DON JUAN.

Por empeño.

SIRENA.

¿Y durará?

DON JUAN.

Hasta cojerla

SIRENA.

Figuraos pues que asoma

DON JUAN.

Me preparo

SIRENA.

¿Y si se entrega

DON JUAN.

Tiendo la mano y la cojo

SIRENA.

¿Y si muerde?

DON JUAN.

Norabuena,
Sóbrame á mi mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.

Brindad pues y olvidad eso.

DON JUAN.

A su orgullo!

SIRENA.

A su obediencia!

DON JUAN.

Espera ¿quién canta ahora
El amor ó la Sirena?

SIRENA.

El amor está vencido

DON JUAN.

¿Y la encantadora?

SIRENA.

Muerta.

DON JUAN.

En ese caso alma mia
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo
Y las amistades hechas

Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe don Juan sin cuidado
Que el vino jamás le altera,
Bebe don Gonzalo poco
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegria comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la orgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata
Y entre el son de las botellas
Crujen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.
De amor loco está don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta
Y al compás de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellísima Sirena,
Y en un sillon don Gonzalo
Sentado y tendido á medias
Como una sombra fantástica
Embebido la comtempla,
Ella sutil como el aire
Y como el aire ligera
Gira enrededor pasa y huye
Como aparicion risueña,
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha
Mas los mágicos hechizos
De sus perfeciones muestra,
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,

Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante
Ya una Venus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,
Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundido sus contornos
Por su rapidez aérea
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden
A merced del aire sueltas
Cuando los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
«Bravo, esclamó, solo falta,
Margarita»—A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,
Y con don Juan encarándose
Desencajada y colérica
¿Quién es esa Margarita?
Le dijo de rábia trémula.
Quedóse un punto don Juan
Sin acertar la imprudencia
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza
Les añadió por respuesta.

«¡A fé que es linda muchacha!
»Y ahora que se me acuerda
»Pues en casa estará sola
»Su compañía me peta.»
Y asió su capa esto dicho
Corroborando la idea.
—Gonzalo, esclamó don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez
Ya os encontrareis sin ella.
—Pues os digo que me agrada
Y pues su merced la deja
Pido como prenda antigua
Para tomarla licencia.
—Eso sí, si la pedís
Llevaosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
—¿Conque es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decis.
¿Y á qué convento?
—A Palencia
Y á las monjas de Jesus
De donde es.
—¡Jesus me tenga!
—¡Calla! ¿qué os da don Gonzalo?
—Decidme por vida vuestra
Don Juan, ¿Cual es su apellido?
—Cosa don Gonzalo es esa
Que jamás la he preguntado.
Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
—Sí.
—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan á póco
Diciendo: «¡cosa como ella!
»¿Quién demonios lo pensara?
»Pero en fin ya es cosa hecha»

Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
Hasta que el vapor de la orgia
Disipado con la fuerza
De su deshonra arrojóse
Sobre don Juan con fiereza,
Mas sentóle este los puños
En el pecho, y con la mesa
La lámpara y la bajilla
Vino don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta
Diciendo á tiempo. «Señores,
»Que están en mi casa veanl»
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos don Gonzalo fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.
Alborotóse la casa
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
¡Atrás canalla! y silencio:
Y tú amiga, ten paciencia
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente don Juan,
Cuando gusteis dad la vuelta
—Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta
Que de rendirse á venderse,
Hay una distancia inmensa.

Y asi diciendo don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el dia,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oia.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan que no venia.
Entreabierta tenia su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afan tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veia,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venia.
Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor bendida
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á don Juan desesperada
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡Y ojalá no volviera desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas, precipitados

Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se para.
«El es, dijo bajando, y no mentia
Que era en verdad don Juan el que venia.»
El era sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torbo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilan sangriento.
¡Dios mio! dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando
«Traeis sangre, don Juan» dijo aterrada,
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó y echando al fuego
El de sangre teñido
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.
—Dónde?
—Lo ignoro,
Abandonar la córte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.
—¿Pero qué pasa?
—Oh! no es para subirse á los tejados
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa señora
Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad don Juan mi amor es infinito,
Nada es mi vida sin salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais...
—Yo? qué locura!
Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque á fé mia.

Que el asunto no es cosa estando á punto,
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras Margarita,
Y os contaré el suseso.
Ya á don Gonzalo conocias.
—Eso
Bien lo sabeis.
—Tenia una maldita
Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con esceso
Y no es estraño que perdiera el seso.
—¿Pero en fin qué es el caso?
Que me teneis violenta.
—Me habló de vos y aunque detrás de un vaso
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
—Le matasteis? don Juan, sois un malvado!
—Tal vez tengais razon, mas bien mirado
Como si no le mato, al fin me mata
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está asi, y pues ya esclarece
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á don Gonzalo pertenece
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando asi con gravedad resuelta
Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced. ¡Hermoso dia!

MARGARITA.

¡El os proteja, madre! ¿Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora.

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio dia.

MARGARITA.

¡Medio dia!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Si: mas hacedme la bondad primero
De decidle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quién hablais?

MARGARITA.

Del caballero
Que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasagero que ahí habia...

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos.

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el dia.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente.

Partió sin mí!

POSADERA.

Yo me creí señora
Que erais de su partida sabedora.

MARGARITA.

Yo? justo Dios!

Y aquí de Margarita
Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada
Solo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su mujer viajaba,
Quien viendo su hermosura condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.
«Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿A dónde quereis ir?

MARGARITA.

¿Dónde señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?

LA DAMA.

¿Quién es él?

MARGARITA

Ese viajero
Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero
Mozo y galan.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo obero?

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA.

¿De mi familia? No precisamente,
Pero si yo supiera su destino....

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?

MARGARITA.

Si es en Palencia,

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda
En nuestra compañía, y diligencia
Para que os lleven á Palencia haremos,
De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¡Ay señora, quien quiera
Que seais...

EL CABALLERO.

Levántad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria.
Ea venid, que enganchen y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos.
Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá mas que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino
Sino sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿dónde irá Margarita
En su ciega inesperiencia,
Dónde irá sino á Palencia
Do tal vez está don Juan?
¿Porque quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una mujer se veia
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á través de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente
Por mas que mira, la faz.

Y la mujer sin embargo
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y á abrirle no venia
Y solitario seguia,
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia pues á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

¿Serán celos?—¡Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la mujer sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica asi ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay! pobre amante olvidada!
¡Ay! ¡infeliz Margarita!

¡Quién comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ageno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú infeliz no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él* por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pie de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Rebienta el cóncabo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Yal postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo

Delante del coro estaba....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

———

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

———

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

———

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin,

———

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: «¡Ay de mi! ¿quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

———

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.
«Será novicia (se dijo)
»Habrá al convento llegado
»Desde que yo le he dejado,
»No puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguia
Los altares arreglando,
Y la seguia mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no se qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro
Tan fosfórico y tan ténue
Que el templo seguia oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia
De las flores la fragancia

Que ponia en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oidos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éstasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimia,
Y en donde nada sentia
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hácia la monja de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,

Un misterioso amuleto
Que fé y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

«¿Qué me quereis?»—Con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja.—«¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?»
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa
Venid al claustro tras mí.
—¡Oh! imposible!
—Si os importa
Hablar con alguna hermana
Volved si gustais mañana.
—Yo hablara...
—¿Con quién?
—Con vos.
—Decid pues.
—No sé qué empacho
La voz al hablar me quita...
¿Cómo os llamais?
—Margarita.
—¡El mismo nombre las dos!
¿Así os llamais?
—Sí señora
Y en otro tiempo yo era....
¿Qué oficio teneis?
—Tornera.
—¡Tornera! ¿cuánto tiempo há?

—Cerca de un año.

—¡De un año!

—Diez llevo en este convento
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuhando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja..... ¿qué pensar?
Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma.... ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y asi quedó, la frente sobre el polvo
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.
Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita asi:
«TE ACOGISTE, AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVIA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJIA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MI.»
Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando
Del aire puro en el azúl sereno
Se elevó la magnífica vision.
La reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreia

Que adoraba su santa aparicion.
Sumióse al fin del aire transparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.
Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle
Y al vital resplandor de su bugía
Aún encontró la imágen de María,
Y sus flores aún sin marchitar.
Y á sus pies despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APÉNDICE Á MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venia sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana

Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja ¿quién llama?
Y el que llamó dijo:—¡Abre!
—Qué quereis?
—Abre demonio
No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—¡El és! Jesucristo valme!
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia
Sin otro mal ni dolencia
Que el esceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.
Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.
Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.
Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afanó viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos de él está.
Y al Dios en quien cree suplica

Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.
El pobre padre impelido
por su amor y sus virtudes
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.
«Padre, al confesor decia,
Padre me acosa una idea
—Cuál es?
—Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna!
En que poder consentir,
En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado
El se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora,
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?
Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon.»

Asi decia el buen viejo
De su don Juan acordándose,
Cuando don Juan arrojándose
En sus brazos esclamó:
«Ya estoy aquí padre mío,
»Ya estoy ante vos de hinojos
»Tornadme padre los ojos
»O muero de angustia yo.»
Y ambos á dos tiernamente

Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.
Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas le dijo así:
«Hijo levanta y escucha
Mis postrimeros acentos
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí.
Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya.
Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.
—Lo será.
—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¿Me juras obedecerme?
Responde Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento
¿La cumplirás?
—Padre sí,
Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto á Torquemada
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo,
Allí Juan mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra
Juan, no la vendas jamás.
Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...

Y á Dios Juan que á morir voy!
—Padre!
—Adios Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando
Porque Dios te ayudará.»
Y esto dicho inclinó el padre
Hácia su hijo la cabeza
Y él la besó con terneza...
Pero no existia ya.
Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedada
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

———

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino
Quedó el lugar por dó vino
Estudiando al parecer.
Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.
Mas todos, desde aquel dia
Al campo este hombre salia
Y del campo se volvia
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando
Los ojos atrás tornando
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa
Todo muere se estingue ó se deshace
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.
Queda el dolor un dia
Dentro del corazon mas amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecia.
Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.
Asi don Juan con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada dia
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazon, sediento de delicias.
Volvió á reir don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza
Volvió la soledad á darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores
Cuentas á darle con afan vinieron
De la herencia feraz de sus mayores
Y á sus ojos pusieron

Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
Quedarán vive Dios agradecidas!
Murió mi padre, duéleme á fé mia!
Pero no es menos cierto
Que yo tambien me moriré algun dia;
Y si la vida á divertir no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
¡Adelante don Juan viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres,
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.
Y aqui don Juan soltando de repente
Ruidosa carcajada
Que sin duda escitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á apropósito
Para amorosos y reñidos lances
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid; es un capricho;
Mas mi padre perdone
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,

Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quien es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.
Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.
La curia escandalizóse,
De tan imberbe colega
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus buelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magníficas libreas,
Apagaron los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos
Con tamañas escelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó pues infatigable
Tras damas de vida incierta
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.
Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Esponiendo en su defensa
Que asi atendia celoso
De la corte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil

En esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja...
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla estas,
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo

Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,
Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!..
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,

Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.
Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola,
Y recibiéndole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobre-cena
Cruzándose las sonrisas
Por detrás de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente,
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo *buenas noches,*
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Asi estuvieron un punto
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia.
Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último

La situacion de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quien se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo don Juan de Alarcon,
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado,

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal por el trage
Y vuestra barba de á tercia.
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues señor mio; que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta
El caso es que aqui sobra uno
¿Quién pues se va, y quién se queda?
Si es que comprais declaremos
Nuestra posesion en venta,
Si lo debeis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos
Espada en mano, y afuera.
Elegid—
El juez que en tanto
Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quien sea,

Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.
—En horabuena.
Echóse don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Y dijo al sacarla:—veamos
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?
—Pares.
—Contad pues esas monedas,
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdí, dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,
Díjole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante
¡Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas,
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¡Señor don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya vísteis que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay pues de que se me acuse.

SIRENA.

¡Ay don Juan que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.

DON JUAN.

¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

Ay de vos si con él dais.

DON JUAN.

Y ay del si conmigo dá.
Mas niñerias aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Dí, niña, ¿cómo te vá?
—Bien, ¿y á vos?
—Famosamente.
—¿Y Margarita?
—No sé
¡Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.
—Bravamente.
¿Y don Gonzalo?
—¡Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
—¿Le matásteis?
—¿Y qué hacer?
Se empeñó en hallar venganza

A causa sin esperanza,
¡Qué habia de suceder!
—¡Pobre muchacho!
—¡Eh! dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales estremos.
¿Qué te importa, don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Paréceme por mi fé
Que no va el mundo tan malo.
Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.
—Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Más alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo: ¡señor, salvaos!
—¿Qué dices, loca?
—Que vienen
A prenderos.
—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es este?
—¡Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no estrañeis que os recuerde

La muerte de don Gonzalo.
—¡Vive Dios!
—Ved que quien quiere
Prenderos es Aguilera.
—¡El! ¡por vida mia! ¡que entre!
—Ved que son muchos.
—No importa.
—Por Dios, don Juan.
—¡Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.
Y asiendo bizarramente
Su larga espada don Juan,
A abrirles la puerta fuese.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y asi con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que harto á l urla se parece,
De esta manera le dice,
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
—Que se dé al rey.
—¿Con qué causa?
—Hoy su magestad pretende
Que en un sillon duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.
—No intente
Señor galan, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.
—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,

Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
—¡Ea, mancebo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
O vive Dios!...
—Norabuena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.
—Pues á él, ministros, prendedle.
—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Asi diciendo don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.
Y en vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
El tira siempre de frente,
Y en dos minutos despoja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba
Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse.
Quién huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quién oye estúpido y mira,
Quién brabea sin moverse
Desde la calle entre tanto
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vénse,
Y bocas abiertas dando
Ordenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran



Urrabieta del. y lit. | Lit. de J. Donon.

Cayó Don Lope; y los otros
Que por el lidian, al verle
Doblaron contra Don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre

Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar ginetes
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.
Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen,
Con el juez que se defiende;
Pues iusultado Aguilera
Por él, y mofado al verse
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro don Juan
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pié de terreno pierde.
Dá, cía, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiere,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.
Cayó don Lope y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él que vé su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tál tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,

Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entonces don Juan, que nunca
Su peligro desatiende,
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz y diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle escusada,
Para su posada fuese.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ella los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:
Condenóse allí á don Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como contínuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.

Con que *se salva quien corre*,

Y *acierta quien se defiende*,
Y está visto, *la fortuna*
Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol un disco refulgente
Tras la llanura azúl del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crímen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el dia
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedia,
Y de la tierra que á lo lejos via
Que de las sombras en poder quedaba.
Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.
Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncabo son tronó improviso
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.
Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar riela
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.
A Italia va: pais de los placeres,

Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.
A Italia va don Juan ¿y á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?
A Italia sí; porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora
Altares levantando á la belleza.
A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!
Atrás queda y burlada la justicia,
Atrás los muertos que dejó lidiando
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz a cuanto emprende dando.
Sirena, Margarita... ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.
A Italia va don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.
«Mientras es jóven (dice) mientras lleve
»Deseo el corazon y oro el bolsillo,
»Lanzarse el hombre á los deleites debe
»Del sol de su fortuna al falso brillo.
»El placer es mi Dios; mi alma desea
»Para solo gozar larga la vida,
»Cuando sin oro y sin placer la vea
»Como una inútil prenda envejecida
»Con estóica calma indiferente
»Despojareme de ella, convencido
»De que al que un aura de placer no aliente
»Le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir, de ello deduce.
A Italia va don Juan; ¿y á dónde iria
En verdad el amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia don Juan, lector querido,
Y aqui cierra su història su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.
Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje
La vida y la memoria
De su mas importante personaje.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir mas dél, es un esceso
De historiador sin seso;
Porque si al menos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero solo nos dijo
A Italia fué, de donde yo colijo
Que fué este historiador un calavera.
Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
Y á darte gusto aspiro,
Tras el fin de don Juan un año anduve
Crónicas y memorias registrando,
Manuscritos y sábios consnltando,
Mas nada de don Juan á manos hube.
Hasta que al fin pasando por fortuna,
Y há poco por Palencia,
Topé con la ocasion mas oportuna.
Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por los ojos de su abuelo vista,
Una historia, que á fé que sino era
De don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista.
A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de don Juan concluyo;
Y aunque de su verdad no desconfio,
A Dios plazca ¡oh lector! que como al mio
Concluya mi don Juan á gusto tuyo.

Séis años habia durado
Del bravo don Juan la ausencia,
Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado.
Mientras él fuera de España
Vívió, habíanse vendido
Sus bienes que habian venido
A manos de gente estraña.
Y en fin, el mozo ex-patriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.
Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.
Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.
Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.
Y un hombre que se nombraba
De don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias estraños.
Tal es la vida, lector,
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,

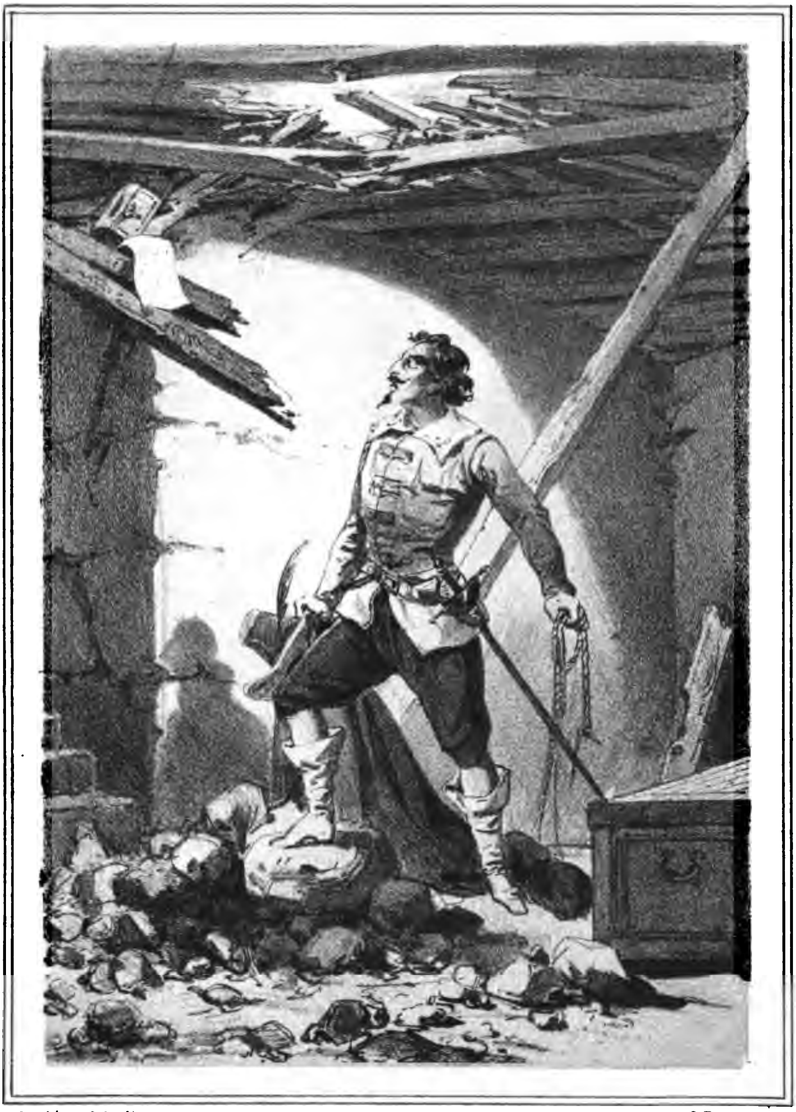
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio enero venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero,
Le daban por estranjero,
Aunque no por muy honrado.
Traia el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.
Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.
Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.
En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda,
Pero si pasa y saluda
Vuélvese uno á contemplarle.
Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.
Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.
Y él en tanto sin curar
De quien pasa por su lado,
Iba con pié acelerado

Atravesando el pinar.
Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle
De antiguo césped vestida.
Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,
El sigue siempre constante
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le estiende delante.
Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos,
Y llegó al fin de la cuesta
Do se via en la hondonada
Una casilla olvidada
Ya ruinosa y descompuesta.
Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.
Ya en él no habia señales
De manos de jardínero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.
Solo en su centro se via
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenia.
Paróse ante ella el viajero
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese
Dejóse en tierra el sombrero.
Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante
Con lágrimas en los ojos.
Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo asi con triste acento:
—Padre, al morir me dijísteis;
Si algun dia tus locuras
O imprevistas desventuras

Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte.....
Cumplióse asi, y aquí estoy.
«Rompe pues sombra adorada
»Esa piedra que te esconde,
»Y á mis suspiros responde
»Momentánea aparicion;
»Dime sí, que desde el cielo
»Do mi padre habita ahora,
»No me lanza aterradora
»Su temible maldicion.»
Calló aquí un punto: y besando
La lápida con tristeza
Inclinando la cabeza
Dijo alejándose ya:
«¡Quimeras!... nunca los muertos
»Salen de la madre tierra
»Que avara en su vientre encierra
»El polvo que sér nos dá.»
Entró asi hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.
Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.
Todo era dentro abandono,
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas:
Y do quier que los tendia
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamás.
La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenia ya enmohecidos

Los aposentos do quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.
Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apenas mantenian
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclina
Y á undirse en su nada vá.
Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera en palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.
Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se vé que le da en secreto
Su vista intenso dolor.
Suelta á veces repentina
E histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.
A veces se cree que llora
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.
En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares



Urrabieta del y lit. Lit. de J. Donon.

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fue su asombro
Cuando pegado á un escombro
Otro pergamino vio.

Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera viendo
Su descompuesta figura
Que asentada la locura
Dentro su cerebro vá.
  Al fin abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aquí.
  Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su cimiento
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.
  Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.
  Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo menos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.
  No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.
  Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna

Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:
Como cuando aquí te vuelvas
Todo lo habrás ya perdido,
Y tendrás puesto en olvido
Á tu padre y á tu honor,
En esa cuerda y escarpia
Lo que mereces te dejo,
Y creo que es el consejo
Que puedo darte mejor.
Quedóse don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribía
Sino su padre don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.
Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.
No habia en él mas que juegos
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos
Y crímenes por do quier.
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida mujer.
Asesinado el amigo
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.
Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones

Mostrándose por do quier
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impía sangre á verter.
   Todas estrechando el círculo
En redor suyo apiñadas
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna azaña sangrienta
O de algun crímen atroz.
   ¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡mísero don Juan!... ¡mísero!
A donde quiera que mira
Vé un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.
   ¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asió con ira el cordel.
   Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un estremo en ella,
Y en su cuello el otro estremo,
Maldijo don Juan su estrella
A morir resuelto ya.
   Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Asi de la alegre vida
Diciendo se despidió.
   «Teneis razon, padre mio,
»Ya otra cosa no me resta;
»Para una vida como esta

»Mucho mejor es morir.
»¡Teneis razon! Gran regalo
»Me dejais, y lo merezco,
»Ea, pues, ya os obedezco.
»¡Abra Dios mi porvenir!»
Tras cuyas impías palabras,
Con los pies la arca empujando,
Quedó el mísero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pós.
Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detrás.
«¡Malditos maderos viejos!»
Esclamó don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: «Un árbol valdrá mas.»
Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombro
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veia escrito
Esto, que don Juan leyó:
PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUI TE HAN CONDUCIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO
Y MIRA LO QUE Á SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

CONCLUSION.

Tú creerás, lector amigo,
Que don Juan esto leyendo
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponia,
Pero, amigo, nada de eso,

Porque aquel clérigo obeso,
Que esta historia me contó,
Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este don Juan perseguido
Por la justicia otra vez
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.
¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano,
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

LEYENDA QUINTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTÁSTICO.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno
De flores y árboles lleno
Que á un jardin se parecia
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ageno.
De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.
Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.
Allí dejó á su partida
Para la empeñada guerra
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida
Cuanto adoraba en la tierra.
Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvia en vano;
Faltábale su mujer.
El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdia
El mensage, y no llegaba.
Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa

Mas noticias que la muerte.
 Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.
 Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.
 ¿Y quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos
Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?
 La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada,
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.
 Asi el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda,
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!
 Aurora, sí, se llamaba
Porque en la aurora de un dia
Conque un abril empezaba
Nació, y el sol que apuntaba
Con ella á la par nacia.
 ¿Y quién sabe si al prever
Su hermosura venidera
Quiso el sol su estrella ser,
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?
 Asi suceder debió
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció
Y dióla doble hermosura
Cada aurorá que pasó.
 Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece.
Su cáliz abre oloroso
Bálsamo esparce precioso
En el desierto que crece.
 Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita

Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.
  Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.
  Toda su triste existencia
De Auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.
  Y asi en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Para su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraida yace,
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen.
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,
Y asoma sobre sus lábios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
¿Por qué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto te apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la dá la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los mios á mirarte?
¿Quien eres tú, necia sombra,

Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
Tú, pobre ilusion sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable
Que solo á la sombra de otro,
Puedes vivir arrastrándote.
Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á ti no me acercase?
¿Y todavía me miras?
Y te me ries, infame,
¿Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.
Y asi la hermosa diciendo
Por castigar á su imágen,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la márgen.
Al ver la espuma que elevan
Al ver los innumerables
Circulillos que producen,
Y unos y otros quebrándose
Fugitivos de su centro,
Y en tumulto interminable,
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen,
Y entre la confusa tela
De sus líneas vacilantes,
Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imágen
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire,
Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tú á salir, yo á borrarte.
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde
Luchando contra su sombra
Que parecía constante,
Cuando un mancebo que estaba

Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Díjola: Aurora, ¿ qué haces?
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose
Dijo bajando los ojos:
¿ Qué he de hacer mas que esperarte?
—Tan entretenida estabas
Con el arroyo...
—Tirábale
Las arenillas que cria
Por venganza.
—¿ En qué es culpable
Para que asi le castigues?
—Detesto sus falsedades,
Y él me engaña.
—¿ Qué te dice?
—Me copia todo el semblante,
Y miente sin duda alguna.
—¿ Por qué?
—Porque á ser iguales
Yo y el reflejo que pinta
Mas en verdad te agradase.
—¿ Pues quién te ha dicho, alma mia,
Que yo no te le idolatre?
—Mas á menudo vinieras
Si asi fuera á contemplarle.
—¿ Acaso tardé?
—Lo ignoro.
Cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un dia,
Y otro y otro y aguardándote,
Paso horas y horas sentada
Mirando por todas partes
Sin que por ninguna lleguen
Mis ojos á tropezarte,
¡ Ay, Felix, qué de recelos
Me atormentan!
—¿ Pues no sabes
Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre
Que me acechan de continuo
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte
Si no para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
Ya por caza ya por viaje
Es solo cuando evadirme

De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretestos
Logro entonces engáñarle
Y no oir sus importunos
Consejos inagotables.
Con el del noble ejercicio
De las armas salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oirte y contemplarte.
—Ay Felix siempre palabras
Consoladoras me traes
Mas no sé qué falta en ellas
Que nunca me satisfacen.
—¿Dudas acaso?...

—No en tí

Que no me atreviera amándote.
—¿Pues en quién?

—En la fortuna.

Tú tan noble...

—Y es bastante

Garantía la nobleza
De mi encumbrado linaje
Para cumplir mis palabras.
Y esto Aurora mia baste,
Que me ofenden esas dudas.
—¡Siempre ese altivo lenguaje
Felix, siempre te me enojas!
—¿Yo, Aurora mia, enojarme?
Contigo, mi bien, mi gloria.
Jamás.

—Pues tu mano dame,

Júrame que me amas mucho
Y hagamos las amistades.
—Las manos no, el corazon.
—No puedo yo tanto darte.
—¿Pues qué, corazon no tienes?
—No, que ha venido á robármele
Un mancebo muy gallardo.
—¿De veras?

—Sí, como un ángel

—¿Y se le llevó?

—Sin duda.

—Como yo llegue á encontrarle...
—¿Se le pedirás?

—No á fé.
—¿Pues qué has de hacer?
—Arrancársele.
Y aqui cayendo la niña
En los brazos de su amante
Sonó un regalado beso
Que devoró ansioso el aire.
—Aurora, dijo el mancebo
Mira al sol.
—Felix, te partes?
—¿Qué he de hacer? Espira el dia.
—Es verdad, Felix. Mi padre
Tambien estará impaciente.
¿Volverás pronto?
—Cuanto antes.
—¿Te acordarás de mí?
—Siempre:
Mi existencia es solo amarte;
No tengo en mi corazon
Mas que un altar con tu imágen.
—¿Se borrará?
—Nunca, Aurora:
Pintada está con mi sangre
Y por el crisol pasada
Del fuego que en ella arde.
Y al dulce beso tornaron
En punto tal separándose
Y mientras verse pudieron
No dejaron de mirarse.
Subia aprisa don Felix
Y con pasos desiguales
Por la tortuosa vereda
Que lleva fuera del valle;
Y lentamente cruzaba
Aurora la opuesta parte
Por la olorosa pradera
De que es su casa el remate.
Y á cada paso volviéndose
Y de lejos saludándose
Ambos á dos se juraban
Como quien eran amarse.
¡Pobres niños que insensatos
Juzgaban interminable
Lo que era con solo un soplo
Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendia sobre la tierra
Su oscuro manto la noche
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desórden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galan que espera
Y que las sombras la esconden;
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa
Y con murmullos acordes
Entre las hojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre
Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma,
Que ávida el aura recoje.
Brotan del húmedo césped
Imperceptibles vapores,
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces.
Y la frescura se aspira,
Y los sentidos absorve
Vaga languidez dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido
El ancho espacio recorre
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos alucinados,
Con mil falsos resplandores
Realidades imaginan,
Sus increadas ficciones.
Y en el azúl trasparente
Cuya estension desconocen
Sus errantes fantasías

En su desvarío ponen.
Y un vapor que le atraviesa,
Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto sonando
Sus alillas uniformes,
Un hoja que va en el aire,
Sin hallar en qué se apoye
Y desprendida de un tronco
Acaso de sábia pobre,
Por una vision la toman,
Que pasa ante ellos informe
Suspiro tal vez de un hada,
Plegaria acaso de un monje.
Noche azúl, limpia y serena
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila
Y en este valle fué donde
Delante de una ventana
De su alquería sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillon de roble,
Asegurando los codos
En sus brazales enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones.
Jamás se le vió tan triste;
Sin duda su pecho esconde
Algun secreto funesto
Que el corazon le corroe.
Secreto que en el silencio
Es fuerza que le devore,
Que en su corazon se entierre
Y en su corazon se ahogue.
Mas él desea sin duda
Que fuera de él se desborde,
Reduciendo sus tormentos
A sentidas espresiones:
Que otro las oiga y las sienta
Como él las siente y las oye,
Ya porque él lo necesite,
O ya porque á otro le importen.
Y esto sin duda resuelve
Porque dejando su inmóvil
Posicion, por la ventana

Llamó á Aurora, y levantóse.
Entró la hechicera niña,
Volvió á su sillon de roble
El padre, y entre los dos
Plática tal entablose.

ROBLEDA.

¿Dónde has estado?

AURORA.

En el soto.

ROBLEDA.

¿Qué has hecho allí?

AURORA.

Coger flores.

ROBLEDA.

¿Y has cogido muchas?

AURORA.

Muchas.

ROBLEDA.

Ten cuenta con las que coges,
Y no vayas á buscarlas
Al parque de los señores
De Aracena, porque tiene
Muy malos alrededores.

AURORA.

Yo señor...

ROBLEDA.

¿Me has entendido?
No están mis ojos tan torpes
Todavía que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.

AURORA.

Duéleme padre y señor
Que mi conducta os enoje;
Mas yo prometo...

ROBLEDA.

Hija mia
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura,
Ni mal que por ti no afronte.
Mas no hay tampocó desdicha
Que me desvele ni asombre,

Como el temor de perderte.

AURORA.

¿Y á qué, padre, esos temores?
Aquí hemos siempre vivido
Retirados, nuestra pobre
Posesion respetan siempre,
Los bandidos y los nobles.
Mil veces me habeis contado
Que allá detrás de esos montes
Está la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido,
De desventuras y horrores
Pero jamás han llegado
A nuestro valle sus voces.

ROBLEDA.

¡Ah! que no es Aurora mia
Tan peligroso el redoble
Del atambor que convoca
Para matarse los hombres
Como la voz engañosa
De esas mágicas pasiones
Que viven en nuestro pecho
Como huéspedes traidores.
Lides se vencen lidiando,
Y al fin ya que no se logre
Salir de una guerra siempre
Felices ó vencedores,
La fuga salva aunque manche,
¿Mas cómo de las traiciones
Defenderse de enemigos,
Que á par con nosotros corren?
Bajas Aurora los ojos,
La faz ruborosa escondes;
¡Ay de ti, luz de mi vida!
Si freno al amor no pones.

AURORA.

¡Callad por Dios padre mio!

ROBLEDA.

Fuerza es decírtelo, óyeme:
Todo lo sé, pobre niña,
Esas desdichadas flores
Que vas á coger al campo,
Son las falsas espresiones

Los juramentos de amor
De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tú no has nacido
Mas que sierva. Y si no rompes
Tan torpes lazos, si no echas
En olvido hasta su nombre...

AURORA.

Padre, imposible. Se mezcla
En mis mismas oraciones.
No se aparta de mi mente
Ni de dia ni de noche.

ROBLEDA.

Pues bien Aurora es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazon, es preciso
Que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa.
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe,
Venderé nuestra alquería.
Aurora, á partir disponte,
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.

AURORA.

Pues bien padre, partiremos:
Conozco vuestras razones
Iremos donde gustáreis;
Será, un sacrificio enorme,
Tal vez me cueste la vida,
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque,
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; sí, padre mio,
Mas dejadme que le llore.
No estrañeis no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me pregunteis la causa
Que será mentar su nombre.
Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo—padre partamos
Antes que don Felix torne.

III.

Catorce dias despues
De su alquería á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas,
El soldado y el pié cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa,
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia estrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no espera.
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era don Felix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
¿Partís? preguntó don Felix,
Con faz pálida y colérica:
Y con altiva mesura
Partimos, dijo Robleda.

DON FELIX.

¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA.

Por mucho,
Si es mucho la vida entera.

DON FELIX.

Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.

ROBLEDA.

Por eso fuí yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.

DON FELIX.

¿Y os la dió?

ROBLEDA.

Y gracias con ella.
Conque asi, señor don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.

DON FELIX.

No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha salir mi esposa
De donde su esposo queda.

ROBLEDA.

¿Qué estais hablando, don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

DON FELIX.

Mas de lo que vos pensais
Mi mujer os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA.

¡Está su merced sin juicio
Por Cristo vivo!

DON FELIX.

—Ello es fuerza,
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.

ROBLEDA.

—Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue es preciso
Que oigais la verdad sincera.
Don Felix, doy por supuesto
Que ella os ama, doy que es cierta,
Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera,
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Sí, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved pues si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

DON FELIX.

—Sí puede ¡viven los cielos!
Que en la mujer no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble
Soy tambien....

ROBLEDA.

—Un calavera
Que os cansareis en dos meses
De una záfia lugareña,
Y la encerrareis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la córte
Vuestro oro con las agenas.
Creedme, señor don Felix,
Yo tengo mucha esperiencia

Y sé lo que son las cosas;
Dejaos pues de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

DON FELIX.

—Pues bien, viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

ROBLEDA.

—Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

DON FELIX.

—Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA.

—Don Felix, su merced vea
Que si dá un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua,
Con honor; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Asi Robleda diciendo
Metióse con faz resuelta
Entre don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.
Postróse á sus pies la niña
De miedo en llanto desecha,
Volvió en su acuerdo don Felix,
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
El mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

EL CONDE.

¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el Señor?

ROBLEDA.

No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás
Señor le defenderia.

EL CONDE.

¿Mi hijo á tu honor atentó?
Robleda en verdad responde.

ROBLEDA.

Al vuestro atentaba, conde,
A no impedírselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

EL CONDE.

¿Eso pensó? ¡Por mi fé
Que eres, Felix, un villano!

ROBLEDA.

Yo se lo dije tambien
Mas á fuerza, dijo airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

DON FELIX.

Pues bien, padre...

EL CONDE.

Calle el necio.
Robleda, tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido agena;
No has de partir, es mi gusto:
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas;
Y vé si mas necesitas
Que agradecido te quedo.
Y tú niña olvida á ese hombre
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor

Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Si no conde, con honor.

ROBLEDA.

La proteccion agradezco
Señor, mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

EL CONDE.

Entiendo tu repugnancia
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado;
Enviaré á Felix á Francia.
Y aquí el conde de Aracena
Volviendo el rostro á su hijo
Frunciendo el ceño le dijo
Con voz decidida y llena:
Y ahora vos caballero
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.

ROBLEDA.

¡A mí, señor!

EL CONDE.

Yo lo quiero.

DON FELIX.

Padre y señor, si esto es
Para vos buen desagravio
Con gusto pondré mi lábio
No en sus manos, en sus pies.
Mas ved que mi corazon...

EL CONDE (*interrumpiéndole.*)

No hay mas en ello que hablar,
Yo dél os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.
¡Hincaos: besad: muy bien!
Ahora montad é id delante,
Mas id por mejor talante
Por la estrella de Belén.
Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle,
Olvidaos de este valle
Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda,
Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Felix á donde
Su Aurora en llanto desecha
Recoge aquella mirada,
Que acaso la desdichada
Como la última aprovecha.
Mientras los pudo alcanzar
La vista sobre ellos tuvo
Cuando perdido los hubo
No pudo con su pesar.
Huyó de su alma el valor
Que hasta alli habia asistido
Y al fiu cayó sin sentido.
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde
Y envió á don Felix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor.
El conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda;
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.
Don Felix va caminando
Apesarado y mohino
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?
Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos:
Eso fué su porvenir.
Mas si dichoso en la córte
Y afortunado en la guerra
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el hidalgo en provincia
Allá en país estranjero
Venturoso aventurero
Medra en el mundo á su vez;
Si envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva respondo
En el corazon del conde
Del campesino el amor?
La juventud es la fuerza,

La imprevision la osadía,
La juventud con un dia
De suerte amiga no mas
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.
La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza
Damos tras ella en correr.
En pos de esa lumbre falsa
Afanado siempre el hombre
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y asi fué grande Alejandro,
Y asi inmortal vive Homero
Por su fortuna primero
Despues por su corazon.
Eso es el hombre, deseos,
Ambicion, fortuna, gloria,
Eso es su vida su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la mujer... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.
Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está:
El hombre egoista, avaro
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazon todo entero
Ella entre tanto le da.
¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desencajados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;
En vano pasas tus dias
De silencio y pesadumbre,
De tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afan.
«¿Si volverá?»—se pregunta

Todos los dias Aurora.
« ¿Qué hará don Felix ahora? »
En eso piensa no mas.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusion peregrina
No se realiza jamás.
En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razon.
Si acaso muestra en sus lábios
Al buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
De que pena el corazon.
Y pasa dia tras dia,
Consúmese hora tras hora,
Mas no consuelan á Aurora
La razon ni la verdad:
Los dias pasa en silencio,
Pasa las noches llorando,
Contínuamente arraigando
Su amor en la soledad.
« No llores, mi bien, la dice
» Desolado el pobre viejo:
» Al fin es mejor consejo
» Lo que se pierde olvidar. »
Y ella responde:—« Perderle
» ¿ Por qué ocultar que me pesa?
» Ya sé que mi suerte es esa,
» Mas dejádmela llorar.
» Yo os prometí, padre mio,
» No verle mas, no buscarle,
» Mas no prometí olvidarle,
» Que fuera imposible á fé.
» Su imágen está con fuego
» En mi corazon grabada,
» Y eternamente guardada
» En él la conservaré. »
—« ¿ Y piensas, pobre inocente,
» Que él conservará la tuya? »
—« Padre, quien quiera le arguya
» Por la palabra que dió.
» El será mi pensamiento
» ¡Mientras me dure la vida,
» Si él, padre mio, me olvida
» No he de culpárselo yo.
»Solo su bien es mi anhelo



Urrabieta del y lit. Lit. de J. Donon

"Yo os prometí, padre mio,
"No verlo mas, no buscarle,
"Mas no prometí olvidarle
"Que fuera imposible á fé.

»Y si á mi costa ha de hallarle,
»Quiera logrársela el cielo
»Si es venturoso sin mí.»
Asi á su padre llorando
Dice la infeliz Aurora,
Y el viejo oyéndolo llora
Porque el triste lo cree asi.
Y en esta penosa calma,
En esta intensa amargura,
Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En eonsolar á su hija,
Mas ella en don Felix fija
Desatendia su voz.
Pasaba el dia, la triste,
Al pié del cerro vecino
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Contínuamente sentada
En la pradera florida
Donde le vió â su partida
Por la postrimera vez.
Y el desdichado Robleda
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del sol cubriendo los rayos
Tras de su cortina lóbrega,
Del arroyuelo á la márgen
Está la infeliz Aurora
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada
Aunque atractiva y hermosa
Piensa en que el año se cumple
Y su don Felix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce sueño que adora,
Aún de su vuelta conserva
Una ilusion mentirosa.
Aún sale todas las tardes
A contemplar á sus solas
La senda por dó solia
Bajar por entre las rocas.
Aún vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creyendo verle á lo lejos
Doblar la empinada loma.
Mas nunca llega don Felix;
Jamás amiga persona
Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera,
Mas ¡ay! esperanza loca
El año entero se cumple
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,

Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusion esta vez;
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su sér, su historia.
Y en tanto desciende al valle
La aparicion venturosa
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y récio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas
Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz magestuosa,
Vaga sonrisa en los lábios
Mirada escudriñadora.
Tal era aquel estranjero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un «Dios te guarde.»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un «vengais en buenhora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima
Pobre niña?

AURORA.

—Ya lo veis
Llorar.

EL PEREGRINO.

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan jóven y ya te acosan
El corazon las desdichas?

AURORA.

Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme estranjero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.
¿Mas que te suspende niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGRINO.

Algun hermano...

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasion de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿Un hombre?

AURORA.

Sí.

EL PEREGRINO.

¿De española
Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes
Orígen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿Le amabas?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿Y se nombra?

AURORA.

Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿Altivo?

AURORA.

Y galan.

EL PEREGRINO.

¡Dichosa
La mujer que para suya
Tan buen caballero escoja!

AURORA.

¿Le conoceis?

EL PEREGRINO.

Sí por cierto,
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡Hablad por Dios!

EL PEREGRINO.

La fortuna
Le acude con mano pródiga.
Mas liberal cada dia,
De dicha y de honor le colma.

La Francia entera le aplaude,
Y vá su nave orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa.
El sábio rey Luis Onceno
Con ciega pasion le adora;
Y el príncipe sin empacho
Le admite en su misma alcoba;
Con ellos á caza sale,
Gran fama con ellos goza
De entendido y de valiente:
Y aunque parezca lisonja,
No fué mejor caballero
Con el rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad, buen viejo, callad!
Que la ventura me agobia
Al oir tan gratas nuevas.
Mas decidme, ¿tanta gloria,
Buen peregrino, del alma
Le habrá arrancado ambiciosa
El amoroso recuerdo
De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡Ay! todo el tiempo, hija mia,
Lo confunde y lo trastorna,
El curso á los rios tuerce
Y las montañas desploma.

AURORA.

Basta, peregrino, basta,
Que siento que sangre brotan
Las mal cerradas heridas
Que mi corazon destrozan.
¿Con que me olvida?

EL PEREGRINO.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Mas no sabeis?...

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

¡Triste de mí! Si él me falta

Todo lo demas me sobra.

Ya estas palabras sintiendo
Que las fuerzas la abandonan
El estranjero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora.
Cayó sin sentido en ellos
Y él blandamente dejóla
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

———

Cuando tras breve desmayo
La niña á vida volvió,
Tendió desatalentada
Los ojos en derredor
Y del arroyo á la márgen
Cuando sola se encontró,
—«Sin duda, dijo, he soñado,
»Asi sea, ¡plegue á Dios!
»Que á ser realidad, con ella
»No pudiera el corazon.
»Sí, sueño fué: el peregrino
»Que tales nuevas me dió,
»De mi loca fantasía
»Fué no mas una ilusion.
»Sí, todo ha sido un ensueño
»¡Mas cuánto me atormentó!»

En tanto avanzaba el lóbrego
Nublado amenazador,
Y ya á lo lejos se oia
De trueno el cóncavo son.
Zumbaba el viento arrastrándose
En torbellino veloz,
Mas sin templar de la atmósfera
El álito abrasador.
Caían de cuando en cuando
Precursoras del turbion
Anchas y redondas gotas
Que se tornaban vapor:
Y amedrentadas las aves
De abrigo preciso en pós
Cruzaban el aire denso
Sin segura direccion.
Solo el salvage milano
Con vuelo fascinador

Suspendido se cernia
En la azulada region,
Y á la impetuosa tormenta
Precediendo sin temor,
Giraba en círculos sesgos
Graznando en áspero son.
La senda con lento paso
De su alquería tomó
Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenacion,
Y por la arenosa márgen
Del arroyo saltador
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí arrancando un suspiro
Del fondo del corazon,
¡Qué hará don Felix! —Se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino
Creia sin embargo en la firmeza
De don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.
¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.
Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Asi pensaba Aurora
La vuelta de don Felix esperando
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna,
La fama y los honores que adquiria
Creia sin cesar, sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada
Por la senda tendía.
La vista enamorada
Creyendo que don Felix volveria.
Embebida en tan dulces pensamientos
Una tarde de julio calurosa
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo

En lágrimas de amor humedecidos
Distraida fijaba
Sin fé ni objeto por su azúl perdidos.
La imágen de don Felix
Mas que nunca amoroso,
Mas que nunca galan veia acaso
Que á su valle volvia
Con ciego amor y presuroso paso.
Y ella ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le tendia
¡Mas ay que la vision nunca venia!
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efímera ventura
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir... y no veía
Mas esperanza que la tarda muerte,
¡Pesadilla fatal que la oprimia!
Y aquella bienandanza
En que soñó á don Felix, la privanza
Que en Francia con el príncipe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira,
Todo ilusion de su alma enamorada
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira
Su esperanza infundada!
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusion tenaz conspira
De su amor á que dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas!
¡Con cuánta fé tu corazon le adora!
Y asi sin claro objeto
Y sin clara razon la pobre niña
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora,
Y del límpido arroyo en la ladera
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,

Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasia
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años, imágen
De un sueño amedrentadora.
El es, con su blanca barba,
Su paso y faz magestuosa
Su indefinible sonrisa,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El es, sí: y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Felix rico y dichoso
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Heredero del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... nécia sin ventura
Que de firmeza blasona
Conserva de quien la olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba
Cuando á sus oidos próxima

Oyó una voz que decia
«*Dios sea contigo Aurora.*»
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino.
Tras larga pausa así hablóla.
—¿Aun vives niña y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Con que es verdad que á don Felix
Protege fortuna pródiga,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿Con que es verdad y no sueño
Que há dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¡Ah! quien quiera que seais
Hombre, ó vision ilusoria
Que desde Francia venís
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza, volveos,
Tornar á esa Francia odiosa
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas,
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Con que es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¡Fortunado de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda
Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora:
Sí, *mas yo solo á quien amo*
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¡Mas si él te ultraja!...

AURORA.

En amarle
Yo pago una deuda propia,
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor celosa...?

AURORA.

No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿qué importa?
¿Por qué la ventura agena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.
Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora
Quedó al parecer tranquila;
Mas ¡ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que ni estingue ni sofoca
La virtud que la consuela
Pero que su amor no doma.
Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa
Al fin el viejo estranjero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada mejilla
De amargo llanto una gota.
Y Aurora tornando el rostro
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y estraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa.
—¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo es dar
En necedad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Sí, siempre verle quisiera
Mas sin que él verme pudiera
Que fuera aguar su placer.
Sí, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.
Verle, oirle, noche y dia,
Poder cuál ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.
Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que es delirio nécio!...
La voluntad os aprecio
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

No hay cosa que alguien no pueda:
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,

En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta
Enterrado en su poltrona
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas; su Aurora.
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.
En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus gentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano sus pies besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices—«Conde
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo...! Levántate
Entre el seductor y Aurora!»
La estátua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncaba
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La Aurora del nuevo dia
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba

A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida,
Llora, desdichado, llora.

VIII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedranta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demas su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncabos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.
Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vijías se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.
Allí á merced del ábrego tendida
De remate sirviéndola tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida
De aquella tierra protectora ejida
Es bandera feudal, y es española.
Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la estranjera posesion estraña
Para lavar con sangre una mancilla
Podia en solo un sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrantar la tierra.
Era española; sí, su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles

Los timbres de Leon y Andalucía
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.
En esta solitaria fortaleza
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus nécias ceremonias vanas
En los brazos del ócio y la pereza
Un conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.
Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efímeros deseos
Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamente dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto escesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.
Y asi el señor don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.
Y orgulloso ademas, (que al cabo era
En España nacido)
De contínua fortuna lisongera
Por demas protegido.
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaría?
Era una noche azúl, serena y clara;
Resplandecia en el cenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.
Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente

Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.
El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensordecia el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura.
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
Que de atentas camareras cortesanas
Viejo escudero, ó pajecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban,
Y aunque ya no se oian de contado
Las váquicas canciones
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera
De la noche apacible
Y la luna á su hora postrimera
Cuando en su rica y silenciosa estancia
Bajo el dorado pabellon del lecho
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho
En el lenguaje de la culta Francia
Asi seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es feliz adorado
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar: te has engañado.
Solo intentaba pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa
Toda sospecha ruin; y no te crea
Por igorarla sin razon zelosa;

Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta.
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus percances
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuento.

DON FELIX.

Pues escúchame ya ¡Clotilde mia!
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño
Ese favor de más ¡oh dulce dueño!
Deberemos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Felix mio, que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací espsñol; lo sabes por mi trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi pais doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena.
Para avaro heredero corto estado
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestione s
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego
De fárrago atestando mi memoria
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.—
Este viejo Fermin que habita ahora

Con nosotros aquí, franco soldado
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro
Cuando á próvida edad hube llegado
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar sería.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
Por la córte y el rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.
Y aqui, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿Hay algun pecadillo
De amor?

DON FELIX.

Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡Bravamente!
Pláceme el cuento asi, franco y sencillo.

DON FELIX.

Tenia entonces yo veinte y dos años,
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza,
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo comó ser debia,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi desmantelado castillejo
De un valle á el vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra

Al javalí y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.
En este estado pues cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE.

¿Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ¡Clotilde mia!
Mas de tu claro sol, vívida estrella,
Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó: con infantil locura
De la pasion en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja
Sin duda por su padre sorprendida
Me iba á huir sin razon, ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE.

¿La amas pues todavía?

DON FELIX.

¿A quién despues de tí, Clotilde mia?
Mas ella la infeliz allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto
Acaso vivirá muy desdichada
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¡Y aun guardas su memoria inestinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.
  Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pós de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugia
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oían los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.
«¿Oyes, Clotilde?» preguntó don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¡Mas escucha!... parece,

Felix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.

Eso será.

DON FELIX.

Si á fé.

CLOTILDE.

Mas parecia
Que alguna voz humana...

DON FELIX

Pura imaginacion, Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oir el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediacion amedrentaba.
Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento
En las caladas piedras estrellándose
Bramaba airado con salvaje acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada mujer; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oirse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detrás de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,

De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian
Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oido,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de mujer que trémula suspira.
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mujeril tierno y amante
De hondo misterio incomprensible henchida
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola
Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ortentoso;

Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Qué vés?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra
Felix, que ese aire mata.

DON FELIX.

Cierro y durmamos, qué se acerca el dia,
Y si el aire las nubes arrebata
Mañana haremos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso dia
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazon habia
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron ¡
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Felix
Cuando Fermin su viejo camarero
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza esclamando aragonesa:
—¡«Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la gente?
Levantaos, señor, y daos priesa
Que no quiero que os llame negligente

Esa orgullosa multitud francesa.»
Lo cual Clotilde oyendo
Díjole sonriendo;
Fermin, ¿qué audacia es esa?
Y él contestó la frase corrigiendo.
«Perdone mi señora la condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola
Mas unida á mi amo es ya española.»
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto si nó muy bien fuéle ataviando.
Y díjole don Felix:
A esos señores dí que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
—Obedece, Fermin, que el dia pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.
Salió el viejo, y don Felix
Ya vestida su esposa
Abriendo la ventana, esclamó al cielo
Mirando ¡qué mañana tan hermosa!
—Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo.
A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba mudo de sorpresa
Volverlos á apartar... y la condesa
Viendo que ni se mueve ni responde
Llegóse apoyándose en su hombro
Siguió su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro,
Pura, olorosa, fresca y solitaria
En una grieta que en el muro habia,
Vejetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.
Ocultas en el hueco sus raices,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores
Dijeran que la flor salia ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores;

Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galan esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne sû beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podian
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendian
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecian,
Cuyos lienzos plegando una hechicera
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Sí á fé: los de Clotilde parecian
El espíritu y la luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecian
Cuanto mas la miraban sus primores:
De su cáliz asi se desprendian
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á do Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaban.

Si tendia su mano hasta cojerla
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla
Se esponjaba al favor agradecida:
Si llegaba con su álito á mecerla
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

¿Cuándo ha nacido esa flor?
Dijo el conde á la condesa.
¿No has sido de esta sorpresa
Díjole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡No, á fé mia!

CLOTILDE.

Yo pensaba
Que tú la hubieras traido.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¡Estraña naturaleza!

CLOTILDE.

¡Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Como de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡Raro portento!

DON FELIX.

Sí, á fé.

CLOTILDE.

Y que olorosa y que bella.

DON FELIX (*alargando la mano para cogerla.*)

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole.*)

No la cortes no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,
Paréceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tu quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuanto asi pueda vivir;
Y... ¡ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera!

Y asi hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.
Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares vária,
Y al volver la condesa al otro dia
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raices.
Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.
Y un dia se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.
La condesa que hechizada
Con su hermosa flor vivia,
Pasábase todo el dia
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era
Mas lujurioso do quier.
Por do en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendian una raiz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.
A par que se iba cerrando

Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follaje
La flor colgada en el centro
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.
  Allí del sol y del viento
Y del turbion guarecida
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y allí conforme pasando
Iban los dias por ella
Amanecia mas bella
Y con hechizo mayor.
  Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y allí sin duda orgullosa
A reinar sola venia,
Pues ella se suspendia
Su primoroso dosel.
  Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos
Guardábanla cuidadosos
De todo estraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un dia en que veces ciento
No entráran en su aposento
De la flor con el afan.
  Para velarla á las aves
De la ventana por fuera
Tendieron una ligera
Y sutilísima red,
Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de dia
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.
  Allí pasaban las horas
Los condes enamorados
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
E íbanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.
  Así olvidados y agenos

De amistades é intereses,
Iban pasando los meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendria
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Seria el campo un erial.
Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vejetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.
Tal vez simpático afecto
Hácia la flor la arrastraba,
Y un sér oculto adoraba
En su capullo gentíl,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantíl.
Le saludaba gozosa
Cuando el capullo se abria
Y al plegar le despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
El que aquella pasionaria
Algun alma solitaria
Recibir su estimacion.
El inocente capricho
Su amante esposo reia
A su loca fantasía
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.
Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecía la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el dia,
Y siempre á abrirle volvia
Con mas hechizo y primor.
Nunca brotaron sus ramas

Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca;
Ni la arrebata el turbion,
Ni el crudo cierzo la hiela,
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estío
Benignos al par la son.

Señor, (á don Felix dijo
El viejo Fermin un dia)
A no ser vuestra diria
Que hay hechizo en esa flor.
—¡Hechizo Fermin! ¿qué dices?
—Cosa de encanto parece
Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.
Mi señora la condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.
No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe,
Y hacer á una flor la córte
No es cosa que manda Dios.
Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado,
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡Y ojalá que pare en bien!
—¿Qué quieres decir?
—Yo nada,
Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais;
Que no sois francés recuerdan
Y corren aunque en secreto
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.
Dicen que habeis sometido
Por medio de un sábio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del rey;
Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia



Urrabieta del y lit. Lit. de J. Donon

Quedóse á solas D.n Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.
Y en fin señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma
Un dia me rompo el alma
Con el mejor del pais,
Y con tres zaragozanos
Que meta entre esos franceses
Hay una de aragoneses
Que se estremece París.
—¡Bah! buen Fermin, no desbarres
Soñando con tus paisanos.
—¿Y los tres zaragozanos
Que os sirven?
—¿Y qué son tres?
—Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte
Ya sé yo que el gran Prevoste
Con su ronda vuelve pies.
Fermin, replicó don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion.
Y esto escuchando á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas don Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin
Estranjero y largo tiempo
De la córte retraido,
Y acaso el rey prevenido
Estando ya contra él;
Por bizarro y opulento,
Con muchos enemistado;
Y de muchos envidiado...
Era algo ruin su papel.
Audaz por naturaleza,
Por español altanero,
Valiente y buen caballero
Sufriera un desaire mal:
Y en su honor y antigua fama

A mantenerse resuelto
Hubiérasele devuelto
Al mismo rey por igual.
Mas existia otra causa
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedia partir;
Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Habia tal vez vivido
Sin dejarse percibir.
Aquella flor que gozando
De una frescura infinita
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenia oculta influencia
En su propio corazon.
Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afan,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Habia el poder cobrado
De un dañoso talisman.
De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El mágico aroma apenas
Sentia dentro sus venas
La sangre inquieta correr.
De aquella flor á la vista
Sentia que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardia un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.
Jamás entibiado habíase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó
Hasta aquella horrible noche

De repentina tormenta
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.
Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió el mismo su ventana,
Mas la Pasionaria al ver
Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.
Vago y sin fuerza hasta entonces
Y allá en el alma escondido
Recuerdo tal habia sido
Un imperceptible imán,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.
El, de sí mismo con miedo
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo habia dicho
Ni aun á si mismo jamás;
Mas el buen zaragozano
Fermin la ruda franqueza
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.
Entonces con claros ojos
La realidad contemplando
Fué don Felix empezando
La verdad á comprender:
Por una parte alarmada
La suspicacia francesa,
Por otra víctima y presa
De unos hechizos su sér.
De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fué cosa imposible al fin,
Y de la flor el secreto
Por último divulgado
Por do quier fué interpretado
Con la malicia mas ruin.
Ya con amistad fingida
Y con pretestos capciosos
Legaron varios curiosos
El castillo á penetrar:
Del español envidiado

En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.
Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver,
Mas enojado don Felix
De su impertinente audacia
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.
Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existia la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente
Tuvieron por evidente
Un sér maleficiador.
Dieron al conde don Felix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.
Don Felix que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.
Y un dia que ambos gozaban
La bella flor contemplando
Conversacion entablando
Dijo don Felix así:
—¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una mágia estraordinaria
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo

Que me parece que vivo
Donde ella vive, mejor.
Nada con ella echo menos
Y en su presencia me place
Sentir Fèlix que renace
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde:
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Parèceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,
Y la ventura nos huye
Para no volver jamás.

CLOTILDE.

Felix ¡ tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el orígen
Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso nó; cuando la vimos
La acojí bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar,
Aquí esa flor ha nacido
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aqui Felix por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Felix mio, perdóname
Si mi amor te la defiende

¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?
Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante.
¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme; dí?
No; los gustos peligrosos
De la nécia córte olvido;
Hélos ya sustituido
Con su inocente primor,
Y aquí en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Mas no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.
Y asi diciendo, en los brazos
Cae Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y asi su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.
Y uno tras otro asi fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La Aurora cada mañana
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

X.

¡Ay del que nécio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follaje
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de don Felix se veían,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrio.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,

Y de pesar el corazon transido
Yace don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus lábios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mústio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
—No hay remedio, Fermin, dijo don Felix,
Los doctores asi me lo aseguran.
—Los doctores, señor, por si la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
—¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.
Y aquí callando
Tornó al llanto don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razon llorar por la condesa,
Pues de dolencia inestinguible presa
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor conde y el mejor vasallo.
Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba.
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuviéronse en silencio los doctores
Al dintel con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.
Acercaos, señores,

Don Felix dijo al fin, darame ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aún?
—«La ciencia vana
»De los hombres, señor, no encuentra alguna.
»Solo de Dios la ciencia soberana
»Sabe que sol alumbrará mañana,
»Y vé de todos el sepulcro y cuna;
»Fuera de esa esperanza no hay ninguna.»
Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante
Del cuarto los empíricos salieron
Y del castillo á do jamás volvieron.

Su fin tocaba el dia
Y más densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbra escasa lámpara, se queja
Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
La tez rosada y pura
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus lábios sin color no se despliegan
Con amorosa y celestial sonrisa
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Que no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los mágicos hechizos
Del torneado cuello
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene amante con su mano asida
De don Felix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso conde que la adora

Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras dé su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
—¿Porqué lloras, mi bien? le preguntaba
La moribunda esposa.
Y con voz cariñosa
—«No lloro» el infeliz la contestaba,
Y ási plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Sí, sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE.

No, Felix, no me engaño, te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazon.

DON FELIX.

Clotilde mia
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

Ay Felix, es en vano tu porfía,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero dia.
¿Me amas aún?

DON FELIX.

—Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿estiende todavía
Sus hojas ante el sol? ¿han decaido
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos dias no mas.

CLOTILDE.

Años perdidos
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aquí?

DON FELIX.

Tal vez corriendo
Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte inplacable al ser despojos.
Abrió en esto don Felix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobregüez de sondear.
Tendió á la ventana el conde
En las tinieblas la mano
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojas de par en par.
El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido

Y de la luna sorbido
La trémula claridad.
Aun fresca olorosa y pura
La encantada pasionaria
Vejetaba solitaria
En su enramado vergel.
Y aunque no pueden los ojos
Percíbirla en la distancia
Revela bien su fragancia,
Su eterna presencia en él.
¿Dónde estás, dijo Clotilde,
Flor mia que no te veo?
Si comprendes mi deseo
Déjate ver, linda flor:
Siento ¡ay de mí! que al buscarte
Los ojos se me oscurecen;
Muéstrate flor si merecen
Mis ojos ver tu color.
A estas palabras del lecho
De la moribunda enfrente
Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz
Producida en las tinieblas
De la culta Pasionaria
Por la esencia estraordinaria
Y la mágica virtud.
Retrocedió amedrentado
La luz fantástica viendo
D. Felix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar
Ni á respirar se atrevia,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar.
Acudió él triste solícito
Al pié de su cabecera
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó
«Escucha, Felix, sentada
»La muerte á mi lado veo
»Mas un estraño deseo
»Al sentirla me asaltó,
»Y dulcemente la vida
»Mi espíritu abandonára
»Si este deseo lográra.»
—¿Cómo logrártele? dí.
—De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo

Este capricho un disgusto.
—Aca! a
—¿Consientes?
—Sí.
—«Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguiérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues quo me debe su sér.
Sí, apenas contaba un dia
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele y al sepulcro
Tranquila y contenta voy.»
Quedó aterrado don Felix
Propuesta tal escuchando.
La mano tener no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,
Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.
A comprender esta idea
Su mente no se atrevia,
Su voluntad resistia
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
Le tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crímen á cometer.
Sí, sometido al influjo
De un vértigo incomprensible
Sentia en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un sér incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazon.
Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afan,

Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.
¡Cielos! esclamó espantado
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
—Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mí.
Desatinado y atónito
Tomó una lámpara el conde
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hácia la flor le inspiró.

Pálida, fria, y sin aliento apenas
Enamorada aun y encantadora
En lugar de la flor yacía **Aurora**
En medio del oculto camarin.
Contemplábala atónito don Felix
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.
Y aun amoroso el rostro moribundo
Díjole asi con voz desfallecida:

—«He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fuí.»

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor a tu ventura;
Tu no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido



Urrabieta del. y lit. — Lit. de J. Donon

Y aun amoroso el rostro moribundo
Dijole asi con voz desfallecida:
—„*He estado junto á ti toda mi vida,*
Y muero con mi amor cerca de ti

Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino
Y tú mismo al cortar mi Pasionaria
Cumplistes mi recóndita plegaria.
Recibe pues, mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.
Tendió don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivia,
Y que á Aurora buscaba todavia
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

FIN DE LA LEYENDA QUINTA.

LEYENDA SESTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON
SOBRE LOS NOVÍSIMOS.

TRADICION.

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.
Lo que mas te plazca de ello
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.
Querer dar con la verdad
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.
Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento:
Me daré por muy contento
Si es que consigue agradarte.
Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa aunque leve
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiro.
Dejemos la verdad pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.
Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiero.
La razon fria y severa
No hallará esta fantasía

Muy de su gusto, á fé mia;
Pero piense lo que quiera.
El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento:
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.
No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzembusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.
Él, verídico escritor,
Me garantiza esta historia.
Pues yo soy., pese á mi gloria,
De mentiras profesor.
Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.
Empiezo mi cuento pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor,
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA GALANTERIA DE PONER Á MI LEYENDA SESTA.

Pero antes que en el Duero se sepulte
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreon se eleva,
Mónstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.
Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole vé sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.
Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un dia,
Centellea en su frente todavia
La llama del espíritu marcial.
Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazon de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su lâbio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡*Santiago y libertad*! apellidó.
—«¿Por qué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo,

Por qué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero
¿No es lícito la espada desnudar?»
Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido
Moribundo imploraba compasion;
Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,
Decia el estranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás:
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza:
«No reinarás sobre mi suelo mas?»
¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que sino te fuera grata
Porque soltando el báculo de plata
Del profano baston el puño asi?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
Tambien en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.
Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa si combate á su verdugo
Que sin union es fuerza perecer.
Perecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal,
«¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»
Una voz pavorosa le responde;
«Porque te espera muerte de dogal.»
Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa

Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se vé.
Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena
Con desplegar el lábio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.
«En nombre de don Cárlos os lo mando»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en valde
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
«Obedeced» el bárbaro repite
Los satélites claman ¡sacrilegio!
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.
«No teme el vengador de la justicia
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.
Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano
A ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrílego llamó.
Y llegaron, y dijo: «Comuneros
Que desdorar quisísteis la corona,
La clemencia de Cárlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando á un hierro
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando
Pasmada de terror y de piedad.
Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;

Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazon.
　Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus pies.
　«Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabeis vuestro destino;
Sed fieles al invicto emperador »
Y salió del castillo á lento paso
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Cárlos
Y es inútil lamentarle,
Su crímen fué ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo.
¡Caiga en él toda su sangre!
En vano gritó Castilla
Contra el sacrilegio infame,
Que estaba el rey de por medio,
Y fueron voces al aire.
Dióse por traidor al muerto,
Y para mas ultrajarle
Su infamia estendióse á todos
Los que su nombre llevaren.
Dió el emperador por bueno
A su juez, pródigo honrándole
Con su amistad, y él fué un tiempo
Su lebrel mas formidable.
Ansioso de distinguirse
En su servicio, y mostrarse
Agradecido y celoso
Por los intereses reales,
Atropelló sin escrúpulo
Cuanto encontró por delante,
Sin que justicia ó nobleza
Fuesen valla á sus desmanes.
Que en él fué delirio al cabo
Lo que al principio coraje,
Y la sed de su venganza
Degeneró en insaciable.
Era su presencia agüero
De horrendas calamidades,
Y era su nombre un conjuro
De desventuras y males.

Seguíanle por do quiera
En apiñada falange
Alguaciles y verdugos
Con hachas y con dogales.
Donde fijaba la planta
Su huella marcaba en sangre,
Donde ponia los ojos
Iba la muerte á sentarse.
Como destructor cometa,
Como fantasma impalpable
En todas partes se hallaba
Sin distincion de lugares.
Y un encuentro, una palabra
Casual ó poco esplicable,
Una plática en secreto
O una seña poco fácil
De comprension, una muerte
Evocaba en el instante.
«Comuneros son (gritaba)
¡A ellos, prenderles... matarles!»
Y nunca volvió sin presa,
Que era plan irrevocable
No hallar jamás inocente,
Ni justiciar nunca en valde.
¡Ah! no hubo español valiente,
Cuyo sueño no turbase
Alguna vez de Ronquillo
La amenazadora imágen.
Pues por dar con un rebelde
Pasára sobre el cadáver
Poco es del mejor amigo,
De su esposa y de su madre.
Mas tan caduca es la vida
Y todo en ella es tan frágil
Que se hunde lo mas brioso,
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
Tendido en su lecho yace
Llena de angustias el alma
El desapiadado alcalde.
Los ojos desencajados
De las cuencas se le salen
Como si espantados vieran
Mil espectros rodearles.
La cólera y el terror
Pintados en el semblante,
Pide al mismo tiempo auxilios

Mundanos y espirituales.
A veces sobre su lecho
Iracundo incorporándose,
«Llamádme al Rey» dice á gritos
Con feroces ademanes.
A veces entre la ropa
Atribulado ocultándose,
«Que traigan un confesor,»
Dice con voz lamentable.
Y corre desalentada
Su gente plazas y calles,
Unos en busca del rey
Y otros en busca de un fraile;
Mientras el vulgo enumera
Los infinitos desastres
Que lleva detrás el nombre
Del golilla agonizante.
Y no hay en Valladolid
Una casa ni un linage
Que con dudosa impaciencia
La muerte del juez no aguarde.
Parece que mientras viva
Sobre la tierra un instante
Sus miradas y su aliento
Han de emponzoñar el aire.

Que asi mueren los impíos,
Sin ser llorados de nadie,
Y agobiados bajo el peso
De su conciencia culpable.

II.

Asi en su lecho Ronquillo
Ya casi á espirar cercano,
Un Crucifijo en la mano
Y á su lado un confesor,
Su hora postrera aguarda
En oscura incertidumbre
De su fé muerta la lumbre,
Vivo de su alma el terror.
Los recuerdos de una vida
A la ambicion consagrada
De crímenes mil sembrada
Secretos entre Dios y él
Hervian en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.
Allí con faz iracunda
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision,
Y sus hijos y su esposa
Víctimas del abandono
Pedíanle con encono
De aquella sangre razon.
Allí el engañado amigo
Y la mujer deshonrada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud
A recias voces pedian
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataud.
Revuelve el juez por do quiera
Los ojos desencajados,
Mas por do quiera apiñados
Sangrientos fantasmas vé;
Do quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia

Y contra justicia fué.
  Y al través de cada pliegue
Del cortinaje ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.
  Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra el dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.
  Y en vano el mal juez le tiende
Su mirada suplicante,
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta
Que mata con deshonor.
  «Mi fama importaba poco:
»(Dice el obispo insepulto)
»Si el crímen quedára oculto
»Menos mi sangre en verdad.
»Pero ¿no viste ¡sacrílego!
»Que habia en mí mas que un hombre,
»Y que iba unida á mi nombre
»Mi sagrada dignidad?»
  —«No, (gritaba el moribundo)
»No á mí esa cuenta me pidas:
»La ley cortó vuestras vidas
»Acude á quien la dictó.
»Rebeldes, á muerte fuísteis
»Condenados y en conciencia
»Será injusta la sentencia
»Mas no quien la ejecutó.»
  —«¡No! (reponia la sombra)
»¡Mientes¡! si hacerte le plugo
»Su juez, jamás su verdugo
»Te nombró el emperador.
»¡Mientes, sí, dióte la vara
»Que aunque castiga no humilla,
»Mas no te dió la cuchilla!

»Ni el dogal infamador.
»Cuando oscilaba mi cuerpo
»Colgado en el barandaje
»No recibí aquel ultraje,
»De tu rey, sino de tí.»
Y esto diciendo la sombra
De Acuña el dogal mostraba
Y él con la vision luchaba
Sin ahuyentarla de sí.
«¡Huye! el infeliz decia,
¡Huye, delirio funesto!»
Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.
«¡Huye!» escondiendo la cara
Entre las ropas decia,
Mas siempre, siempre veia
El mismo espectro cruel.
En tanto el sol su occidente
Y el dia su fin tocaba,
Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pós:
Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando
Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.
—«La vida es breve é incierta,
»Morir es negocio grave,
»La hora nadie la sabe»
Le decia el confesor;
Mas él sin oirle casi
La moribunda mirada
Tendia desesperada
De la puerta en derredor.
—«¡Si hubiera, padre, un menguado
»De esos doctores, decía
»Que cortára mi agonía
»Hasta que viniera el rey
»Le hiciera pesar en oro!...
»Mas toda es farsa su ciencia
»Y á su orgullosa impotencia
»Siempre el mal pone la ley.
«¿De qué les sirve el estudio
»De esa facultad mentida
»Si se les huye la vida
»Y vence la enfermedad?»
—«¡Pensad en Dios, replicaba
»Compasivo el religioso,
»Buscad señor el reposo

»En su incierta eternidad!»
Mas el alcalde impaciente
Siempre mirando á la puerta
Su atencion mostràba incierta
Entre el rey y el confesor
Decíale este: «él reparte
»Con el justo su corona»
Y él decia «su persona
»No tuvo adicto mayor.»
«¡Mas me olvida, cuando siento
»Presa mi vida en un hilo
»Y él solamente tranquilo
»Pudiera haçerme morir!»
Y asi Ronquillo diciendo
Con superstición impía
En el rey ¡nécio! ponia
Su esperanza y porvenir.
Decia el fraile: «¡habed cuenta
Que eso el diablo no os arguya!»
—Con una palabra suya
Me salvo, decia el juez.
Y oraba el buen religioso
Por él fervorosamente,
Y él murmuraba impaciente
Una maldicion tal vez.
Al fin abrióse la puerta
Y entró por ella embozado
Un hombre pálido, armado
De una espada y un baston;
Sobre cuya negra ropa
De seda á un cordon asido
De su cuello suspendido
Brillar se vía un toison.
Tendió por el aposento
Rapidísima mirada
Este hombre desde la entrada,
Y con perezoso pié
Llegó al lecho de Ronquillo
Mientras el buen religioso
Acercóle respetuoso
Blando sitial y se fué.
Sentóse á la cabecera
Del juez el recien llegado,
Y con aliento apagado,
De este modo el juez le habló.
A cuyas voces el otro
Sus razones esponiendo
Preguntando y respondiendo

Diálogo tal se entabló:

EL JUEZ.

Ya príncipe, y señor mio,
Cercana mi muerte siento,
Pero no es mi sentimiento
Mayor el verme morir;
No es dejar mi casa y gente
Sobre la tierra olvidada
Cuando por vos amparada
Sé señor que ha de vivir.
Solo una cosa quisiera
¡Oh gran señor! demandaros,
Y por cuanto hay conjuraros
Para obtenerla de vos.

EL REY.

Sabes Ronquillo que siempre
Tu amigo mejor he sido,
Y sé cuan bien me has servido;
¡Prémiete en la gloria Dios!
Cuanto por ello me pidas
Mi amistad te lo dispensa,
Con tal que no sea ofensa
Del Señor, concluye pues.

RONQUILLO.

Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.

EL REY.

Ronquillo, dálo por hecho,
Mas acaba, dí lo que és.

RONQUILLO.

Oidme señor; yo espiro
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
Podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
No temo, que le fué en pos.
No, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme,
Yo dí á vuestro padre informe
De cuantas sentencias dí:
Mas la de Acuña me aflige,
Librarme de ella deseo

Que por todas partes veo
Aquel obispo ante mí.
Si vos, señor, compasivo
De mi conciencia en descargo
Quisierais tomarla á cargo
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera:
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Bravo
Y á los rebeldes matar.
Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplia
Pues probé su rebeldía
Y le séntencié por tal.
Y asi diciendo el alcalde
Que alentaba con trabajo
Miró al rey, que cabizbajo
Meditaba en su sitial.
¡Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los reyes
Y se aconsejaban de él,
Supersticioso y fanático
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.
Mas vió con gran desconsuelo
Que allí en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el rey muy compungido
De no complacerle en esto
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:
—«Hijo mio: tú no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir.
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecára
Dios me lo echaría en cara
Y ¿qué le iba yo á decir?
Responderle no podria
De lo que yo no supiera
Y Dios condenar me hiciera
En vuestro lugar á mí.
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo,

Carga tú pues con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí.
Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber Ronquillo hiciste,
Y no hay porque recelar.
Mas si á tu interés miraste
Sus órdenes escediendo
Que injusto es por ello entiendo
Al emperador culpar.»
Y asi diciendo con calma
Al alcalde moribundo
Salió Felipe segundo
De allí con rápido pié.
Y era este alcàlde sin duda
Hombre de grande importancia,
Cuando hasta su misma estancia
Felipe segundo fué.
Desde este fatal momento
Y desque oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta
Del desconsolado juez:
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia
Acudió á la penitencia
Humillando su altivez.
Al fin con señales santas,
Y cristianos pensamientos,
Recibió los sacramentos,
Nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa se asegura
Que le dieron sepultura
Bajó un altar que él dotó.
Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita
Y la riqueza inaudita
Del recamàdo tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre
En espresa muchedumbre
Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente dia
En que murió Ronquillo,
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba, aunque entre mármoles yacía
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo rey por cuenta
Celebrarse debian
Y sin duda serían
Magnífica funcion, cosa opulenta.
Pues era justo que quien tanto ruido
En el mundo mortal metió viviendo
A la mansion bajase del olvido
Con pompa, con escándalo y estruendo.
Y un monge reverendo
De edad provecta y elocuencia suma
La fúnebre oracion tomó á su cargo,
Y en que saliera voluntad poniendo
Obra maestra de su docta pluma.
Tomó pues en la oscura biblioteca
Ancho sillon de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso
Volúmenes traidos para el caso
Péñola blanda, y colosal tintero.
Ojeó á San Agustin y á San Crisóstomo,
Y trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas
Dentelladas de uñas unas cuantas,
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y así á veces el techo contemplando,
Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito
Y periodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillon arrellanándose
Unas borrando y otras añadiendo
El bendito sermon iba saliendo.
Y ya el buen fraile el parabien se daba
Notando que al epílogo llegaba

Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus periodos inconcusos,
Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oidos
Tremendo son de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyósele la pluma de las manos,
Borrósele el sermon de ante la vista
Al son de aquellos gritos sobre humanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta
Trémulo el corazon, roto el aliento
En la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entretanto el estrépito crecía
Y mas á cada punto se acercaba
Y mas horrendo cada vez se hacia
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejaba del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido;
Ya de desolacion íntima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la borrasca fiera
Con que la mar retumba en la ribera.
Giró la puerta al fin sobre sus goznes
Y dió paso su hueco á un enlutado
Que entró sin ceremonia y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras
Fantásticas y feas
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.
Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y encomendando á Dios el alma imbécil
Ante la negra aparicion postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazon menguado
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito viendo tal postura
Díjole con voz dura:
«No dobles insensato la rodilla
»Al mas ínfimo sér que alienta y sufre
»Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
»Levanta, miserable, de la tierra
»Y guia á la capilla

» Do yace el cuerpo del maldito alcalde.
» Que para tu sermon lo que allí veas
» No te será por Dios pasado en balde.»
  En vano el monge conjurar quisiera
La aparicion con la palabra santa
De oracion eficaz, inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Temblando y cabizbajo echó delante
De la turba infernal que silenciosa
Caminaba tras él paso distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ojivales
Pasaron lentamente en dos hileras
Aquellos cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncavo crujiesen
Sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesen
Sobre los muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponía á la luz compacta oscura
Su masa corporal: la luz en torno
No se estendía no de su contorno,
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
Como se vé variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecía que era solamente
Cada figura un árido esqueleto
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular quería
Mas dar con la apariencia no podía.
Así llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa,
Do escribieron en vano «aquí reposa.»
Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda
Entró su alma inmortal en el desierto,
Cercó la turba el féretro, y la losa
De su su gefe á la voz dócil girando
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno en noche oscura
De cuervos roncos la bandada espesa.
El enlutado entonces que mostraba

Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó en un pergamino que llevaba
Leyendo en torba voz de esta manera:
«Mirando los pecados infinitos
»Con que manchó su vida y su conciencia
»El alma de este juez, y sus delitos
»No mereciendo de su Dios clemencia
»Y en la balanza igual de su justicia
»Pesando mucho mas que su inocencia
»La venganza, el orgullo y la avaricia,
»Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
»Con el alma á sufrir males eternos
»Por una eternidad en los infiernos.»
Y á estas palabras la infernal caterva
Del vil cadáver con furor asiendo
Iba á ensayar en él venganza acerba
Con ira horrible y tronador estruendo,
Cuando á la voz de Satanás cediendo
El tumulto feroz, el triste monje
Que el juicio eterno á su pesar veía
De esta manera oyó que le decía:
«Refiere tú en el púlpito mañana
»Lo que has visto esta noche, y quien osare
»Dudar de esta justicia soberana
»Que en este muro nuestra huella vea
»Y ante esta marca se horrorice y crea.»
Y asi diciendo con su negra mano
En la pared trazó círculo oscuro
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando despues en la pavesa
Por el ancho y mefítico agujero
Huyeron los fantasmas con su presa,
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.
Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacía sepultura
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparicion impura;
Hasta qne ál cabo de terror transido
Desfalleció sin voluntad ni aliento
Y cayó sin sentido
Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido,
Brotó la tempestad: rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujieron
El rayo de las nubes desatado
Y el granizo con furia desgajado

Que al paso audaz del huracan siguieron.
  Al iracundo estrépito maldito
Estremecióse la ciudad dormida,
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito:
Y al desórden ignoto
Que vió desbaratar los elementos
Tembló el malvado y se humilló el devoto
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.
  Y diz que al otro dia
Todo Valladolid se despoblaba
Y la tumba vacía
A contemplar venia
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creia
Y á su Dios adoraba...
¡ No era cual hoy la multitud impía!

  Perdona, ¡oh buen lector! si en un esceso
De humor fatal con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma pinta
De ciego amor el voluptuoso halago,
El bullicio del circo y los festines,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazon respira
Placer, y delicioso arrobamiento,
Ni siempre suena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.
  Tal es la tradicion: así la cuenta
El pueblo por do quier, y así la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escucho y te respeto
Relacion esmerada y esquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagráviete pues *mi* FAVORITA.

FIN DE LA LEYENDA SESTA.

LEYENDA SÉTIMA.

LAS PÍLDORAS DE SALOMON.

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura un juez
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.
Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,
Formidahle bebedor...
Hombre en fin de mucho seso.
Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.
Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.
Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.
Y asi solia decir:
«El que dinero no tenga
»Que no litigue, ni venga
»Justicia mia á pedir.
»Porque si hacerla es mi oficio
»No he de ser tan majadero
»Que no sea yo el primero
»Que goce su beneficio.»
Y con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.
Vivir bien era su afan,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa

No el señor, sino el sultan.
No se escaseaba delicias
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mujeres,
Fruto eran de sus justicias.
Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,
Era este juez, (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos.
Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado,
Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demas
Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.
Jamás su opípara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.
Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.
Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la córte, y gran favor.
Pues poderosa le auxilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.
Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.
Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino.
Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,

Desabrido y mal contento.
La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen estremeño locó.
Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar,
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el rey;
Y pensar que un grosero
Sayal áspero enterrado,
Habia de ser pateado
Por algun sepulturero;
Era un pensamiento cruel
Que afanado le traia,
Y apechugar no podia
El estremeño con él.
Continuamente al espejo
El semblante se miraba,
Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.
Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno por uno
Cuantos encontraba entre ellos.
Y en fin, si medio le hallára
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchára.
Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia
Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.
Amigo de las botellas
Como el golillá, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demas de las doncellas,
Era tambien el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevare á mal.
El era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto

De sus continuas consultas.
Y con su docto consejo.
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.
Y asi la melancolía
De la vida iban matando
En la noche prolongando
Las bacanales del dia.
Y asi contentos los dos
Aunque con diversos fines,
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.
El médico, del golilla
Imperturbable verdugo
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla.
E iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños
Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

Es una noche de marzo
Turbia por demas y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan,
Desiertas están las calles
De Medellin, y en la sombra
Todo solitario yace
Todo tranquilo reposa,
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas
Y el ágrio son con que giran
En las ahujas mohosas
Las veletas al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.

Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Jiró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que á distancia corta
Le seguia y los demas
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos á sus tizonas.
Cruzaban asi á buen paso
Las calles una tras otra
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura,
Serena y magestuosa,
Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna
Su oriental orígen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellin
La gente en trajes muy docta
Y asi se quedó un momento
Ante esta vision atónita.
¿Quién vá? (dijéronle)
—Un hombre.
—¡Buena razon!
—No tengo otra.
—¿Vuestro nombre?
—Es un secreto
Que á mí tan solo me importa.
—¿De dónde venís?
—Del mundo.
—¿Dónde vais?
—Donde me arroja
El impulso á que obedezco.
Mi rumbo es la tierra toda.
Por ella camino siempre
Sin consultar mi derrota.
Donde amanece principia
Donde anochece se corta,
E igualmente me cobijo

En la córte que en la choza.
Quedó el juez meditabundo
Y con sus miradas tortas
Tomando del estranjero
Las señas mas minuciosas.
Y al fin como quien sospecha
Idéntica la persona
Con las señales que tiene
Repuso con voz de mofa.
Veníos, señor viajero,
A la cárcel por ahora
Y aclararemos mañana
Respuestas tan misteriosas.
—Solo la verdad he dicho
Y no añadiré otra cosa.
—Mañana habeis de contarme
Sin rebozo vuestra historia,
Y si me engaño ireis libre,
Si sois quien busco á la horca.
A esta amenaza el incógnito
Con sonrisa melancólica
Dijo: ¡Si fuera posible
Esa promesa engañosa!
—Ya lo veremos mañana.
—Mañaná ¡ay! saldrá la aurora
Y á otros lugares la brisa
Me arrebatará imperiosa.
—Eso será lo que sea
Vuestra merced.
—En buen hora
—Ea, asidle y registrarle,
Y prevenir que no esconda
Papel ni objeto que aclare,
Su relacion sospechosa.

De la mañana siguiente
Rayaba la aurora apenas,
Y ya el juez de Medellin
Asentado ante su mesa
Con ojos devoradores
Registraba una cartera,
Que en su pupitre tenia
Cuidadosamente puesta:
Era un libro de memorias,
Mas de tan antigua fecha
Que ya de usarlas andaban

Todas sus hojas revueltas.
Veíase que añadido
Estaba en distintas épocas,
Segun el papel menguaba
Y crecia la materia.
Y era indudable que el dueño
Conocia muchas tierras,
Muchas distintas costumbres
Y muchas gentes diversas.
Porque en sus hojas se hallaban
Corolarios y advertencias
De los sucesos mas célebres
Que en las historias se cuentan.
En seis hojas de papiro
Escrita en latinas letras,
Estaba de Marco Antonio
Toda la historia secreta.
Su amor hácia Cleopatra,
Las lágrimas de la bella,
Su fuga de los romanos
Y su muerte lastimera.
Mas adelante unas notas,
De oscuras cifras hebreas
Con una imágen de Cristo,
Obra de mano maestra,
Leíase en una parte:
«Y oí de su boca mesma
Decir esto á Constantino
De su madre Santa Elena.»
En otra parte decia,
«Copia de las cifras negras
Con que escribió en una gruta
David su salmo cincuenta.
Hízomelas ver su hijo
Cuando visitó esta cueva
Donde iba el rey pecador
A cumplir sus penitencias.»
Y eran unos caractéres
Inteligibles apenas.
Leíase en otra hoja.
«En mil trescientos setenta
De don Pedro de Castilla,
En Burgos ví las exequias.»
En otra parte una página
De preguntas y respuestas,
De el rey Luis XI de Francia,
Y el dueño de la cartera.
Aquí variaba el papel

Y con pluma mas moderna
La escritura ejecutada
Leíase toda entera.
Habia allí muchas firmas
De persona de gran cuenta
De Luis XIV de Francia,
De Ricardo de Inglaterra,
Del emperador don Cárlos
De Alemania, y en pos de esta
La del cardenal Cisneros
Y Cárlos XII de Suecia.
Parecia que aquel hombre
Sabia todas las lenguas,
Pues notas tenia escritas
De su mano en todas ellas.
Y era muy sábio sin duda,
Pues las artes y las ciencias
Igualmente sometia
A su crítica severa.
Pasaba el juez muchas hojas
Que probablemente eran
Aquellas que no alcanzaba
Su mezquina insuficiencia.
Pero con ansia indecible
Se apoderaba de aquellas
Que escritas en castellano
Suministrábanle ideas.
Sobre todo ávidamente
Devoraba las postreras
Que estaban la mayor parte
De historias y versos llenas.
Muchas habia de insignes
Desconocidos poetas,
De quien por mas que valieron
Huyó la fortuna adversa.
Mas siempre del juez dejaba
La imaginacion incierta
Cuanto en las hojas leía
De la confusa cartera:
Porque esparcidos á trozos
En desordenadas piezas
Sus misteriosos fragmentos
Decian de esta manera:

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé: siempre á mis ojos
Se estiende y á mis pies algun camino.
Por breñas, por pantanos, por abrojos
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
Mas que miseria, ingratitud y dolo,
He sentido tal vez duelo profundo
Por falta de un hermano vagabundo
Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
Esa orgia que llaman mundo
Al plomo apellidan plata
Y madre á la tierra ingrata
Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
Tan magnífico farol,
Es porque en vez de consuelo
Reverberando en el suelo
Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:
«Puro tu honor guardarás.»
La hermosa dijo: «Soy débil.»
Y entonces la sociedad
Encerró el honor en claustros,
Y dorando su desman
Delante de los cerrojos
Alzó traidora un altar
¿Qué debes, mujer, al mundo?
Guardó tu honor, bien está,
Pero por darte la honra
Te robó la libertad.
Ciñó á tu cuello una toca
Que fué para tí un dogal,
Que en vez de ahogar tus pasiones
Te las hizo acariciar.
Puso á tus puertas un templo,
Un muro entre la ciudad;
Celosías en las rejas,
Locutorios para hablar:
Y tú en tu largo abandono
Con descuido criminal
Profanaste el santo templo,
El muro pasaste audaz,
El mundo á las celosías
Te sentaste á contemplar,
Y abriste apenada tornos
Que al mundo van á llevar
En primorosos juguetes
Los suspiros de tu afan.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire transparente por la region azúl?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cénit suspendiendo su tenebroso túl?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio ván?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azúl alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento nó.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente!—¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo!—¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las vé en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos alígero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos

Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo les impele? ¿qué espíritu las guia?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un dilubio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azúl serena
Me dice desde lejos, «TU DIOS SE ESCONDE ALLI.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante «TU DIOS SE ACERCA Á TI.»

Te acercas, sí; conozco la orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas

Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento; la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su álito llegára al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajára tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantára, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi líra
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
A aunque mi vista impura tu aparicion no vé,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

IV.

Cuando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mí,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.
Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra
Imagino que es mi último en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos,
Con desatinado afan.
¡Jesus mil veces! (decia)
Sino lo comprendo mal
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya dí con lo que buscaba
¡Voto va Dios! aquí está,
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy que esta noche
Con Lucifer vá á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
Lorenzo, Justo, Damian,
—¡Señor!
—El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,

Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas.

Hízose asi, y tan á tiempo
Que este plazo al espirar
Con el estranjero á solas
El juez se encontraba ya.

EL JUEZ.

De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, patria y oficio,
Que buscais aqui y quién sois.
Responded pues francamente.

EL ESTRANJERO.

Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.
Yo voy sin fin caminando
De la tierra en derredor
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
«¡Marcha!» me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre
Su capricho ó su temor,
Torcer intentan el rumbo
Que el cielo me señaló.
En vano á nécias sospechas
Abriendo su corazon
En un lugar como espía,
En otros como traidor
Asegura mi persona
En una oscura prision,
Y ata mis pies fatigados
En un potro infamador.
Yo sé á la nueva aurora
Volveré á oir esa voz
Que siempre me grita «¡marcha!»
Y á cuyo mandato, voy.
Y entonces todo es inútil
El torbellino velóz
De mi destino á otra parte

Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte
Mi sér es éste, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

EL JUEZ.

—¡Eso no!
En vano inventa tu lengua
Tan insensata ficcion;
Pese á ese fatal destino
Que dices llevarte en pos
Si á mis preguntas te niegas
Tu fin verdadero es hoy.

EL ESTRANJERO.

Las amenazas no pueden
Torcer mi resolucion
Mas ya que es tanto el antojo
Preguntad.

EL JUEZ.

¿De dónde sois?

EL ESTRANJERO.

De Jerusalen.

EL JUEZ.

¿Qué años
Contais?

EL ESTRANJERO.

Veinte y dos
Siglos lo menos.

EL JUEZ.

¡Es cierto
Lo que decís! con que vos
Que contais veinte y dos siglos....
Mas me falta la razon:
¡Hablad, hablad esplicadme
Ese misterio por Dios!
Yo he visto en esa cartera
Que habeis llorado el dolor
De caminar siempre solo
Estraño á toda aficion.
Pues bien del secreto hacedme
Partícipe, y por mi honor
Os juro que desde ahora

Vuestro compañero soy.

EL ESTRANJERO.

¡Oh delirais! mas oidme
Toda mi historia señor.
Yo he sido el mejor amigo
Del sábio rey Salómon,
(Y al escuchar esto el juez
Dos pasos retrocedió
Y así siguió el estranjero
Sin notar su conmocion)
Cuando aquel rey descarriándose
A los vicios se lanzó,
Y vió de su muerte cierta
El gesto amedrentador,
Me dijo: «Abasuero, en prueba
»De que aun en mi corazon
»Vive tu amistad ilesa,
»A hacerte una ofrenda voy.
»Mèzcla lo que ves escrito
»En esa tablilla, pon
»Esa receta por obra
»Y vivirás mas que yo.
»Eso ha alcanzado mi ciencia
»Mas con la cruel condiciòn,
»De que ha de gozar otro hombre
»Su beneficio, y yo no.
»Tú solo no has olvidado
»A tu rey: toma, y á Dios.»
A estas palabras el alma
Entre mil congojas dió,
Mirad, con esta receta
Hice yo la confeccion
De estas píldoras que llevo
En esta caja: y con dos
Que tomo cada cien años
Otros cien años me doy.
Oid sin interrumpirme,
Que hay poco tiempo, señor;
Yo ¡nécio? con mi secreto
Volvime duro, feroz,
Híceme en fin un malvado
De perversa condicion.
Vivia en Jerusalen
Al morir el Redentor,
Y al conducirle al suplicio
En que la vida nos dió.
Llevàronle por delante

De mi casa, y al rumor
De los gritos y el tumulto
Del pueblo salí al balcon.
Tendióme Jesus las manos
Pidiendome por favor
Un vaso de agua, y un punto
De reposo y detencion.
—«Marcha (le dije inhumano
Y con ademan feroz)
»Vé sin descansar al sitio
»Que la ley te señaló.»
Entonces él con voz mansa
Mas que me heló el corazon
Me dijo: «Tú tambien ¡bárbaro!
»Andarás en derredor
»De tu sepulcro girando
»Sin descanso ni mansion.»
Yo soy el Judío errante,
Esta es mi historia señor;
Estas píldoras me alargan
La vida, y con ellas Dios
Rejuvenecer me ordena,
Y rejuvenezco y voy.

Aqui el juez de Medellín
Tras grave meditacion,
Ante el Judío de hinojos
De repente se postró,
Y asi llorando le dijo:
—Dadme una corta porcion
De esas píldoras, y os juro
Caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
Mas que mi amistad, mi amor...
Dadme cien años de vida...
Y...
—¡Callad, mísero!
—No,
No partireis sin que logre...
—Pues bien, tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador
Cien años os doy de vida
Para que alabeis á Dios.

En esto se oyó en los aires
Tronar la gigante voz
Que dijo al Judío: ¡ Marcha !
Y al punto mismo partió.

Cnando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.
¿ Si habrá atentado á mi vida
Dijo, con tan vil engaño?
¿ Si invencion suya en mi daño
Será esta trama infernal?
Y absorto en tan triste idea
Sombrío y meditabundo
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distraccion,
A su oscura incertidumbre
Solucion buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazon.
Decíase allá en su mente:
¡ Si yo algun medio alcanzára
Que alguna luz arrojára
Sobre la oscura verdad !
¡ Oh si cien años de vida
Me asegurára el comellas !...
¿ Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad?
¿Diréle al médico?... nunca.
Si la lengua no me muerdo
Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mi !
¿Iré al confesor?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí.
¿ Qué hacer, Santo Dios? tomarlas
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta
No tomarlas puede ser.
¡ Si las tomo y torno á jóven !...
¿ Mas si las tomo y estallo?
Probable á la par lo hallo.
¡ Válgame el diablo que hacer!

Y en duda tal se pasaba
Un dia tras otro dia,
Y nunca se decidia
Por ningun partido el juez.
En contemplar á sus solas
Sus píldoras se ocupaba,
Y del cajon las sacaba
Y las guardaba otra vez.
Al fin tras largas vigilias
Dijo una vez decidido:
« Mas vale mal conocido
» Que dicha por conocer.
» Iré pasando la vida
» Como hasta aqui la he pasado
» Y si obro como un menguado
» ¡ Qué diablos! ¿Cómo ha de ser?
» Pero, con una esperiencia
» Quisiera al fin convencerme...
» ¡El médico que duerme
» Todavía! ¡ea, valor!
» Está en su casa; no hay otro
» Diez leguas á la redonda,
» Cuando al efecto responda
» Sea en contra ó en favor,
« Nadie dará con la causa.
»¡Bah! salga lo que saliere
»Allá voy.—Y si se muere
»Vaya por los que él mató.»
Y en una copa de leche
Que junto al lecho vió llena
El juez con mano serena
Las dos píldoras echó.
Fuese tras esto el suceso
A esperar solo á su casa;
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afan.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle ván.
Al fin despues de tres horas
De afanosa espectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la mujer
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando
Con la mujer razonando
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra
Sin movimiento ni voz.
Cárdeno el rostro, morado,
Los lábios frios, y lleno
De manchas que del veneno
Señal evidente son;
Estaba ya el miserable,
Pero vivo todavía
Débilmente le latía
Oprimido el corazon.
Lloraba á voces la esposa
Y el juez que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal,
Y cuanto mas le miraba
Mas y mas se convencia
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.
Y á media noche el golilla
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente
Sería cadáver ya
Volvió á su casa diciendo
Consigo mismo. «¿Eh? ¡ya escampa!
»Si llego á dar en la trampa,
»Me largo por donde él vá.»

CONCLUSION.

Despues de una larga noche
De congoja y desazon,
Que en lucha consigo mismo
El juez criminal pasó
Rindióse por fin en brazos
De sueño reparador
Aunque acosado á las veces

Por fatigosa vision.
Ya vía espirar al médico
Cuya moribunda voz
Decia *ese es mi asesino*,
Ese, ese es quien me mató.
Ya le veía á deshora
Fantasma amenazador
Embozado en el sudario
Entrar por algun balcon.
Ya cercado se creia
De los hijos que dejó,
De la mujer y los deudos
Que le venian en pos
El sustento demandándole
De que con él les privó,
Cuya fatal pesadilla
Le oprimía el corazon.
Al medio de su carrera
Llegaba el siguiente sol
Cuando á unas desaforadas
Voces el juez despertó.
Furiosos golpes se oían
En su misma habitacion
A la puerta de su cuarto
Redoblando con furor.
¿Quién es? dijo y respondieron
De fuera.—Abrid, que soy yó.
Hincóse el juez de rodillas
Traspasado de pavor,
Y con angustia horrorosa
Cuantos santos recordó
Empezó á llamar á voces
En balbuciente oracion.
El médico era en persona
Que no era de otro la voz.
—Voto á mil diablos (decia)
¿Quereis abrir ó me voy?
—Vuelve enemiga fantasma
(Decia el juez) vuelve á Dios
Yo haré por tí penitencia.
—Pero hombre, por san Cenon
Haced cuanta os diere gana
Pero abridme!
—¡Abrirte! nó.
Vuélvete en paz al sepulcro.
—¿Perdido habeis la razon
Hombre dado á Barrabás?
¿No estoy diciendo que soy

Yo, don Lucas vuestro médico
En cuerpo y alma?
—¡Gran Dios!
—Abridme y oireis cosas
Que os parecerán ficcion.

Abrió por último el juez
Pero cuál fué su furor
Al ver el rostro del médico
Vertiendo satisfaccion
Y rebosando alegría
Y juventud y vigor.
Clavó en él una mirada
El juez con una espresion
Tan desesperada y torba
Tan siniestra y tan feroz
Que el médico percibiéndola
Dos pasos retrocedió.
¿Con qué es verdad dijo el otro
Que vivo estais?
—Sí señor.
—Mas vigoroso, mas jóven!
—Venia por ello yo
A pediros las albricias
Aunque ignoro la razon.
—La ignorais ¡nécio de mí!
(Replicó el juez) pues yo nó.
—Como señor de un milagro.
—Yo he sido solo el autor
Y si quereis de mi saña
Salvaros...
—En conclusion
Qué es esto?
—Que os aparteis
De mi vista ó voto á Dios
Que os voy á hacer mil pedazos
Sin poder con mi furor.
Ya estas palabras asiendo
De un larguísimo espadon
Iba á caer sobre el médico
Que echó por un corredor.
Un aposento tras otro
Amedrentado cruzó
Y dió por fin en la calle:
Mas al tender en redór
Los ojos despavoridos
Con espanto grande vió
Que el juez se arrojaba á ella

Lanzado por un balcon.
  Cayó en las piedras el triste
Y de tanta elevacion,
Que si intentaba matarse
Con tino lo ejecutó.
Llegósele el pobre médico
Movido de compasion
Mas era el golpe de muerte
E inútilmente acudió.
El juez le dijo mostrando
En su rostro y en su voz
Las mas certeras señales
De honda desesperacion.
  «Soy el hombre mas estúpido
»Que de mujeres nació,
»¡Maldita sea mil veces
»La ciencia de Salomon.!»
  A cuyas ruines palabras
El miserable espiró,
No comprendiendo el buen médico
Tan estraña confesion.

FIN DE LA LEYENDA SÉTIMA Y ÚLTIMA.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Pájinas.

FIN DEL ÍNDICE.